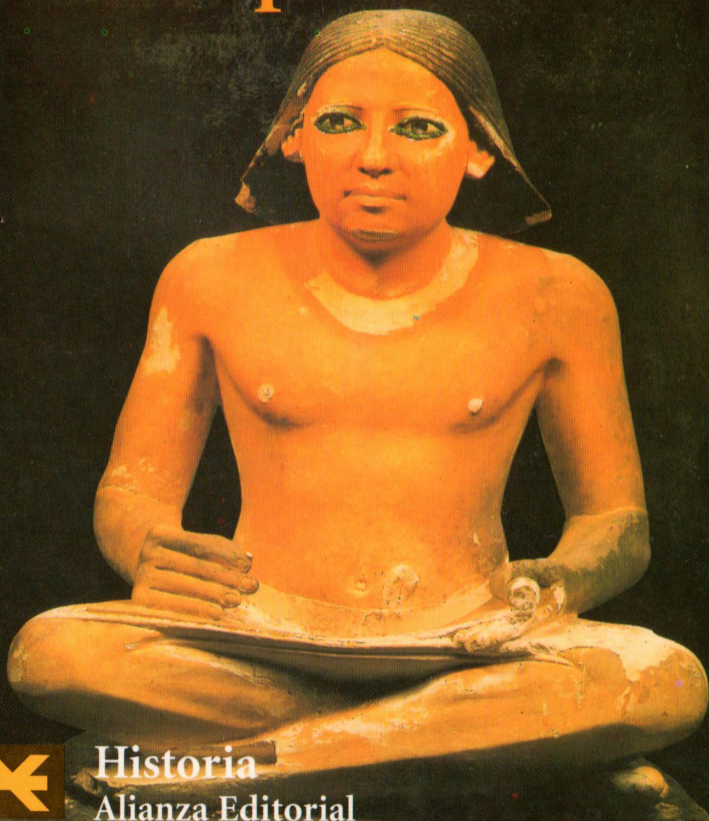


Antonio
Pérez Largacha

Egipto en la época de las pirámides



Historia
Alianza Editorial

Egipto en la época de las pirámides

El Reino Antiguo

Humanidades

Antonio Pérez Largacha

Egipto en la época de las pirámides

El Reino Antiguo



El libro de bolsillo
Historia
Alianza Editorial

Diseño de cubierta: Alianza Editorial

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Antonio Pérez Largacha, 1998

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1998

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15;

28027 Madrid; teléfono 91 393 88 88

ISBN: 84-206-3985-0

Depósito legal: M-43.642-1998

Impreso en Artes Gráficas Palermo, S. L.

Camino de Hormigueras, 175, nave 11. 28031 Madrid

Printed in Spain

Introducción

«El hombre teme al tiempo y el tiempo teme a las pirámides.» Este refrán árabe refleja la sensación que muchos viajeros y turistas han sentido, y sienten, ante la contemplación de las pirámides, unos monumentos eternos realizados para esplendor y gloria de sus constructores y la única de las siete maravillas de la Antigüedad que todavía puede contemplarse. Pero estos monumentos funerarios no son más que una expresión de la civilización faraónica, a pesar de lo cual se sigue identificando a Egipto con las pirámides, aunque la forma piramidal no dominó la mentalidad egipcia sino durante dos dinastías, la III y la IV, y ello después de una larga evolución en la arquitectura funeraria, en la mentalidad, en la religión, la filosofía y la sociedad egipcias, mientras que las que se construyeron con posterioridad evidencian un declive en su tamaño y calidad.

Es por ello por lo que uno de los problemas a los que se enfrenta el investigador al intentar entender y explicar cualquier aspecto del antiguo Egipto, y de las civilizaciones antiguas en general, es la existencia de unas ideas pre-

concebidas, unos estereotipos que condicionan la interpretación histórica fuera de la comunidad científica, que, es justo reconocerlo, en ocasiones no ha sabido transmitir a la sociedad sus avances y conocimientos.

¿Cómo se construyeron las pirámides?, ¿existió en realidad Narmer?, ¿era el Faraón considerado un Dios?, ¿cuántos años reinó...? Estas y otras preguntas han dominado la investigación del Reino Antiguo, al mismo tiempo que se decía «los egipcios pensaban», sin tratar de conocer y explicar por qué pensaban eso. Muchas veces nos hemos limitado a contemplar y describir aquello que nos ha sido preservado, pero ¿qué pensaba el campesino egipcio que trabajaba en la construcción de una pirámide?, ¿conocía su intencionalidad?, ¿podemos llegar a comprender lo que pensó el Faraón y su corte cuando planificaron estas construcciones, la filosofía que encierran? Ponemos definiciones y términos a monumentos, prácticas comerciales o políticas que llevan implícitos unos condicionantes olvidando, por ejemplo, que los antiguos egipcios no tuvieron término alguno para referirse a lo que nosotros llamamos «Estado» o «arte».

En ningún momento debemos olvidar que nos encontramos ante las manifestaciones de la primera sociedad, junto a la mesopotámica, que desarrolló una estructura que nosotros etiquetamos como estatal. Sus monumentos nos muestran su aspecto externo, que puede despertar diferentes sensaciones, al igual que la contemplación de una obra de arte contemporáneo. Pero ¿cuáles eran los conceptos internos? Es como si una persona entendiera palabras sueltas de una conversación pero desconociera la globalidad, el sentido, la intencionalidad, pudiendo a partir de esas palabras sueltas emitir teorías, sensaciones o pensamientos que nos alejan o acercan a la realidad de la conversación.

Los egipcios no realizaron sus monumentos con la intención de que fueran comprendidos, observados o estudiados por otros pueblos. Al igual que las culturas mesopotámicas, su arte refleja su mundo, sin importarles lo que los demás pudieran pensar. Ésta es una diferencia importante que afecta a nuestra forma de querer interpretar estas manifestaciones. El cristianismo desarrolló desde muy pronto una literatura, un mundo visual, tendente a demostrar su superioridad respecto a las religiones paganas, al mismo tiempo que emitía unas normas, unos cánones que podían ser reconocibles en cualquier parte del mundo por entonces conocido, creando vínculos en la sociedad con ese mundo cristiano. En el caso de las culturas próximo orientales, su mundo se desconoce en la sociedad, que sólo puede contemplar unos monumentos extraños y admirables al mismo tiempo, la misma sensación que tuvieron los clásicos y que expresaron en sus obras: admiración y extrañeza.

Con el redescubrimiento de los clásicos en el Renacimiento, en un momento en el que no existían canales de comunicación con ese Oriente, Occidente fue creando una visión del mismo que se desarrolló aún más con el orientalismo del siglo XIX. La sensualidad en las costumbres, la existencia de tesoros y riquezas bajo la arena del desierto y la propia tradición cristiana sobre unas culturas prósperas, poderosas pero al mismo tiempo despóticas, idólatras y libertinas, no hicieron sino resaltar las diferencias y el no buscar las posibles pautas de comportamiento y, por extensión, sus posibles aportaciones a nuestra historia como humanidad, fijando una línea de separación entre Occidente y Oriente tan rígida que ni siquiera los griegos llegaron a establecer.

A esta separación, al mismo tiempo que curiosidad de Occidente ante lo diferente, ha contribuido el tipo de documentos y restos arqueológicos conservados. Llegar a comprender la mente antigua, saber qué perseguía con sus construcciones, con su religión o su arte, es prácticamente imposible, especialmente si no existe un corpus de textos importantes, como sucede durante el Reino Antiguo. Las pinturas y relieves de las tumbas nos informan sobre muchos y variados aspectos de la vida, la economía y la sociedad faraónicas, pero solamente de aquellas actividades que, por diversas razones, tenían una función para el difunto en su vida funeraria, conociéndose muy poco sobre el funcionamiento de los mercados o de aquellas otras actividades humanas y sociales que no tenían una función en el programa decorativo de la tumba y no eran por ello representadas.

Igualmente, las fuentes nos informan de la religión y sus manifestaciones en su sentido ritual o ideal, pero no de cómo era interiorizada dicha religión. Esto nos lleva directamente a uno de los problemas metodológicos que, fuera de la comunidad egiptológica, con mayor frecuencia encontramos, al no valorarse que lo conservado cumplía una función que no necesariamente nos tiene que informar de lo histórico y sí de lo simbólico, máxime cuando estos objetos y escenas funerarias están realizados y depositados en unas construcciones –tumbas o templos– que requieren un decoro, un respeto y un simbolismo.

Quizá por ello resulta aún más paradójico el hecho de que la cultura egipcia sea conocida a nivel popular por sus pirámides, desarrollándose en torno a ellas un misterio, una leyenda y un esoterismo, a pesar de que nuestro conocimiento sobre el período de la historia de Egipto

que vio su aparición y desarrollo, el Reino Antiguo, es muy escaso y que, en el caso de algunos faraones que construyeron pirámides, su reinado nos es conocido precisamente por ellas. De Menfis, la capital de Egipto, conocemos las mastabas y pirámides que aún dominan el horizonte de la región, y de centros religiosos tan importantes como Heliópolis nada sabemos, excepto que en la actualidad es un barrio de El Cairo donde se ubica el aeropuerto.

Es por ello por lo que las excavaciones en curso en centros como Buto, Mendes u otros ayudarán a completar el marco histórico disponible hasta el momento, como lo están haciendo las investigaciones del IFAO en los oasis occidentales y lo hizo la campaña de salvamento realizada en Nubia en la década de los 60. Investigaciones que están revelando aspectos «ocultos» hasta ahora de la civilización egipcia como su religiosidad popular, la administración periférica o el funcionamiento de provincias como Elefantina o Akhmin, mostrándonos un Egipto mucho más dinámico, menos rígido y centralizado de lo que hacen suponer unos monumentos como las pirámides, tradicionalmente asociadas al despotismo, la centralización y a una sociedad altamente burocratizada con un dominio absoluto del templo y de las concepciones religiosas.

Por eso nuestra intención en las próximas páginas no es centrarnos en el estudio de las pirámides. La literatura, científica o esotérica, es amplísima al respecto. Nuestra intención es enmarcar estas construcciones en la sociedad que las erigió, preguntándonos el porqué de las cosas, no el cómo, aunque lógicamente también tendremos que referirnos a él. Al analizar las diferentes manifestaciones culturales no procederemos a una mera descrip-

ción de restos arqueológicos, a enumerar listas de reyes y de funcionarios, determinar el tamaño y volumen de piedra utilizado en las pirámides, etc. Es posiblemente en el capítulo dedicado al arte donde mejor puede estar reflejada nuestra intención; analizaremos la función del arte y del artista en la sociedad egipcia, algo que resulta imprescindible para llegar a comprender las posturas, la repetición de actitudes, los temas decorativos, etc., y no, por ejemplo, a la mera constatación de que las tumbas, y con ellas el ajuar funerario y la decoración, van haciéndose más grandes y complejas.

El Reino Antiguo abarca de la III a la VI dinastías, pero no nos limitaremos a las dinastías que abarcan este período histórico, sino que nos remontaremos a los orígenes mismos de la civilización egipcia, cuando se establecieron muchos de los principios que rigieron el posterior devenir cultural de la civilización faraónica y sin los que es prácticamente imposible llegar a conocer, valorar y comprender la cultura, el arte, la religión y la ideología de Egipto en tiempos de las pirámides.

La división de la historia de Egipto en dinastías es artificial, originándose en la *Aegyptiaca*, escrita por Manetón, un sacerdote de tiempos de Tolomeo Soter en la primera mitad del siglo III a.C. Es cierto que utilizó las listas reales y los documentos disponibles por entonces para realizar la primera historia del país, pero algunas de sus divisiones no responden a una realidad histórica, aunque su clasificación sigue siendo utilizada por comodidad. Tradicionalmente se considera que el Reino Antiguo abarca de la III a la VI dinastías, iniciándose posteriormente un período de crisis, el llamado Primer Período Intermedio, cuyas causas hay que buscarlas en los acontecimientos y cambios que van produciéndose a partir de la V dinastía.

Como ya habrá podido observar el lector, preferimos utilizar el vocablo «reino» al de «imperio», lo que nos lleva al problema de los términos. La división de la historia de Egipto en imperios fue realizada en el siglo XIX, cuando se establecieron las bases de la egiptología, en un período histórico en el que las potencias europeas estaban en pleno imperialismo, y, al mismo tiempo, por la visión de grandeza que desprendían los templos y tumbas que iban siendo descubiertos, así como por los propios textos egipcios, que hablaban de importantes victorias militares. Sin embargo, Egipto durante este período histórico apenas realizó una actividad militar en el exterior, y estuvo muy lejos de poner las bases de un imperio, fuera éste económico, político o ideológico. Lo mismo sucede con el término «faraón», totalmente ajeno al período histórico que abarcarán las siguientes páginas y que fue acuñado en la XVIII dinastía.

Otro de los problemas al que nos enfrentamos, especialmente en nuestro país, donde no existe una tradición egiptológica, es la transcripción de los nombres. A pesar de no ser muy científicos, intentaremos utilizar aquellos que para el lector puedan resultar más conocidos. Un ejemplo puede ser el de Djoser, conocido por ser el primer faraón en construirse una pirámide, pero que en ningún texto lo encontramos mencionado como Djoser, sino como Netjerikhet, o el más conocido de Keops, que es la versión griega del nombre egipcio Khufu.

De la dinámica interna del Reino Antiguo pueden extraerse dos hechos sorprendentes, al mismo tiempo que actuales en algunas de sus manifestaciones. El primero de ellos es observar la capacidad, en todos los sentidos, de una sociedad para poner las bases para la realización de unas obras eternas como las pirámides, y, en segundo

lugar, cómo pudo tener una descomposición tan fuerte. Esta propia dinámica ha provocado que la historia de este período haya sido interpretada y valorada desde el tamaño y la calidad de las pirámides, identificándose a la IV dinastía como la de mayor apogeo al construirse por entonces las famosas pirámides de Guiza, mientras que la V y VI dinastías, con unas pirámides más pequeñas y menos perfectas, pueden ser analizadas desde la perspectiva del comienzo de un fin, lo que no es cierto, ya que en esas dinastías la civilización egipcia vivió un gran desarrollo cultural, político, ideológico, religioso y literario que fue poniendo las bases sobre las que se desarrollarían los siguientes períodos históricos del antiguo Egipto.

Finalmente, debemos pedir un esfuerzo al lector, el mismo que ha de tener el investigador: comprender a la civilización egipcia no desde lo que su educación y sociedad occidentales consideran lógico, primitivo o irracional, debiendo intentar ponerse en el lugar de una sociedad capaz de erigir las pirámides, vivir en un entorno hostil o desarrollar una literatura cuando en Europa se estaban dando los primeros pasos hacia el Neolítico, una sociedad que vivió, pensó y se manifestó en un medio geográfico con unos conocimientos técnicos muy limitados, debiendo intentar ponernos en el marco cronológico, cognitivo y económico de una civilización que, con mayor o menor prosperidad, perduró durante más de tres mil años y que ya fue objeto de admiración y extrañeza durante la Antigüedad y lo sigue siendo en nuestros días. Esperamos que dicho esfuerzo recompense al paciente lector de las próximas páginas, en las que hemos intentado reflejar una visión diferente de Egipto en tiempos de las pirámides, en la que puede echar de menos algunos aspectos, por lo que le remitimos a una somera bi-

bliografía; pero creemos que un conocimiento del marco ideológico, religioso, artístico y social es mucho más interesante que una mera sucesión de faraones, nombres y datos sobre el número de piedras o altura de las pirámides, algo a lo que por desgracia se presta mucho este período de la historia de Egipto que nos sigue fascinando y sorprendiendo.

1. La geografía

Dedicar el primer capítulo de un libro sobre el antiguo Egipto en tiempos de las pirámides al estudio del medio geográfico puede extrañar a algunos y defraudar a otros, pero el conocimiento del mismo para la comprensión de las civilizaciones antiguas, y de la egipcia en particular, es muy importante. No pretendemos ser deterministas, proporcionando la imagen de que la civilización faraónica debe ser explicada, valorada y entendida en todas sus manifestaciones a partir de su relación con el Nilo, su crecida anual o los desiertos circundantes, pero los egipcios elaboraron su religión, tanto en lo referido a sus dioses como en la concepción del mundo o en sus creencias en el más allá, a partir del conocimiento y dominio que del medio geográfico tuvieron en cada momento histórico, especialmente en sus albores. Posteriormente trasladaron su pensamiento y «filosofía» a la arquitectura de sus templos, a su concepción de la tumba como una morada eterna, a sus representaciones artísticas, a su literatura y, en cierta medida, a la concepción que de la realeza y el Estado desarrollaron.

Un rápido repaso a la historiografía, desde la misma Antigüedad hasta nuestros días, permite comprobar cómo la incidencia del medio geográfico ha estado presente en las diferentes descripciones e historias que del antiguo Egipto se han realizado, pero siempre desde el punto de vista económico o hidráulico, y no desde su incidencia en la mentalidad, como veremos al analizar la concepción del mundo o las propias prácticas funerarias.

Los egipcios se consideraron un pueblo bendecido por los dioses a causa de la crecida anual del Nilo, que posibilitaba su prosperidad agrícola en medio del desierto, y pensaban que los demás pueblos dependían de un Nilo celeste que, con sus lluvias, fertilizaba los campos. Pero éstas nunca eran predecibles, como sus dioses, al contrario que las divinidades egipcias, que siempre propiciaban la llegada de las aguas, escasas o no, pero suficientes para alimentar a la población.

Fueron los griegos, y especialmente Heródoto, con su conocida afirmación sobre el milagro que suponía el Nilo en una tierra inhóspita y desértica, los que más contribuyeron al mito de la geografía egipcia, convirtiéndose en un «dogma» que toda persona occidental tiene presente cuando habla o piensa en Egipto. Este determinismo geográfico de Heródoto, y del mundo griego en general, tiene su origen en su creencia de que la prosperidad de una sociedad, al igual que sus costumbres, sean éstas respetables o no, están en íntima relación con el clima, afirmando Tucídides que la pobreza del Ática la hacía poco apetecible para ser invadida. Determinismo geográfico al describir una sociedad y su forma de gobierno que encontramos también en Rousseau, que, en *Del contrato social*, expresa: «el despotismo conviene a los países cálidos».

dos, la barbarie a los países fríos y la buena constitución a las regiones intermedias».

Estemos de acuerdo o no con estas afirmaciones, son las mismas las que han ido configurando desde la Antigüedad la visión occidental de Egipto en concreto, y de Oriente en general. Es cierto que la crecida del Nilo se consideraba benéfica, salvadora, pero se olvida que el mismo río que aportaba el limo fertilizante a los campos podía acarrear su destrucción, y con ello la pobreza y la aparición de hambrunas.

Ese contraste entre la vida y la muerte, la riqueza o la miseria, está presente en la vida cotidiana de los egipcios y en el propio nombre que dieron a su tierra, *Kemet*, tierra negra, en contraposición con el desierto, *Deshret*, tierra roja. Es esta dualidad la que nos acerca al pensamiento egipcio, que, como en muchas otras culturas, antiguas o modernas, se nos presenta dominado por la dualidad y el enfrentamiento de conceptos.

Pero antes de continuar describiendo el medio geográfico debemos hacer una observación, posiblemente obvia pero muchas veces olvidada y no siempre valorada en su justa medida. Cuando se describe un medio geográfico suelen elaborarse unos tópicos, unas generalizaciones que acaban determinando nuestra visión y descripción de un pueblo, cultura o civilización. En nuestros días lo hacemos al hablar de los americanos o de los árabes, y los europeos lo hacen al referirse al sol de España. Ello provoca un alejamiento de la realidad y la difusión de unos estereotipos, como en el caso del antiguo Egipto: una civilización que dependía del Nilo y rodeada de desiertos inhóspitos, lo que es cierto; pero es una definición que lleva implícita la concepción de Egipto como una unidad geográfica, considerando que un río como el Nilo, con

sus más de 1.000 km de longitud, discurre siempre de forma uniforme a lo largo de su recorrido.

Es cierto que suele hablarse del Alto Egipto y el Bajo Egipto, basándose en la diferenciación entre la llanura aluvial –el Alto Egipto– y el Delta –el Bajo Egipto–, presente en la propia titulación de los faraones: «Rey del Alto y del Bajo Egipto», lo que en sí mismo está simbolizando que gobernaba sobre dos entidades territoriales diferentes, tanto por sus costumbres, su clima, su hábitat y su fauna como por su economía, religiosidad y actitud ante la vida; pero lo que se olvida es que en esas mismas unidades geográficas existen diferencias internas importantes (fig. 1).

El Alto Egipto, *Ta-shema* (*ta* = tierra, *shema* = estrecho), se extiende desde Aswan a Menfis, es más homogéneo que el Delta y su economía está centrada en la agricultura, siendo precisamente en su capacidad agrícola en donde pueden apreciarse sus principales diferencias internas, que, por otra parte, nos ayudarán a entender mejor ciertas dinámicas históricas del período que abarca este libro, el Reino Antiguo.

Los nomos más meridionales, nombre griego con el que se designa a las provincias, son los más pobres de Egipto debido a que la franja de la llanura aluvial es muy estrecha, al discurrir el Nilo muy encajonado, limitando las labores agrícolas. Por ello esta región es la más susceptible a las modificaciones, bruscas o no, en el nivel de las crecidas o a cambios climáticos. Ello explica que sea de esta región de donde procede la mayoría de los textos relativos a la existencia de hambrunas, como la estela del hambre atribuida a Djoser (III dinastía), o aquellos que, a partir de la V dinastía, y debido a un descenso en el nivel de las crecidas de hasta un 40%, nos hablan de los es-

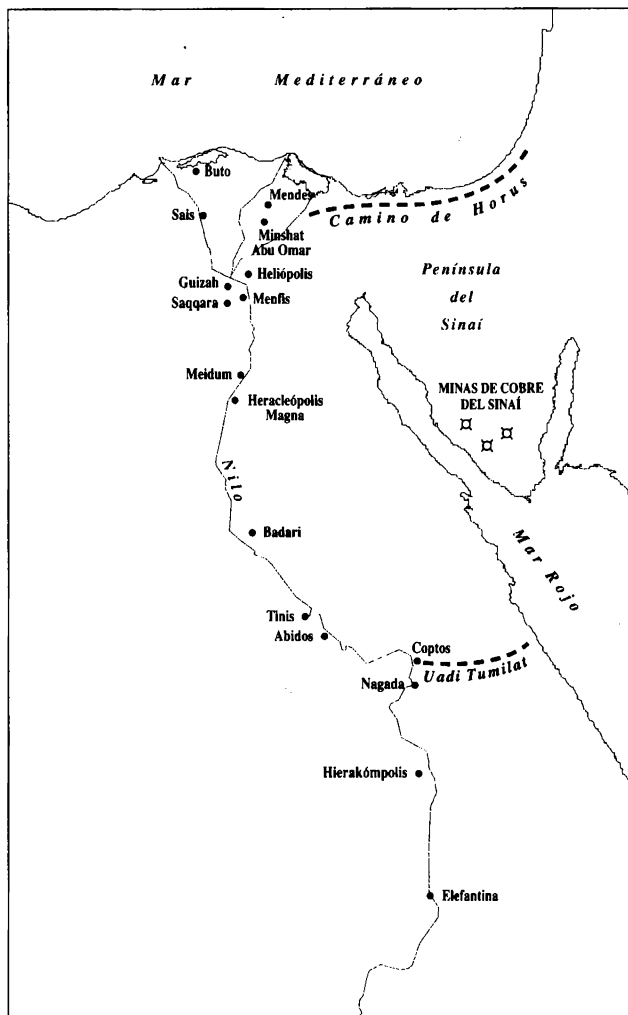


FIGURA 1. Egipto en el Reino Antiguo

fuerzos que hacen los nomarcas para garantizar el sustento de la población, llegando a suplantar al Faraón en esta obligación.

Ello explica que la importancia de algunos nomos del Alto Egipto no venga determinada tanto por sus posibilidades agrícolas, como ya señaló Wilson en el caso de Hierakómpolis, como por su localización en nudos comerciales. El mejor ejemplo es Elefantina, cuyo asentamiento original estuvo en una isla y donde incluso en la actualidad el trabajo agrícola es escaso, pero que constituye la frontera natural con la rica, desconocida y exótica Nubia, de donde Egipto obtuvo a lo largo de su historia el oro, aceites, perfumes, incienso u otros productos exóticos que poder dedicar tanto al culto diario de los templos como al comercio internacional.

La región más fértil del Alto Egipto está entre Coptos y Abidos, siendo significativo que en estos centros se localicen los principales centros de culto a Osiris, dios de la fertilidad en Abidos, y a Min, dios itifálico en Coptos. El resto del Alto Egipto, también conocido como el Egipto Medio, tiene ciertas similitudes con la llanura aluvial mesopotámica, como una nula inclinación del terreno que favorece la extensión de las aguas durante la crecida, haciendo más difícil su control y explotación, por lo que requiere una mayor infraestructura hidráulica que el resto del país, sin olvidar que a la altura de Asiut discurre el Bahr Yusuf, un brazo del Nilo que fluye paralelo al curso principal y que dificulta aún más el control de las aguas. Ésta es la razón por la que el desarrollo de esta región está vinculado a momentos y circunstancias concretos, como cuando Ajenatón eligió el-Amarna como su capital, o a proyectos agrícolas como los desarrollados por los Tolomeos.

En esta región se encuentra el lago del Fayum, el lago Moeris de los clásicos, que ofrecía importantes posibilidades para la práctica de la caza y de la pesca, siendo por ello uno de los lugares elegidos para la existencia de harenes o palacios de descanso, especialmente a partir del Reino Medio, ya que durante el Reino Antiguo esta región permaneció prácticamente inhóspita.

Lógicamente, estas diferencias internas se reflejan en la riqueza e importancia de los nomarcas y de las necrópolis provinciales. Provincias como Elefantina tienen una importante necrópolis, pero ésta puede ponerse más en relación con su importancia estratégica que con sus recursos económicos, mientras que en los nomos más ricos agrícolamente se conservan tumbas más grandes, aunque lo normal es que las provincias más al sur, las menos ricas, tengan las necrópolis más pobres.

En líneas generales, el Alto Egipto estaba, utilizando los términos de Carneiro, circunscrito social y económicamente. La vida se centraba en un estrecho margen de tierra, con pocas posibilidades de diversificación económica, y sus contactos se limitaban a unas poblaciones marginales que poco o nada podían aportar culturalmente. Ello se refleja en una menor evolución de la sociedad, mucho más conservadora en sus ideas, siendo la región de donde a lo largo de la historia de Egipto surgirán los movimientos de reunificación y en época tolemaica las llamadas «revueltas nacionalistas».

Respecto al Bajo Egipto, *Ta-mehu*, «la tierra del papiro», su geografía actual poco se parece a la existente en época faraónica, debido a que las deposiciones aluviales del río han ido extendiendo sus límites. Por ello centros como Buto, que fue un nudo importante de comunica-

ción marítima con la costa sirio-palestina, se encuentra en la actualidad unos 50 km al interior.

Potencialmente, esta región es la más rica agrícola-mente, pero también hay que considerar las limitaciones que para la agricultura implica un delta, con numerosas áreas pantanosas y la necesidad de una mayor infraestructura hidráulica, explicando esto la importancia de la ganadería. No hemos de olvidar que en el Delta oriental se localiza la bíblica tierra de Goshen, donde los patriarcas acudían a obtener los pastos necesarios para sus rebaños. Por otra parte, su fauna ofrecía unas posibilidades inexistentes en el resto del país al ser una región de migración de numerosas aves y constituir un lugar ideal para las cacerías de reyes y nobles.

Una de sus limitaciones era la de los asentamientos, que debían efectuarse en lugares elevados, *gerizas*, para protegerlos de las aguas, propiciando un hábitat mucho más disperso, menos urbano, lo que explica que los principales centros del Bajo Egipto se localizaran en los márgenes del Delta. A este problema se une el de las comunicaciones. Mientras que en el Alto Egipto el Nilo constituye una vía de comunicación natural, en el Delta viajar en línea recta plantea muchos problemas por la existencia de canales.

Otro problema eran las enfermedades. En todas las sociedades antiguas encontramos referencias a los peligros que suponía vivir en áreas pantanosas debido a la propagación de epidemias, aconsejando Vitrubio (*De Arch.* 1.4) que las ciudades evitaran estas regiones.

Igualmente, en el Bajo Egipto, aun teniendo un hábitat y unos problemas similares, también se observan diferencias internas. En las *Instrucciones de Merikare* (XII dinastía) se dice que el Delta occidental no presenta proble-

mas, que el Delta central debe ser reorganizado, pero que el verdadero peligro radica en el Delta oriental. Esta diferenciación entre el Delta oriental y occidental manifiesta una dinámica cultural de Egipto. A través del primero se comunicaba Egipto con el exterior, partiendo las expediciones comerciales o militares hacia Siria-Palestina, donde existían importantes centros urbanos y políticos con los que se podía comerciar y que, ocasionalmente, podían amenazar los intereses egipcios.

Esta diferenciación geográfica entre el Alto y el Bajo Egipto explica los diferentes restos arqueológicos que de la civilización egipcia conocemos. Los templos, tumbas y principales asentamientos conocidos están en el Alto Egipto, mientras que del Bajo Egipto apenas conocemos sus necrópolis o asentamientos. Esta diferenciación en la información es muy importante, ya que el Bajo Egipto es una región abierta al Mediterráneo, que desde la Antigüedad fue un centro de intercambio cultural, de ideas y de personas, siendo por ello una región mucho más receptiva, donde penetraban antes las ideas e influencias exteriores, sin poder olvidar que la capital de Egipto siempre estuvo cerca o en el mismo Delta.

Pero a pesar de sus diferencias internas, Egipto depende del Nilo económicamente, no sólo para su agricultura y ganadería, sino también para la obtención de los materiales de construcción, como el adobe, o de escritura, como el papiro; y a pesar de los peligros y limitaciones del río, lo que debía experimentar un egipcio mirando a su alrededor era un sentimiento de seguridad, de protección ante un medio geográfico hostil, encarnado principalmente en un desierto que amenazaba con extenderse a costa de la llanura aluvial. Por ello los egipcios concibieron su tierra como aquella donde los dioses habían ins-

taurado el orden, mientras que lo que les rodeaba pertenecía al caos. No debemos olvidar que la vuelta al desierto es presentada en todas las culturas como algo hostil, peligroso, una amenaza constante.

Por tanto, Egipto no es una unidad geográfica, como no lo es Mesopotamia o Grecia, y existen regiones muy diferentes, con problemas y recursos muy concretos que inciden en distintos tipos de sociedad, en actividades y actitudes económicas diversas y en una cultura material diferente. Establecer y entender estas distinciones es importante, ya que en cualquier sociedad existen divergencias económicas, políticas, estratégicas, militares, humanas o culturales entre aquellas poblaciones que, aun perteneciendo a una misma unidad política o étnica, desarrollan su actividad cerca de la costa o en el interior, se relacionan más con el exterior o no, etc. Con ello no queremos decir que Egipto deba ser dividido en regiones, pero sí que existen diferencias. Un ejemplo puede ser lo que sentía un egipcio del Delta, con un mejor conocimiento del exterior, viviendo en una región más abierta en todos los sentidos, en contraposición a un egipcio del sur, cuya movilidad era muy limitada y cuyos contactos se reducían, en el mejor de los casos, a poblaciones desérticas y africanas que estaban lejos de tener la tradición cultural de Siria-Palestina.

Pero a pesar de no ser una unidad, lo cierto es que Egipto presenta signos más «homogéneos» que el otro gran foco cultural del Próximo Oriente, Mesopotamia, lo que, como veremos al analizar la concepción del mundo, tiene su incidencia en la mentalidad, la ideología o el propio desarrollo intelectual.

Pero lo cierto es que los egipcios, así como sus vecinos, cayeron en el mismo error que nosotros, concibiéndose

como una unidad, aunque también hay que valorar y entender el carácter genérico de los textos. Sus vecinos pensaban que el oro era más abundante que el polvo o que las cosechas siempre estuvieron garantizadas, y ello a pesar de que el oro era escaso en Egipto y lo debía obtener en Nubia o en el Desierto oriental y de que las hambrunas podían manifestarse en cualquier momento, como refleja la bíblica historia de José.

Éste es precisamente uno de los aspectos que menos atención ha recibido en la investigación: la carencia de materias primas. Es cierto que al referirse al nacimiento de la civilización en Sumer o en Egipto se señala precisamente su riqueza agrícola y su pobreza en otros materiales, debiendo obtener los mismos en el exterior. Pero mientras que en la historia de Mesopotamia la creación de rutas comerciales y el establecimiento de colonias, o *ports of trade*, han estado siempre presentes en la investigación, pocos planteamientos se han realizado en lo referido al antiguo Egipto, limitándose la investigación a señalar que Egipto explotaba sus regiones limítrofes, en especial Nubia.

Otra de las visiones globales es la de que en Egipto no acontecieron desastres naturales, a excepción de las malas crecidas. Ésta es una visión simplista que olvida la realidad cotidiana del campesino de cualquier sociedad y momento histórico; desde plagas de langosta hasta la muerte del ganado por la contaminación de las aguas, el campo sufre continuas amenazas que permiten a algunos investigadores interpretar las plagas enviadas por Yahvé a Egipto como desastres naturales que periódicamente sacudían al país.

En Egipto la línea de separación entre *Kemet* y *Deshret* es clara, y aun cuando dentro de *Kemet* pudieran existir

diferencias, el Nilo, *iteru*, ofrece un hilo conductor y un sentido de unidad. Por otra parte, las cadenas montañosas que corren paralelas al Nilo están alejadas y ofrecen escasas posibilidades económicas, mientras que, en Mesopotamia, los Zagros o el Taurus posibilitan la vida y el tránsito de pueblos. El Nilo no recibe afluentes como el Khabur o el Balikh, en el caso del Tigris, que permiten el desarrollo humano fuera de su llanura aluvial. Entre el Nilo y el desierto no existe una franja de tierra aprovechable para pastos o una agricultura de subsistencia. Es decir, Mesopotamia se ubica en un cruce de caminos de pueblos en busca de una «tierra prometida», y existe una variedad climática y de hábitat, mientras que Egipto depende del Nilo.

Por ello las culturas mesopotámicas desarrollaron una mayor curiosidad por su medio geográfico, preguntándose el porqué de diferentes fenómenos geográficos o atmosféricos, al contrario que los egipcios, que no desarrollaron curiosidad alguna. Una prueba es su visión del Nilo y su origen, pues pensaban que Khnun, el dios de Elefantina, era el guardián de las fuentes del Nilo que estaban en la primera catarata, sin preocuparse en ningún momento de dónde nacía el Nilo en realidad, debiendo esperar a la llegada de los griegos para que mitos o leyendas como la de las fuentes del Nilo fueran extendiéndose por Occidente, perdurando hasta el siglo pasado.

Del mismo modo, la entrada y salida continua de pueblos en Mesopotamia elimina en gran medida la existencia de un etnocentrismo tan desarrollado como el egipcio, lo que se plasma en una mayor evolución «filosófica» y comprensión de lo ajeno, algo que no existe en el pensamiento filosófico egipcio, en el que ese elemento de unidad, el Nilo, es el marco de referencia obligado.

Un aspecto muy importante para comprender la concepción egipcia es la incidencia que tuvieron los dos elementos que dominan su geografía: el Nilo y el sol. Los dos nacen, viven y mueren, el primero todos los años y el segundo diariamente, proporcionando a los egipcios una concepción cíclica de la vida propia de las sociedades antiguas hasta el triunfo del cristianismo.

Por lo tanto, la geografía de Egipto determina su visión del mundo, definiéndolo desde lo que conoce, lo que origina unas visiones etnocentristas: los ríos que fluían al revés, pensando que el único que discurría correctamente, de sur a norte, era el Nilo, o su división del país en el Alto y Bajo Egipto, realizada a partir del curso del Nilo, de sur a norte y al revés de la «lógica», definiendo el Nilo también los puntos cardinales, como entre los actuales campesinos egipcios. Por ello nos puede resultar extraño que el Nilo fuera una divinidad menor, ya que la divinidad relacionada con el Nilo, Hapy, encarnaba los aspectos fértiles de las aguas, no las aguas en sí.

Recordando las diferencias geográficas y la dependencia hacia el Nilo, los egipcios temían más una crecida elevada que otra escasa, no sólo por su carácter destructivo, especialmente en una civilización que como principal material constructivo utilizaba el adobe, sino porque las aguas tardaban más tiempo en abandonar los campos, lo que podía provocar un retraso en el comienzo del ciclo agrícola. Igualmente, los desequilibrios en las crecidas no sólo se plasman en las cosechas, sino en la fauna de los pantanos, en la pesca y en el hábitat de los animales que vivían en los alrededores de la llanura aluvial, lo que podía llegar a afectar a la vida en las comunidades, tanto por la importancia que tenía la caza o la pesca como por los peligros potenciales de ciertos animales si se acercaban mucho a la llanura aluvial.

Pero a pesar de sus temores hacia las crecidas, resulta significativo que el mundo egipcio no desarrollara un mito del diluvio, presente en el resto de las llamadas «civilizaciones hidráulicas». La historia de un diluvio universal la encontramos en el mundo sumerio, de donde pasó al mundo bíblico, o incluso en la leyenda griega de Deucalión y Pirra, los únicos que se salvaron del diluvio porque Prometeo les aconsejó construir un arca que pudiera cerrarse y en la que, tras nueve días, llegaron al Parnaso. Igualmente, los protagonistas de estos mitos, o aquellos otros héroes salvados de las aguas, son portadores de cultura y salvación –Moisés, Sargón de Accad o Rómulo y Remo, depositados en el Tíber en una artesa parecida a una cuna–, mientras que en Egipto el hombre no aporta nada a la civilización, sino que son los dioses los que han establecido el orden, delegando su mantenimiento en el Faraón.

Retomando las generalizaciones sobre el medio geográfico, suele pensarse y aceptarse que el clima del valle del Nilo no experimentó cambios, asumiéndose que era muy parecido al actual. Sin embargo, durante el Neolítico egipcio, cuando fueron estableciéndose algunas de las bases del posterior pensamiento religioso, ideológico y estatal faraónico, el clima fue más húmedo, y hasta la VI dinastía los alrededores de la llanura aluvial estuvieron lejos de ser desérticos. En los *wadis*, cursos de río actualmente secos, y áreas cercanas a la llanura aluvial, existía una sabana, con lluvias periódicas que posibilitaban una explotación agrícola y la existencia de un hábitat y de una fauna.

Es decir, los propios egipcios experimentaron las consecuencias de un cambio climático, con un progresivo avance de las condiciones desérticas y una circunscrip-

ción cada vez mayor en torno a la llanura aluvial, pudiendo incidir su experiencia humana en el desarrollo de su concepto orden/caos y en la necesidad de mantener siempre al caos alejado del orden, convirtiéndose primero en una obligación real y, con el paso del tiempo, del conjunto de la comunidad, lo que, como veremos en este libro, constituyó una de las características de la evolución política, social, económica e ideológica del Reino Antiguo.

Pero para entender en su totalidad al Egipto faraónico debemos tener en consideración también a los desiertos y los oasis, así como a Nubia.

Los desiertos que rodean al Nilo, y que ocupan más del 90% de la superficie de Egipto, suelen valorarse desde la óptica de la seguridad que ofrecen ante posibles invasiones, lo que es cierto. Constituían una barrera que dificultaba el tránsito de grandes ejércitos, pero ese aislacionismo también tenía aspectos negativos, al impedir a Egipto un contacto fluido con otras culturas y pueblos y por tanto recibir los estímulos necesarios para una mayor evolución ideológica o cultural.

Las poblaciones que habitaban los desiertos recibían diversos nombres, pero en el caso del desierto occidental son denominadas genéricamente como libios, debiéndose entender que este nombre agrupaba a todas aquellas ubicadas al oeste del valle del Nilo. Por ello en los Textos de Harduf (V dinastía) el príncipe de Yam de Nubia no es encontrado en un primer momento por estar combatiendo en la tierra de los libios, en la esquina occidental del cielo. Se trata de poblaciones marginales, despreciadas por los egipcios y que en momentos concretos pueden constituir una amenaza. La visión que de ellos se tenía queda reflejada en lo expresado en la estela de Merneptah

(XIX dinastía): «vagan continuamente y deben combatir para llenar su vientre un día tras otro».

Los desiertos también escondían «tesoros» y eran explotados económicamente, como sus minas de turquesa, cobre o las propias canteras, al mismo tiempo que eran atravesados por los *wadis*, que constituían vías de comunicación con el mar Rojo, región de donde Egipto obtuvo, desde el predinástico, objetos muy codiciados, como la turquesa y las conchas marinas.

Dentro de esta vasta geografía, eran los oasis, *wahe*, los únicos que ofrecían refugio, ya que la vida en los desiertos no apareció hasta los eremitas de la iglesia copta y el posterior desarrollo de los monasterios. Al comienzo de la historia egipcia los oasis estaban bajo la protección de Seth o de Ash, este último de posible origen libio, aunque a medida que el interés de Egipto por los mismos aumenta, será Amón el «Señor de los Oasis». La importancia de los oasis va paralela a la evolución del Estado y de la sociedad egipcios, ya que las rutas comerciales que unían el valle del Nilo con los oasis y el desierto a través de los *wadis* constituían punto de llegada de caravanas comerciales y expediciones reales en busca de piedra o metales, rutas que debían ser protegidas. Los oasis también constituían fuentes de productos que van adquiriendo una consideración especial dentro de la corte y los círculos de poder, como el vino y los dátiles.

Respecto a Nubia, que en la actualidad es la República del Sudán, su propio nombre, acuñado durante el dominio romano, puede reflejar el interés que para Egipto tenía, al derivar de *nbw*, oro, la principal fuente de riqueza de la región desde los comienzos de la civilización egipcia. En el mundo griego, esta región fue agrupada en su *Ethiopia*, un término con el que se hacía referencia a un

vasto espacio geográfico que no hacía más que extenderse hacia el sur debido a su afán geográfico y comercial. Los egipcios acuñaron diferentes nombres según su grado de penetración en la región y, fundamentalmente, de los pueblos y etnias presentes en cada momento: Yam, Ta-sety (tierra del arco), Irem y, más frecuentemente, Kush, presente fundamentalmente en el Reino Nuevo.

Si en Egipto el Nilo es fuente de vida y economía, en Nubia la dependencia es todavía mayor, con regiones en las que la franja susceptible de ser cultivada es mínima y con un suelo muy rocoso. Las difíciles condiciones de vida, especialmente entre la primera y la tercera cataratas, la región más próxima a la frontera egipcia, explica que periódicamente población nubia accediera a Egipto o lo intentara, tanto en busca de sustento económico como proporcionando a los faraones los hombres necesarios para completar sus ejércitos, movimientos «migratorios» que tendrán especial importancia a finales del Reino Antiguo.

Pero no solamente el Nilo o los desiertos influyeron en la mentalidad y la economía faraónicas; la fauna que existió en las márgenes de la llanura aluvial o los animales depredadores del desierto también determinaron algunas de sus concepciones. En las orillas del río vivían cocodrilos e hipopótamos, peligrosos para el hombre y los campos de cultivo cercanos, que eran identificados con las fuerzas del caos, y no debemos olvidar que el valle del Nilo fue fuente de aprovisionamiento de animales para el circo romano (lám. I). Otros animales como el chacal fueron identificados con dioses funerarios como Anubis, señalando algunos que ello responde a la costumbre de arrojar los cuerpos de la población más pobre al desierto, donde eran devorados por estos animales, considerados divinos por esa razón.

Por tanto, Egipto no es una unidad geográfica, económica e ideológica. Es cierto que el Nilo proporciona el bienestar frente a la «muerte» del desierto, pero también lo es que el clima, el hábitat y la fauna experimentaron cambios progresivos que condicionaron tanto la relación del hombre con el medio como su concepción del mismo. Cambios que, significativamente, adquieren mayor importancia en dos momentos históricos que abarca este libro: el tránsito hacia el Estado y el comienzo de las dinastías, cuando se aceleró el proceso de desecación del Sahara limitando aún más la vida en torno a la llanura aluvial, y, en segundo lugar, a partir de la V dinastía, cuando el clima se hizo más árido y las crecidas del Nilo experimentaron un fuerte descenso, afectando sobre todo a las regiones que más dependían del mismo y alcanzándose en torno al 2000 a.C. las condiciones climáticas existentes en la actualidad.

Lógicamente, estos cambios no se producen rápidamente, sino que son procesos largos en el tiempo y que pueden irse detectando en los cambios tanto económicos como ideológicos que van teniendo lugar. Así, desde comienzos de la V dinastía se observa una mayor importancia de las provincias, un desarrollo de las necrópolis provinciales, de los templos locales y de la administración provincial, dinámica que tradicionalmente se ha puesto en relación con el proceso de descentralización política que culminó con la crisis del Reino Antiguo pero que, en la actualidad, puede entenderse y explicarse como la conjunción de una serie de factores, entre ellos el climático. Igualmente, estas modificaciones climáticas no sólo afectaron a la llanura aluvial egipcia, sino también a Siria-Palestina e incluso a Mesopotamia, lo que nos puede ayudar a entender también el tipo de relacio-

nes que Egipto mantuvo con estas regiones a lo largo del Reino Antiguo.

Finalmente, y aunque será un aspecto analizado en diferentes apartados, conviene hacer un breve comentario sobre un aspecto íntimamente relacionado con la geografía y los recursos económicos que cada región tiene: la demografía. Efectuar cuantificaciones sobre la población que vivió en Egipto a lo largo de toda su historia es muy difícil, pero en ningún momento debemos pensar en un territorio con una densidad de poblamiento importante. Los estudios de Butzer, tomados por la comunidad egiptológica como referencia, permiten hablar de que en el Reino Antiguo pudo existir una población de un millón y medio de personas.

Por último, debemos hacer una breve referencia a la incidencia del Nilo en el ritmo agrícola. Al producirse la crecida entre los meses de mayo y junio, los campos no pueden comenzar a ser preparados para la siembra hasta noviembre, realizándose la cosecha en primavera, un ciclo diferente respecto a sus vecinos que también influirá en sus concepciones de lo externo y que explica la división del año en tres estaciones: *akhet*, la inundación, *peret*, la siembra, y *shemu*, la cosecha. Igualmente, este ciclo agrícola determinado por la crecida del Nilo también nos ayudará a entender aspectos políticos y administrativos, ya que el Estado aprovechará los meses de la inundación en verano, cuando es muy difícil la realización de cualquier actividad económica, para embarcarse en la construcción de obras públicas utilizando a una parte importante de la población.

Lo expresado hasta el momento puede sorprender a muchos, pero lo cierto es que Egipto está lejos de ser lo homogéneo, geográfica e históricamente, que se pensa-

ba, del mismo modo que su civilización es algo más que pirámides, momias o tesoros. Es cierto que los manuales aún siguen expresando la misma idea: la de una unidad geográfica que aparentemente explica la inexistencia de cambios y la perdurabilidad de una civilización durante tres milenios, y permiten mantener el mito de lo egipcio; pero, como recientemente ha expresado Grimal, es necesario arrinconar las teorías expuestas a comienzos de siglo, a lo que debemos añadir que la civilización egipcia fue mucho más dinámica, en todas sus manifestaciones, de lo que hasta hace poco se pensaba, sobre todo fuera de la egiptología.

Un último ejemplo puede ilustrarnos acerca de los cambios sufridos por los egipcios y las sociedades próximo orientales en general. Como hemos visto, la incidencia del medio geográfico es muy importante para comprender diferentes manifestaciones egipcias, al igual que sucede en Mesopotamia, y explica el origen animal de los dioses egipcios, que irán experimentando un proceso de antropomorfización (cf. cap. 5), algo que para nuestra sociedad resulta muy difícil de entender, máxime cuando el propio relato bíblico establece el dominio del hombre sobre el medio geográfico; pero este relato fue escrito dos mil años más tarde de que en el valle del Nilo surgiera un Estado, el faraónico.

2. La unificación de Egipto y el comienzo de las dinastías

El Estado, los reyes, las pirámides, las campañas militares en el exterior, la iconografía faraónica, la escritura o las normas que rigieron gran parte del arte egipcio no surgen espontáneamente con la unificación de Egipto y el nacimiento del Estado, tradicionalmente atribuidos a Narmer. Muchas de las bases de la civilización y del Estado faraónicos comienzan a manifestarse durante el período predinástico, siendo sobre las mismas sobre las que posteriormente evolucionó la sociedad, la religión, la economía o el arte. Como veremos en el capítulo dedicado a las creencias funerarias, puede establecerse una línea evolutiva desde los primeros enterramientos realizados en el período predinástico en el desierto en un simple hoyo excavado en la arena hasta el posterior proceso de momificación, la concepción de la tumba como una «casa eterna» o la función de los ajuares funerarios.

La aparición del Estado en Egipto se ha atribuido durante décadas a Narmer, y, como primer faraón de la I dinastía, suele identificársele con el mítico Menes, que, según Heródoto y Manetón, fue el primer faraón de Egipto.

Sin embargo, las excavaciones e investigaciones de los últimos años han puesto de manifiesto la existencia de unos faraones anteriores, encuadrados en lo que se ha llamado dinastía 0 y que concuerdan con los míticos faraones mencionados en la Piedra de Palermo (V dinastía), uno de los primeros documentos históricos del Egipto faraónico de que disponemos.

Pero antes de la unificación de Egipto existieron una serie de culturas neolíticas que, en comparación con otros ámbitos culturales, como Mesopotamia, tuvieron una duración muy breve, por lo que en Egipto se dio una transición muy rápida hacia el Estado. No pretendemos proceder a una descripción de los restos materiales de las diferentes culturas neolíticas egipcias; al contrario, nuestra intención es trazar las líneas generales de un proceso de evolución y cambios que culminó en la aparición de unos líderes, de los que surgirían los posteriores faraones.

Ya durante el período predinástico puede establecerse una diferenciación entre el Alto y el Bajo Egipto, desarrollando ambas regiones culturas neolíticas con características propias. En las culturas de Merindé o de Maadi del Bajo Egipto pueden observarse influencias palestinas, pensando algunos que ciertas técnicas y útiles agrícolas fueron préstamos procedentes de Palestina. Igualmente, en las culturas del Delta se observa una despreocupación prácticamente absoluta por las costumbres funerarias, como refleja la ausencia o pobreza del ajuar funerario depositado en las tumbas.

Por el contrario, en las culturas neolíticas del Alto Egipto se observa una influencia africana, así como de las poblaciones saharianas que, huyendo del proceso de desecación, van afluyendo lentamente al valle del Nilo, al

mismo tiempo que sus necrópolis reflejan unos enterramientos en los que la preocupación por dotar al difunto de un ajuar funerario que le sirviera en el más allá está ya presente.

En el Alto Egipto la primera cultura predinástica es la badariense, llamada así por haber sido identificada por primera vez en El-Badari y que comienza en torno al 5000 a.C., siéndonos conocida principalmente por sus necrópolis, en las que se observa ya una preocupación por dotar a la persona de un ajuar funerario, tanto para su alimentación como para su utilización personal. Algunos investigadores piensan que ya pueden apreciarse los primeros signos de una estratificación social, y en la misma se constata la primera necrópolis de animales, concretamente de vacas.

Su economía estaría basada en la agricultura, pero con importancia de la caza y la pesca. Un aspecto significativo es que ya se encuentran las primeras conchas del mar Rojo, que indican unos contactos con otras regiones o poblaciones que deben entenderse dentro de la lógica de un proceso todavía de asentamiento y no como reflejo de unas prácticas comerciales perfectamente establecidas.

Pero será durante la cultura nagadiense cuando el valle del Nilo experimente un desarrollo cultural, económico, ideológico y tecnológico que culminará con la unificación de Egipto y el nacimiento del Estado. Este período se divide en tres fases: Nagada I-III (3500-3150 a.C.), pudiéndose afirmar en la actualidad que en Nagada III, unos ciento cincuenta años antes de Narmer, Egipto ya estaba unificado con la ya mencionada dinastía 0.

Durante Nagada I, los asentamientos aparecen dispersos a lo largo del valle del Nilo, apenas existen pruebas de

la existencia de unos líderes y la economía se basa en la agricultura. Un aspecto importante es que durante este período los asentamientos se localizan no en las proximidades de la llanura aluvial, sino en torno a los *wadis*, donde las condiciones climáticas, más húmedas, permitían la práctica de la agricultura y de la ganadería.

Es en Nagada II cuando se observa un rápido avance cultural y político. Las razones para ello fueron explicadas en un principio como una consecuencia de la llegada a Egipto de la llamada «raza dinástica», una población de origen mesopotámico que aportaría a Egipto los avances por entonces ya existentes en las ciudades-Estado de la cultura Uruk mesopotámica. Esta interpretación tenía como principal argumento la recepción en Egipto de influencias culturales mesopotámicas que, como el cilindro sello, la fachada de palacio o algunos motivos decorativos, están presentes en la decoración de algunos de los objetos protodinásticos, llegando algunos a señalar una posible relación entre la escritura jeroglífica y la mesopotámica, si no en su estructura sí en el préstamo de la idea. La constatación de esta raza dinástica se quiso ver en la decoración del mango de cuchillo de Gebel el-Arak, en el que, además de representarse a un «señor de los animales» con una vestimenta mesopotámica, también se representa una batalla naval, con barcos de proa y popa elevadas, al modo de las embarcaciones tipo Uruk y sumerias (fig. 2).

Estos planteamientos fueron realizados hasta los años 20, pensándose que los avances realizados en Nagada II culminaron con la victoria de Narmer, un rey del Alto Egipto, sobre el Bajo Egipto, unificando el país e instaurando la I dinastía, acontecimiento histórico que estaría conmemorado en la famosa Paleta de Narmer (lámi-

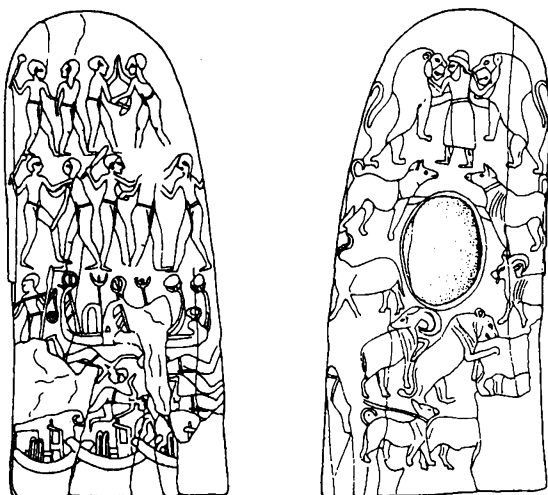


FIGURA 2. Mango de cuchillo de Gebel el-Arak

na II). Con posterioridad los estudios sobre este período fueron abandonados, siendo retomados en la década de los ochenta.

Por entonces, la arqueología egipcia había abandonado su obsesión por el hallazgo del objeto, al mismo tiempo que se intentaban aplicar en Egipto esquemas teóricos sobre el nacimiento del Estado aplicados con anterioridad al mundo mesopotámico u otras áreas culturales. Estas nuevas investigaciones han permitido conocer que el avance cultural ocurrido en Nagada II nada tuvo que ver con la llegada de nuevas gentes o con las aportaciones culturales exteriores, interpretaciones que se enmarcaban en las teorías difusionistas dominantes en la primera mitad del siglo XX y que tuvieron en Gordon Childe a uno

de sus principales representantes, junto a la interpretación militarista de que todo proceso unificador debía haberse logrado con una victoria militar.

En la actualidad se sabe que en Nagada II existieron tres focos culturales y políticos en el Alto Egipto: Nagada, Abidos e Hierakómpolis, pudiéndose establecer un conflicto entre ellos que terminó con la victoria de Hierakómpolis y la posterior expansión de la cultura del Alto Egipto al Bajo Egipto a finales de Nagada II. Ello provocó el final de la cultura de Maadi en el Bajo Egipto y propició la unificación cultural del país. El problema está en determinar las razones que llevaron al enfrentamiento, o unión, de estas entidades políticas y su posterior expansión territorial y en explicar las escenas presentes en los llamados «objetos protodinásticos», mangos de cuchillo y paletas, los únicos documentos históricos de los que disponemos junto a las tumbas.

Una de las razones esgrimidas, y posiblemente la más probable, es que en el tránsito entre Nagada I y Nagada II se aceleró el proceso de desecación del Sahara, lo que obligó a abandonar la mayoría de los asentamientos hasta entonces ubicados en los *wadis*, debiendo proceder las comunidades a la conquista y explotación de la llanura aluvial, hasta entonces prácticamente inhóspita. Dicho proceso de conquista no resultaría fácil, y sería durante el mismo cuando fueron fijándose las bases religiosas, políticas e ideológicas del posterior Estado egipcio.

Las tierras anualmente inundadas por la crecida del Nilo estarían dominadas por una fauna hostil al hombre: cocodrilos, hipopótamos y otros animales propios de regiones pantanosas que dominarían el hábitat, por lo que las comunidades humanas, bajo el liderazgo de uno de sus miembros, tendrían que ganar el territorio, sin des-

cartar la realización de algunas obras hidráulicas para controlar la crecida. Sería en esta atmósfera en la que ese líder de comunidad iría adquiriendo mayor poder y consideración, planificando los trabajos de la comunidad, al mismo tiempo que su figura iría revistiéndose de aspectos religiosos relacionados con el dominio del medio geográfico que serán conservados por los faraones.

Todo ello se refleja en una creciente estratificación social, plasmada en las tumbas y en los ajuares, al mismo tiempo que dichos líderes irían requiriendo un creciente número de objetos procedentes del exterior que reflejarán su estatus y que, al carecer Egipto de productos exóticos, obtendrían en Palestina y en Nubia.

En Nubia se desarrolla por entonces el llamado Grupo A, teniendo Qustul, en las cercanías de Aswan, un papel dominante. En Qustul, Williams excavó lo que llamó «la necrópolis real», hallando objetos con una iconografía faraónica, lo que le llevó a proponer que la realeza egipcia tuvo un origen africano, hipótesis muy contestada y prácticamente abandonada en la actualidad. Respecto a Siria-Palestina, la vía de entrada de los objetos y la vía de comunicación natural era a través del Delta, región que por entonces veía el desarrollo de la cultura de Maadi y de Buto. A la primera llegaban las influencias palestinas, desde el cobre de la península del Sinaí hasta el aceite o el vino, mientras que a Buto llegaban las influencias mesopotámicas, procedentes de las colonias Uruk que por entonces existían en el norte de Siria.

La existencia de diferentes entidades políticas en un espacio geográfico pequeño pudo facilitar la aparición de conflictos, al mismo tiempo que el proceso de asentamiento en la llanura aluvial también pudo originar problemas de abastecimiento en algunas poblaciones, es-

pecialmente en las regiones donde la franja de tierra susceptible de ser cultivada era muy escasa. Los problemas de abastecimiento, las luchas entre vecinos y el deseo de acceder a los productos que llegaban del exterior sin intermediarios pudieron ser las razones que expliquen la aparición de conflictos entre las tres entidades políticas del Alto Egipto y que culminaron con la unificación del territorio y el comienzo de la dinastía 0, cuyos reyes pueden identificarse con los semidioses o reyes míticos mencionados en los posteriores anales faraónicos.

Este proceso histórico provocó la desaparición de Qustul y del Grupo A de Nubia, lo que originó un vacío poblacional en la región que perdurará hasta la V dinastía, mientras que en el Delta aconteció el final de la cultura de Maadi, no por su destrucción, sino por la creación de nuevos centros en el Delta oriental tendentes a controlar y favorecer la ruta comercial que unía Egipto con Palestina meridional, en tanto que Buto siguió actuando como centro de intercambio con las colonias Uruk del norte de Siria.

Esta nueva situación política obligó al primitivo líder de comunidad a ir adoptando unas insignias acordes con su nueva función y unas ceremonias que exaltaban su relación con los dioses y a desarrollar una política que permitiera integrar a las distintas regiones y poderes en una nueva estructura: el Estado.

A este período histórico pertenecen los llamados «objetos protodinásticos»: paletas, mangos de cuchillo o pequeñas etiquetas de marfil que escenifican los avances de la sociedad, su paulatina estratificación social, el desarrollo de una clase dirigente y la codificación de unos ritos, emblemas de poder y actitudes que dominarán la iconografía faraónica, tal y como veremos en el capítulo dedicado al arte.

Quizá el mejor ejemplo de esta evolución lo tengamos en las escenas que decoran la llamada «Tumba 100» de Hierakómpolis (fig. 3). Su datación ha sido objeto de diferentes debates, aunque la de Nagada IIb-c es la más aceptada, es decir, justo antes de producirse la «unificación» del país y el comienzo de la dinastía 0. En ella tenemos la representación a mayor escala de un personaje, posiblemente el líder de Hierakómpolis, que adopta ya la típica actitud faraónica de vencer a sus enemigos, mientras que en otro momento aparece como dominador de las fuerzas de la naturaleza, encontrando también embarcaciones en las que ese líder se dirige al templo a presentar sus logros. Es decir, en estas escenas encontramos a un líder adoptando posturas faraónicas y que actuó siguiendo los designios de la divinidad y presentando sus acciones de gobierno.

En el resto de los objetos protodinásticos observamos cómo el hombre va convirtiéndose en el dominador de las escenas, al mismo tiempo que los animales fantásticos, emblemáticos de un medio geográfico hostil que la civilización egipcia identificará con el caos, van siendo dominados y localizándose en los bordes de las paletas, quizá simbolizando precisamente que ese caos sigue rodeando los logros de la sociedad. También aparece un

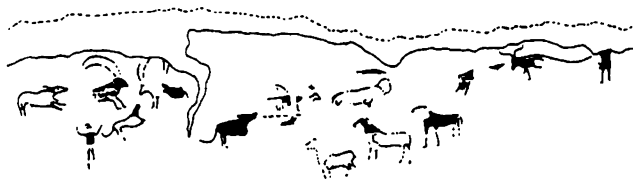


FIGURA 3. Detalle de la pintura mural de la Tumba 100 de Hierakómpolis

número importante de escenas militares, interpretadas en un principio como reflejo de las luchas que llevaron a la unificación de Egipto con Narmer, pero que con los nuevos planteamientos pueden explicarse bien como el dominio de áreas que originalmente no fueron integradas durante la dinastía 0, como las escenas que hacen referencia a la victoria sobre libios, bien, en algunos casos, como posibles victorias sobre poblaciones extranjeras.

Como recientemente ha señalado J. Baines, las paletas pueden estar representando cómo los reyes traen el mundo exterior, sea éste animal o humano, una vez dominado, a presencia de los dioses, ya que estos objetos fueron depositados como ofrendas en los templos, simbolizándose así que el emergente Faraón presentaba sus logros a la divinidad durante el desarrollo de algún festival, como el de la «Aparición del Rey del Alto y del Bajo Egipto».

Pero la unificación de Egipto, el comienzo de las dinastías y la existencia de una monarquía no implican que el Estado tenga ya todas las características que tradicionalmente asociamos al mismo, como la escritura, que todavía no está totalmente desarrollada, aunque en diferentes objetos de Nagada III encontramos los primeros signos jeroglíficos.

Por otra parte, la unificación de Egipto es el resultado de la unión de diferentes entidades políticas –Abidos, Nagada, Hierakómpolis, Buto, Maadi, etc.– y geográficas –el Alto y el Bajo Egipto– que habían desarrollado pautas culturales diferentes, así como unas estructuras jerárquicas propias, debiéndose integrar ahora en una única forma política, el Estado, que intentará centralizar los recursos de modo que emane de él una política común, tanto ideológica y cultural como económica, siendo este proceso más largo, complicado y difícil que la conquista y unificación de unos territorios, militarmente o no.

La civilización mesopotámica está caracterizada por la ciudad-Estado como forma política y de organización social hasta el surgimiento del Imperio Acadio en el último tercio del III milenio, pero incluso después, la ciudad, como la *polis* en el mundo griego, seguirá siendo el elemento vertebrador del Estado y de la cultura. Por el contrario, en el caso de Egipto la unificación se produce más por una unión, o conquista, de entidades territoriales que de centros urbanos.

Estas dificultades internas de cohesión parecen presidir la historia de las dos primeras dinastías, llamadas «tinitas» por ser originarias, según Manetón, de Tinis. Durante la primera mitad de la I dinastía parece existir una política común, con expediciones hacia Nubia y Palestina meridional, donde los recientes hallazgos permiten hablar de una colonización egipcia debido al deseo de obtener productos que, como el cobre de las minas del Sinaí, el aceite o el vino, comenzaban a ser demandados por la elite dirigente, existiendo una infraestructura administrativa en la región, como la residencia de 'En-Besor.

Sin embargo, a mediados de la I dinastía, Egipto entra en una crisis que no se cerrará definitivamente hasta el comienzo de la III dinastía, período que suele identificarse con el arranque del Reino Antiguo.

Ante la ausencia de información sobre la administración y funcionamiento del Estado egipcio durante estas dinastías tinitas, el principal debate de la investigación se ha centrado en discernir dónde fueron enterrados sus reyes. El origen de esta problemática se origina en que tanto Abidos como Saqqara han conservado tumbas que pueden definirse como reales, llegándose en ocasiones a la solución de compromiso de que unas eran las verdaderas tumbas y las otras cenotafios. En la actualidad parece

existir cierta unanimidad en la consideración de las tumbas de Abidos como reales, mientras que las de Saqqara pertenecerían a altos funcionarios, especialmente por el hallazgo en Abidos de los llamados «recintos funerarios», lugares donde se rendía culto a los reyes muertos y que anticipan los «templos funerarios» que serán construidos junto a las pirámides.

De confirmarse o aceptarse esta diferenciación, ello presenta aspectos muy interesantes para comprender la dinámica histórica y cultural de las siguientes dinastías, máxime cuando no parece existir la obligatoriedad de los nobles de enterrarse cerca de la tumba del Faraón, tal y como sucederá en ciertos períodos del Reino Antiguo, especialmente hasta la V dinastía. Igualmente, en algunas tumbas de Saqqara se han encontrado barcas asociadas a los enterramientos, por lo que esos nobles también aspirarían a acceder al más allá, que, como veremos, implicaba el deseo de acompañar al sol en su viaje diario.

Por otra parte, se observa una diferenciación entre las tumbas tinitas de Abidos y las de Saqqara: en estas últimas una mayor utilización de la piedra, mientras que en las de Abidos predomina el adobe. Ésta era una de las razones para identificar las tumbas de Saqqara como reales, pero esta diferencia puede encontrar su explicación en el propio medio geográfico, ya que, como sucederá a lo largo de toda la historia de Egipto, las tumbas de la región menfita suelen ser de mejor calidad debido a la utilización de piedra, puesto que en esa región es muy abundante y de buena calidad, lo que no sucede en el sur de Egipto.

Como conclusión, podemos decir que en el período predinástico se pusieron muchas de las bases sobre las que se desarrollaría la cultura egipcia, del mismo mo-

do que los problemas internos señalados nos deben servir para comprender que cuando hablamos de dinastías éstas no siempre tienen que ser interpretadas como épocas de unidad.

Tras un período de conflictos internos provocados por la nueva situación política, administrativa, social y económica que planteaba la aparición de una unidad nacional basada en el gobierno de una única persona, el rey, la superación de los mismos permitió que desde la III dinastía los reyes desarrollaran una política, sobre todo en el ámbito ideológico, que les permitiera ir concentrando los recursos del país y utilizarlos en la construcción de sus tumbas, las pirámides, símbolos de una nueva realeza, más poderosa y estable que la anterior, y que al mismo tiempo hiciera posible su vinculación directa con el sol, principal divinidad del Reino Antiguo. Es decir, un proceso de concentración del poder en la realeza que conllevó la pérdida de algunos de los derechos que, hasta entonces, habían tenido ciertas capas de la sociedad y que no volverán a aparecer hasta el final del Reino Antiguo, cuando comience un proceso de descentralización identificado, tradicionalmente, como el inicio del fin del Reino Antiguo y que terminará con el Primer Período Intermedio, pero que por el contrario supondrá una adaptación de la sociedad egipcia a unas nuevas circunstancias.

3. La concepción del mundo

La concepción que del mundo desarrolla una civilización determina muchas de las manifestaciones de su sociedad, como el arte y el tipo de escenas, en las que deben aparecer sus planteamientos y protagonistas, la imagen que tendrán de sus vecinos y sus creencias religiosas, entendiendo éstas de un modo amplio: desde la función e importancia de sus dioses y la relación del hombre con ellos hasta sus creencias funerarias y su idea del más allá y la forma de llegar a él.

Los egipcios se consideraron un pueblo bendecido por los dioses, aunque ello no les evitara tener que luchar por mantener el medio geográfico y económico en el que vivían. Por ello la idea egipcia más importante y constante a lo largo de su historia fue su creencia en una oposición permanente entre el orden y las fuerzas del caos. El orden, que fue establecido en Egipto por los dioses durante la creación, debía luchar contra el caos, encarnado en todo aquello que rodeaba a la fértil llanura aluvial del Nilo, en especial el desierto, sus habitantes y las poblaciones asiáticas, así como en sus manifestaciones internas: las pla-

gas, enfermedades, animales peligrosos para el hombre y las cosechas, etc.

Esta lucha constante legitimaba y justificaba una forma de gobierno, la realeza, cuya principal obligación a lo largo de la civilización faraónica será el mantenimiento de dicho orden. Ello explica que el Faraón se represente casi siempre de una forma ritual, realizando aquellas acciones que de él esperaba la sociedad y que los dioses le habían confiado: venciendo a los enemigos y dominando la naturaleza, propiciando a la sociedad sus deseos más básicos, la protección física y económica, y plasmando sus logros en el arte, en la literatura y en los ritos religiosos.

La dualidad, el enfrentamiento continuo de dos fuerzas opuestas, es algo inherente a muchas sociedades, y sirve para cohesionar a un grupo étnico, político o social en una misma dirección. La existencia de dicotomías fue una constante durante la Antigüedad, y aunque el mundo romano desarrolló el concepto de ciudadanía romana, que rompió los estrechos límites geográficos, culturales e incluso étnicos, favoreciendo la posterior expansión del cristianismo, el de dualidad no desapareció.

Lo que más sorprende del mundo egipcio es que esa división planteaba barreras insalvables, y no había posibilidad de comunicación. En el mundo griego existía la visión del bárbaro, y entre los judíos estaban los gentiles, pero existía la posibilidad de una adaptación. Es cierto que no se propiciaba la integración, pero tampoco se rechazaba si ésta se producía. En Egipto *rmt* es el término para designar al hombre, a la gente como colectivo, y le fue aplicado al principio a los egipcios, debiendo esperar al Reino Nuevo para ser aplicado también a los no egipcios, aunque ideológicamente seguían siendo habitantes del caos.

Los egipcios, como cualquier sociedad, procedieron a delimitar el espacio geográfico y económico en el que vivían, desarrollando y plasmando a partir de él sus ideas y conceptos. En este proceso subyace la territorialidad del hombre y su deseo de sentirse seguro en el territorio en el que debe vivir. Ello explica que los sentimientos, miedos o esperanzas que podemos encontrar en los textos egipcios no sean tan lejanos a los de otras sociedades, incluida la nuestra, aunque están desarrollados a partir de su experiencia cognitiva del medio geográfico en el que vivían: se prefiere la luz a la oscuridad, lo conocido a lo desconocido, lo estable a lo cambiante, lo abierto a lo cerrado, estableciéndose a partir de todo ello un sistema de valores que impregna las manifestaciones culturales.

Todo aquello que proporciona seguridad se ubica, se delimita dentro del territorio en el que se vive, en lo que en definitiva es conocido. Por el contrario, todos los elementos negativos, u opuestos, se localizan en los límites o más allá, debiéndose estar en todo momento vigilantes ante su amenaza y posible expansión.

Esta diferenciación y establecimiento de una dualidad adquiere mayor realidad y simbolismo en Egipto, donde el choque y las diferencias entre la llanura aluvial, en la que se vive y de la que se depende económicamente, y el desierto inhóspito y amenazante son evidentes. Dicha división delimita las formas de vida, los valores de la «unidad» territorial, y todas las costumbres y pueblos que están fuera de ella se consideran extraños y peligrosos, y sus recursos, limitados, siendo por ello que a los asiáticos se les puede definir como «aquellos que aran en verano y cosechan en invierno», definición que tiene mucho que ver con la explicación de las realidades que ellos ven respecto a lo que les resulta cotidiano, ya que,

como hemos comentado, el Nilo determina un ciclo agrícola diferente.

Pero esta diferenciación no sólo se opera a nivel externo. En el ámbito nacional también se realiza, máxime cuando, como ya hemos expuesto, Egipto no es una unidad geográfica. El título «Rey del Alto y Bajo Egipto» pretende reflejar una unidad nacional y cosmológica, pero al mismo tiempo reconoce la existencia de dos entidades diferentes, surgiendo de la unión de algo opuesto la unidad que encarna la realeza; pero estos elementos opuestos deben ser entendidos como complementarios, al existir en ambos el Nilo, que confiere un sentimiento de unidad.

Por tanto, uno de los principales elementos unificadores de la cultura egipcia es el Nilo. A lo largo de su curso ofrece la vida o la muerte, y determina el desarrollo del país, no siendo extraño por ello que el Nilo señale la orientación, la línea a seguir, que alcanza también a la ideología de la realeza, que proclama su control sobre las tierras al norte y al sur del río. Sus crecidas marcan el bienestar, y su ciclo anual, el origen del mundo, así como el propio devenir del hombre: el Nilo nace todos los años durante la inundación, vive mientras las aguas fertilizan los campos y muere cuando su caudal disminuye. Por ello la creación es algo que a los egipcios se les manifiesta anualmente y está presente en su vida, influyendo en su religiosidad y concepciones, al tratarse de manifestaciones «cotidianas» y conocidas al tiempo que bendecidas y sufridas.

Pero junto al ciclo de nacimiento, vida y muerte del Nilo, el otro elemento dominante de la geografía egipcia, el sol, les confirma aún más en sus sentimientos, miedos y dependencias, ya que al igual que el Nilo, su viaje dia-

rio les transmite el carácter cíclico de la naturaleza y de la vida.

Tanto el sol como el Nilo confieren una seguridad ante el desierto, les iluminan ante la oscuridad y hacen sentirse «seguros» a los egipcios, pero en su propio ritmo cíclico está presente el temor a que esa protección desaparezca. El Nilo muere, pudiendo no renacer al año siguiente, y, aun cuando siempre lo hace, depende de la voluntad de sus dioses o de la actitud de su representante terrestre, el Faraón, mientras que el sol debe realizar todos los días un viaje por la oscuridad, en la que los egipcios, como toda sociedad, ubican a todo un conjunto de monstruos o fuerzas maléficas que habitan en lo desconocido y que, diariamente, intentarán evitar que el sol resucite todos los días. Por ello el propio ritmo del sol y del Nilo influye en el hecho de que los egipcios deban estar siempre vigilantes para evitar la victoria del caos, de las fuerzas que se oponen a todo aquello de lo que dependen.

Las amenazas contra el orden estaban presentes en la sociedad egipcia todos los días, por lo que sus integrantes necesitaron concebir el acto creador no como un único momento, sino como un proceso continuo, eterno, que se manifestará en la arquitectura, función y ritos que se realizarán en los templos. En palabras de Schafer, el mundo no necesitaba la salvación, sino la preservación del orden a través del gobierno, encarnado en el Faraón, y el proceder al acto creador constantemente, experimentando los egipcios el tiempo como una serie continuada de repeticiones, y su tránsito, una manifestación del orden.

En muchas sociedades la quiebra de una sociedad o una serie continuada de malos años en su economía agrícola son interpretadas como un abandono de los dioses, que, debido a la actitud de sus siervos, deciden quitarles

su protección, concepto presente en la propia historia de Israel y el tipo de relaciones que se establece entre las tribus y Yahvé, en la destrucción de Sodoma y Gomorra, en el diluvio universal o en la expulsión de Adán y Eva del paraíso.

En el caso de la cultura egipcia es significativo que en ningún momento se produce el abandono de sus dioses, aunque a lo largo de su historia existieron momentos en los que la situación del país fue caótica, bien por una serie continuada de malas crecidas, bien por el dominio que ejercieron poblaciones externas al orden, y por tanto procedentes del caos, sobre Egipto. Pero estas coyunturas no fueron sentidas, o interpretadas, como consecuencia de un castigo divino. Al contrario, la causa está en que no existió una realeza fuerte, en que su poder había disminuido o desaparecido, sin importar por qué o las propias culpas de esa monarquía. Por ello, mientras en el Reino Antiguo la realeza se consideraba divina, posteriormente lo será la institución. Ejemplo de ello son las *Admoniciones de Ipuwer*, un texto del Primer Período Intermedio que refleja la inversión de los valores sociales, económicos y políticos pero en el que la culpa no es de la institución, sino precisamente de la ausencia de ella, esperando que ésta vuelva a surgir para restablecer el orden (cf. cap. 9).

Pero ¿cómo fue establecido ese orden cósmico? Los egipcios no crearon un único sistema cosmogónico, pero en el transcurso de su historia fueron tres los que tuvieron mayor importancia: los desarrollados en Menfis, Heliópolis y Hermópolis. Existe un debate en la investigación sobre la datación de cada uno, especialmente respecto a la cosmogonía menfita, ya que se nos ha conservado en la llamada «piedra de Sabaka», de la XXV dinastía, aunque algunos piensan que se trata de la copia de

un texto más antiguo que debe remontarse a las primeras dinastías.

Sin entrar en una discusión y descripción pormenorizada de ellas, en todas pueden observarse unos conceptos y elementos comunes a través de los cuales se legitimarán y se dará carta de expresión a diferentes aspectos de la civilización egipcia. Lo único que varía entre ellas es el dios creador y la forma en que el demiurgo procedió a la creación, pero todas ponen las bases de lo que debe ser el comportamiento ético y social de la comunidad.

Como en tantos otros sistemas cosmogónicos de otras civilizaciones, en un principio solamente existía el caos, las aguas primordiales en las que estaban presentes los elementos masculinos y femeninos que posibilitarían la creación, surgiendo el dios creador de dichas aguas. En el caso concreto de Egipto, el demiurgo emergió de las aguas, aunque los textos no explican claramente cómo, y se asentó en la llamada «colina primigenia», desde donde procederá a la creación del mundo. Surge así la primera pregunta, máxime cuando en un mito, sea éste de creación o no, todos los elementos que en él aparecen esconden una razón o un significado: ¿por qué se procede a crear el mundo desde un lugar elevado cuando Egipto se desarrolla en una llanura aluvial? La explicación, como en tantos otros aspectos, debemos buscarla en la observación que del medio geográfico realizaron los egipcios.

Con la inundación de las aguas del Nilo toda actividad agrícola debe cesar; las aguas primordiales se han extendido y van depositando en la tierra el limo que la fertiliza y que, como elemento de vida, reúne los principios masculinos y femeninos contenidos en aquéllas. Con el paso del tiempo, y a medida que las aguas van retirándose de los campos, lo primero que puede observarse son unas coli-

nas, la parte elevada de una tierra que ha sido fecundada y que anticipa la prosperidad que podrá obtenerse gracias a su explotación; por ello es desde dicho promontorio desde donde el dios procede a la creación. No importa qué dios, pues cada nomo o región ubicará en dicha colina al suyo.

Un aspecto muy importante es que el demiurgo crea el mundo en medio del caos, desde la colina rodeada por las aguas primordiales; por tanto, la propia acción creadora está rodeada de peligros y es realizada en un ambiente hostil, que explica la necesidad de una vigilancia.

A partir de este principio común cada cosmogonía desarrollará su propio sistema de creación. En el caso de Hermópolis será el resultado de la unión de cuatro ranas y cuatro serpientes, los primeros animales que se ven en la tierra fecundada a medida que las aguas van retirándose de los campos. En Menfis, será a través de la palabra y los deseos expresados por Ptah, sentimientos que residen y emergen en el corazón, donde quedan registradas todas las acciones, humanas o divinas, siendo ésta la razón por la que dicho órgano permanecerá con el cuerpo y es una de las vísceras que no son extraídas en el proceso de momificación. Además es el corazón de la persona el que deberá superar el juicio de Osiris para acceder al más allá. Por el contrario, en Heliópolis es Atum, el sol, el dios creador, siendo posiblemente ésta la cosmogonía que mayor incidencia tenga en el período histórico que abarca este libro.

Según dicha cosmogonía en un principio no existía más que Nun, las aguas primordiales, de donde emergía el sol, Atum, aunque no se dice con precisión cómo, y, una vez establecido en la colina primigenia, procedió a masturbarse o, según otras versiones, escupir, dando

vida a Shu, el aire, y a Tefnut, de donde nacieron Nut, el cielo, y Geb, la tierra, que a su vez tuvieron cuatro hijos: Osiris, Isis, Seth y Nepthis. Lo realmente importante es que la última generación de la Enéada está compuesta por dioses terrenales que sirven de enlace con los elementos astrales, como queriendo relacionar lo divino con lo humano, con lo terrenal, algo que adquiere mayor importancia si tenemos en cuenta el famoso mito de Osiris y Seth que sirve de legitimación para la identificación del Faraón con Horus.

El desarrollo de este mito, conocido en su totalidad solamente a través de Plutarco, un sacerdote de Isis en época romana que le pudo incluir elementos que originalmente no le pertenecían, es el siguiente: el dios-tierra Geb decidió dividir su reino entre sus hijos Osiris y Seth, para posteriormente arrepentirse y proclamar a Osiris como único heredero, provocando la ira de Seth, que planeó matar a su hermano. Con tal fin organizó un banquete y preparó un sarcófago con las medidas exactas de su hermano, con la promesa de que quien entrara en él se lo quedaría. Una vez que Osiris estuvo en su interior, los secuaces de Seth lo cerraron y lo arrojaron al Nilo, que lo transportó hasta Biblos, una ciudad de la costa sirio-palestina de la que Egipto obtenía su madera. Isis, esposa de Osiris, junto a su hermana Nepthis, emprendió la búsqueda de su marido y volvió con él a Egipto. Enterado Seth, mandó capturar nuevamente a su hermano, y esta vez ordenó descuartizar su cuerpo arrojándolo al Nilo. Nuevamente Isis emprendió la búsqueda y reunió todos los pedazos, menos el falo, que había sido comido por un pez, a pesar de lo cual, y por medio de su magia, logró quedarse embarazada de Horus, al mismo tiempo que Osiris ya quedaba como dios subterráneo. Isis protegió a Ho-

rus durante su infancia, y, tras unos años, éste emprendió la venganza de su padre, iniciándose así la lucha entre Horus y Seth, que siempre terminó con la victoria de Horus pero no con la aniquilación total de Seth.

Como puede deducirse del resumen de este mito, de él pueden extraerse algunas características de la civilización egipcia.

La primera de ellas, pero no por ello la más importante, es la identificación que se hará de Seth con el caos, mientras que Horus es el defensor del orden. Es decir, Horus es la identificación del gobierno sobre Egipto, y, por tanto, es asimilado con el Faraón, que, en todo momento, debe estar atento a las amenazas y peligros que pueden provenir del caos, el cual, al igual que Seth en el mito, siempre será derrotado pero nunca destruido o aniquilado en su totalidad, pudiendo reaparecer en cualquier momento y contexto con mayor fuerza y peligro, lo que explica por qué iconográficamente el Faraón será siempre representado venciendo a los enemigos de Egipto. Aun cuando algunos faraones no lleguen a realizar campaña militar alguna, todos ellos deben representarse cumpliendo con sus obligaciones, lo que tendrá una gran importancia para comprender el carácter ritualista de algunas de las composiciones artísticas egipcias.

Respecto al papel de Osiris, la concepción osiríaca será la dominante en las creencias funerarias a partir de la V-VI dinastías, y su figura debe entenderse como la existente en toda religión, la de un dios u héroe que ha muerto pero que ha resucitado, ha vencido a la muerte, y simboliza la esperanza en un reino en el más allá y la posibilidad de alcanzarlo. Por otro lado, Osiris también es identificado como un dios de la fertilidad, de la vege-

tación, entendiendo algunos egiptólogos la dispersión de sus pedazos por Egipto como un símbolo de la fecundidad otorgado por los dioses a todos los nomos de Egipto.

La función y el significado de un mito en cualquier sociedad son una cuestión debatida, señalando algunos que todo mito refleja y esconde unos acontecimientos históricos que se desean o deben ser legitimados. Lo cierto es que en todo mito la elección de los protagonistas y sus acciones no es algo aleatorio, por lo que debemos buscar las razones e intenciones. Es más, el mito de Osiris se enmarca dentro de la cosmogonía, y sus «aventuras» tienen lugar en la tierra, como queriendo relacionar o unir unos acontecimientos terrestres con los elementos astrales presentes en toda creación. En el caso del mito de Osiris, también conocido como de Horus y Seth, algunos han querido ver el reflejo de los acontecimientos históricos que llevaron a la unificación de Egipto, al establecimiento del Estado y a la instauración de la monarquía como forma de gobierno.

Como ya vimos en el capítulo anterior, durante Nagada II existieron tres entidades políticas: Abidos, Nagada e Hierakómpolis, cuyos dioses respectivos eran Osiris, Seth y Horus. Es decir, el mito reflejaría las luchas entre estas entidades y la victoria final de Hierakómpolis, identificándose a su líder con Horus. El papel negativo de Seth vendría determinado por la oposición de Nagada a dicha expansión, mientras que el de Abidos sería de neutralidad o apoyo a Hierakómpolis, identificándose a Osiris como padre de Horus.

Lo realmente importante es que la realeza como forma de gobierno está presente en la creación, que, por otra parte, no menciona en ningún momento al hombre, ni su

papel en la sociedad ni cómo es creado. Es decir, en los sistemas de creación está inherente un exclusivismo que, por otra parte, será el que caracterizará a gran parte del Reino Antiguo: el papel de la realeza como intermediaria ante los dioses y única capaz de mantener el orden.

Por tanto, en estas cosmogonías está presente la idea que tendrá validez durante toda la civilización egipcia, incluso cuando Egipto esté gobernado por reyes extranjeros como los Tolomeos o los emperadores romanos: la lucha entre el orden y el caos. Ya hemos visto cómo el orden existe en Egipto y debe ser defendido frente a lo externo, por lo que el conflicto es inherente a la mentalidad egipcia y, por otro lado, lleva a la creación de unos estereotipos sobre los extranjeros, sobre los pueblos que rodean a Egipto. Esa diferenciación adquiere mayor verosimilitud para los egipcios si recordamos y tenemos presentes las características geográficas: los extranjeros viven en el desierto o en unos territorios en los que se depende de la lluvia o donde existen ríos que «corren al revés», sin olvidar la existencia de bosques, montañas y una fauna diferente, lo que contribuye aún más a plasmar las diferencias. Por ello todo lo malo, lo peligroso, procederá del exterior: enfermedades como la peste se denominarán el «mal canaíta», y las tormentas, tan extrañas al clima egipcio, serán consecuencia de Seth, el dios del caos y el desierto.

Como hemos visto, la creación es realizada en medio del caos, por lo que también dentro del orden existían peligros, como las propias bandadas de pájaros, consideradas una manifestación del caos, y no resulta extraño por ello que aquellos objetos utilizados en su caza tuvieran un componente mágico, siendo éste uno de los temas preferidos en las representaciones artísticas de reyes y no-

bles. Pero posiblemente los peligros se reflejen mejor en la cotidianidad, como las picaduras de escorpiones, y era el Nilo, y las fuerzas que lo habitaban, el que registraba un mayor número de peligros: desde los cocodrilos hasta los hipopótamos, que hacen su tránsito difícil y peligroso. Estos animales se sumergen y emergen de las aguas primordiales, de lo desconocido, del mundo subterráneo, por lo que en ellos también se combinan elementos benéficos y maléficos, principios presentes en dichas aguas, por lo que el hipopótamo hembra tendrá una relación especial con la fecundidad a través de la diosa Tueris, mientras que el macho será identificado con Seth. Del mismo modo, la serpiente, como animal que vive entre los dos mundos, lo conocido y lo desconocido, aparece como un peligro para el propio sol en su viaje diario por la noche.

Pero ¿cuáles eran las normas de la creación?, ¿qué leyes debían ser respetadas y mantenidas por el conjunto de la sociedad con el Faraón al frente? No conocemos del antiguo Egipto ningún código al modo y manera de los que desarrolló el mundo mesopotámico, pero a lo largo de toda la civilización egipcia oímos hablar de Maat, la diosa de la justicia, del orden. Hija de Re y simbolizada en una pluma, su función en la sociedad egipcia ha sido a veces comparada con la *diké* del mundo griego, aunque sólo puede serlo como concepto.

Maat encarnaba el mundo ideal establecido por los dioses, teniendo el rey la obligación de mantener este orden en el interior y a los enemigos fuera de Egipto, mientras que para el conjunto de la sociedad representaba la justicia social y la rectitud moral, ejemplificadas en la no explotación del débil y en una convivencia en armonía, apareciendo *isfet*, el caos, cuando no se respetaban sus principios.

Pero es sin duda la concepción solar la que mayor incidencia tuvo en el Reino Antiguo y en toda la historia de Egipto. Para los egipcios el día comenzaba cuando Nut, el cielo, daba a luz al sol en el Este, y el astro iniciaba un viaje en barco que le conducía todos los días al Oeste, donde descendía a la *Duat*, la noche u oscuridad, para comenzar su viaje nocturno hasta el nuevo amanecer. Pero mientras que el viaje diurno podía ser visto, el nocturno llenaba de temor a los egipcios.

A pesar de que los libros más importantes y detallados sobre este viaje corresponden al Reino Nuevo, en especial el libro de la *Amduat*, ya en los textos de las pirámides y en algunas representaciones artísticas encontramos la esencia de dicho viaje (fig. 4). El principal peligro para la barca solar lo constituía la serpiente Apep (Apopis en su forma griega), que como toda fuerza del caos siempre es derrotada pero nunca aniquilada. Un aspecto muy ilustrativo de la forma de razonar de los egipcios y que confirma la incidencia de la observación del medio geográfico en sus pensamientos es que entre la noche, la *Duat*, y el nuevo día ubicaban una región que llamaron *Akhet*, horizonte, donde tenía lugar el nacimiento del sol y donde éste adoptaba su forma diurna, explicando así que entre la luz del día y la aparición del sol en el firmamento exista un lapso durante el cual el sol no es visible.

Igualmente, y debido a su visión cíclica de la naturaleza y la vida, el sol tenía diferentes manifestaciones, como *Khepri*, el sol al amanecer, que adoptó la forma de un escarabajo pelotero, o *Atum*, el sol en su cenit, siendo *Re* el sol por excelencia.

Estas concepciones, desarrolladas en los albores de la civilización egipcia, cuando existía un dominio y conoci-

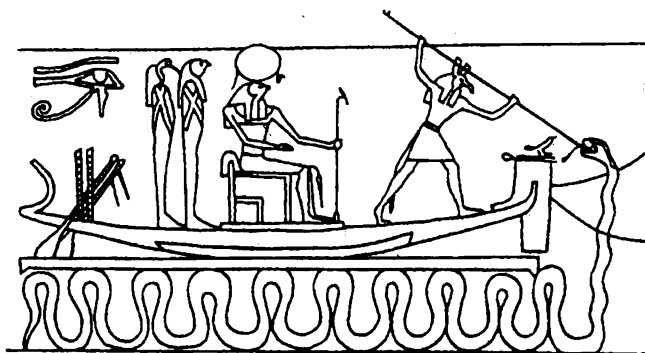


FIGURA 4. Detalle del viaje nocturno de la barca solar

miento del medio geográfico concreto, fueron evolucionando, al mismo tiempo que el contacto con lo «exterior», lo «desconocido», fue modificándolas, de modo que el orden puede irse extendiendo, aunque esas regiones originalmente pertenecientes al caos nunca serán plenamente integradas en el orden; la frontera entre lo creado y lo no creado era fluida, no había límites, pero ello no debe entenderse como un deseo de integrar al caos, sino como una justificación de la necesidad de mantenerse siempre alerta ante las manifestaciones de *isfet*.

En el Reino Antiguo las fronteras de Egipto se nos aparecen definidas de acuerdo con fenómenos naturales; llegan en el sur hasta donde alcanzan los vientos, siendo ésta otra influencia del medio geográfico al ser los vientos del norte los únicos presentes en Egipto, y en el norte lo es el Mediterráneo. Será en períodos posteriores, a medida que evoluciona la sociedad faraónica y los contactos con el exterior son más fluidos, cuando los límites del mundo, que no del orden, aparecen en los textos con ex-

presiones que permiten englobar la flexibilidad de unas nuevas fronteras: hasta donde el sol abarca, o hasta donde se sitúan los cuatro pilares sobre los que sustenta el cielo, expresiones que alcanzan plena validez en el Reino Nuevo. Igualmente será en dicho momento histórico (XVIII-XX dinastías) cuando los reyes egipcios y próximo orientales se llamen entre sí «hermanos», encarnando cada uno de ellos el orden en su territorio, y todos, significativamente, tengan la responsabilidad mutua de mantener el caos fuera de sus respectivos mundos u órdenes.

Por tanto, desde los orígenes de la realeza y de la civilización egipcias el mantenimiento del orden guía las acciones de gobierno, plasmándose todo ello en el arte y en la arquitectura. Pero ¿podemos encontrar la misma concepción en el ámbito popular? Por desgracia nuestra información sobre el mismo es muy limitada durante el Reino Antiguo, pero podemos suponer que dentro de la cotidianidad de las comunidades agrícolas, éstas aun disfrutando de los efectos benéficos de la crecida anual del Nilo y la ausencia de unas amenazas externas, debían de hacer frente a lo que podemos llamar las «manifestaciones internas del caos». La razón de ello es lógica, y está presente en todas las sociedades, ya que los mensajes y símbolos de prosperidad emitidos desde el Estado son generales, mientras que las preocupaciones cotidianas persisten. Ello explica que en la religiosidad popular de los egipcios, del Reino Antiguo en adelante, encontramos una preocupación por dominar o contrarrestar los poderes de las fuerzas que encarnan el caos y con las que las comunidades conviven: las tormentas de arena, la fauna del Nilo o los leones y animales depredadores del desierto.

Esto es muy importante, ya que, como veremos al analizar los templos del Reino Antiguo, podemos establecer

una diferencia entre los templos oficiales y los populares, expresando ambas preocupaciones diferentes y mundos opuestos. Los oficiales nos presentan el mundo ideal, con el Faraón presentando sus logros ante los dioses, mientras que en el resto serán la seguridad ante los peligros cotidianos y la fertilidad en los campos y en las mujeres las que dominarán. Por tanto estamos ante dos mundos diferentes que plasman sus logros y temores de forma distinta, pero mientras en el ámbito oficial ello se realiza en materiales «eternos» (piedra, metal, etc.), que nos han llegado, los cotidianos se nos han perdido, y podemos intuir solamente algunas de sus manifestaciones.

Por lo tanto, los egipcios elaboraron una concepción del mundo, terrestre y funerario, acorde con los miedos, logros y conocimiento que tuvieron del medio geográfico, lo que les llevó a considerarse diferentes. Observando las condiciones de vida de los pueblos que les rodeaban, sus dificultades y la carencia de un Nilo que fertilizara sus campos, se consideraron un pueblo bendecido por los dioses, que habían establecido el orden cósmico en la llanura aluvial y más allá el caos, el desorden, contra el que había que luchar diariamente; y a partir de esta concepción legitimaron su forma de gobierno, establecieron las relaciones con otros pueblos y desarrollaron un arte que debía responder al acto creador y su mantenimiento.

Esta concepción nos resulta extraña, pero no debemos olvidar dos aspectos. El primero es la influencia que el medio geográfico tiene en la mente antigua, que no es capaz de «explicar» los fenómenos que le rodean, y, en segundo lugar, que toda sociedad, antigua o no, explica lo que le rodea desde su mundo, resultando de ello visiones etnocentristas: lo mejor es siempre lo que uno tiene o conoce.

Como ha señalado Kemp, la ideología egipcia destacó en tres aspectos: a) la continuidad con el pasado, presentándose los faraones como continuadores de una obra: el mantenimiento del orden o su extensión; b) la defensa de una unidad territorial, venciendo los faraones siempre a los enemigos de Egipto; c) la estabilidad económica, garantizando la crecida anual del Nilo y el control sobre el amenazante desierto, obligaciones sobre las que se edificará una forma de gobierno y su legitimación, la relación del Faraón con los dioses y la sociedad, unos motivos artísticos y una economía basada en la redistribución, aspectos que iremos analizando en las próximas páginas.

Finalmente, puede resultar ilustrativo cómo los antiguos egipcios, y la investigación contemporánea, vieron y explicaron su historia desde una perspectiva cíclica, algo que ha quedado reflejado en la propia división histórica de Egipto: un período de gloria seguido por otro de inestabilidad, intentando cada nuevo período de gloria relacionarse, legitimarse respecto al anterior.

4. La realeza

La realeza es consustancial a la civilización egipcia al establecerse en la creación por los dioses, por lo que el Estado era impensable sin ella; sin realeza el caos invade el valle del Nilo, y los asiáticos penetran y se asientan en Egipto, que, momentáneamente, deja de ser una tierra bendecida por los dioses al invertirse los valores de Maat. Después de esa crisis la legitimidad de la realeza no se cuestiona, aunque sí puede serlo la figura de la persona que ocupa la institución en caso de usurpación o mal gobierno. En cierta manera, como señala Assman, frente al ritmo cíclico del mundo y su concepción, la realeza simboliza la historia lineal, el Estado, a lo que todo faraón debe y desea vincularse.

La monarquía egipcia, como forma de gobierno, perduró durante más de tres mil años, con períodos de mayor o menor estabilidad, poder o importancia; pero lo cierto es que constituye uno de los pocos ejemplos de la historia que nos permiten estudiar el origen, la evolución y la adaptabilidad de una institución en un período de tiempo tan extenso, así como los cambios que van produ-

ciéndose dentro de la sociedad sobre la que gobierna y su posible incidencia en las manifestaciones públicas, formas de legitimación o actitudes de gobierno.

Esta perdurabilidad y cambios que van produciéndose en la realeza nos permiten, en el caso del antiguo Egipto, el planteamiento de preguntas como: ¿las modificaciones que va sufriendo se deben a su necesidad de adaptarse a los cambios que se producen en la sociedad, en la economía o en sus relaciones con el exterior? o, por el contrario, ¿son adaptaciones realizadas desde la propia institución?, determinando la explicación que se adopte la interpretación histórica de los documentos de que disponemos.

Una posible respuesta es que los cambios en la titulación, las ceremonias, la iconografía o el papel de la realeza se deban a factores externos a ella, ya que como toda estructura suele ser reacia a realizar cambios siempre y cuando éstos no sean necesarios para su pervivencia, poder o influencia. Ello no implica la aceptación de conceptos, como el de Godelier, de superestructura y subestructura ni tampoco la necesidad de realizar una historia «desde abajo» y no desde los personajes históricos, como defendía el positivismo, pero sí supone que para entender los cambios que se producen en una maquinaria estatal hay que considerar aquellos acontecidos en el seno de su sociedad y lo que ocurre fuera de ella y le influyen más o menos directamente, como la necesidad de prestar una mayor atención a sus fronteras, una mayor diversificación económica o el desarrollo y control de una administración provincial que, como norma histórica, intenta obtener unos mínimos de autonomía que tienden a aumentar con los signos de debilidad de la administración central.

Pero a pesar de todas las circunstancias, cambios o adaptaciones que una sociedad como la egipcia pudo ex-

perimentar, en ningún momento debemos olvidar, como señaló Baer, que a lo largo de la historia de Egipto el poder estuvo en manos de unas pocas familias, siendo la del Faraón la más importante y de la que pudieron surgir los principales problemas para su propia estabilidad.

El Reino Antiguo es el período histórico en el que el Faraón es asimilado con un dios, Horus, concepción que requirió de un proceso de asimilación y elaboración, al tiempo que su aceptación pudo no estar exenta de tensiones internas, como las que acontecieron en las dos primeras dinastías (cf. cap. 2). Pero una vez consolidada, la realeza se consideró divina, siendo durante la III dinastía, y especialmente en la IV, cuando el concepto de monarquía divina alcanzó su máximo apogeo.

Pero el mantenimiento de esta concepción es muy difícil, máxime si la sociedad debe ir enfrentándose a nuevas coyunturas políticas, económicas y militares, lo que sucedió a partir de la V dinastía, iniciándose entonces un lento camino que terminó con esta visión de la realeza y con el surgimiento de una nueva concepción: lo que es divino es el cargo, la institución, no la persona que la ocupa, modificación que se plasmará en las costumbres funerarias, la religión, el arte o la literatura.

Como ha apuntado John Baines, en este proceso evolutivo de la realeza ésta va perdiendo atributos y con ello va humanizándose, lo que en ningún momento debe asimilarse con nuestro concepto de secularización, cuya utilización nos llevaría a unos conceptos e interpretaciones erróneas, sino con un proceso de desacralización, aun cuando la monarquía siempre conservará o desarrollará aquello que considere necesario para hacer que sea la institución más próxima a lo divino. Como veremos al analizar el arte, unida a la realeza egipcia está una serie de es-

cenos, símbolos y aspectos ideológicos que simbolizaban su papel y función en la sociedad. Actitudes, gestos y mensajes que se repiten, siempre dentro de unos esquemas aparentemente repetitivos, pero en los cuales podemos ir observando la lenta evolución de la institución monárquica.

A juzgar por los textos y los restos arqueológicos conservados, el Faraón tiene a su disposición todos los recursos, humanos, técnicos y económicos, del país. De la contemplación de las pirámides o los grandiosos templos del Reino Nuevo se desprende la impresión de que tenía un control absoluto sobre los medios de producción y la población y lo utilizaba para su beneficio e intenciones. Por ello términos y definiciones como despotismo o monarquía centralizadora y esclavista están presentes en el momento de definir a la realeza faraónica, visiones que además se corresponden con la que se desprende de la lectura de la propia Biblia o del Corán. Ésta es la visión que perdura en nuestra sociedad, máxime cuando tiende a valorar e interpretar a las civilizaciones antiguas, y próximo orientales en particular, a partir únicamente de sus restos monumentales legados.

Por esta razón el principal problema con que nos enfrentamos para entender a la realeza egipcia es el de las fuentes. Las de tipo artístico son poco fiables, tanto por ser repetitivas y no reflejar siempre la realidad como por la propia finalidad ideológica con la que son realizadas, mientras que las escritas son muy escasas. Paradójicamente, los primeros textos históricos importantes de que disponemos proceden de las tumbas de los nobles, y sus biografías nos informan de las campañas militares y acciones administrativas que realizaron, siguiendo siempre los deseos del Faraón, pero iniciando un lento

camino de desvinculación. Por el contrario, los textos oficiales adoptan la modalidad analítica, al modo y manera de los anales de la monarquía y primitiva República romanas, y nos informan únicamente de la celebración de algún festival en honor de un dios, la construcción de un templo, la realización de un censo ganadero o de una campaña militar en el exterior, es decir, aquello que se esperaba realizara la realeza.

Origen y función de la realeza

Algunas de las actitudes y símbolos de esta realeza, que a su vez reflejan sus obligaciones y actos, tienen su origen en el período predinástico, y adoptan después, en el Reino Antiguo, un componente ritual e ideológico que estará presente a lo largo de toda la historia antigua de Egipto, como lo demuestra el que Alejandro Magno, los reyes helenísticos o los propios emperadores romanos se hicieran representar en unas actitudes que se remontan a los albores del Estado egipcio.

Como ya hemos analizado, la unificación de Egipto conllevó la unión de diferentes entidades territoriales cada una de las cuales posiblemente tenía unos sistemas de valores y de legitimación; pero probablemente sus obligaciones serían muy parecidas: garantizar la seguridad física y económica de la comunidad, lo que implicaba un liderazgo militar ante posibles peligros y dirigir los esfuerzos para dominar y explotar el medio geográfico. El éxito de estas acciones y obligaciones determinaría la consideración de ese primitivo líder, que al mismo tiempo intentaría mantener su posición alcanzada y, en la medida de lo posible, incrementar su autoridad, desarro-

llando una serie de emblemas y ceremonias que reflejarán su creciente poder y aproximación a los dioses, especialmente cuando pudo ser uno más entre las personas «importantes» que existen en toda comunidad, por lo que sus acciones van encaminadas a consolidar su posición y a lograr una separación cada vez mayor con el resto de la sociedad.

Es en este contexto en el que deben entenderse las escenas que decoran los objetos protodinásticos, que nos informan de la evolución de la realeza y de su proceso de legitimación, lo que permite que a medida que el hombre va siendo representado, ese líder va apareciendo con unas coronas y unas vestimentas y realizando unas ceremonias que no expresan más que sus logros y consideración social.

Es por ello significativo que sea en el período predinástico y durante las dos primeras dinastías cuando, proporcionalmente, tengamos un mayor número de representaciones del rey derrotando a unos enemigos, hipotéticos o no, o realizando el Festival Sed. Los orígenes de este último han sido largamente debatidos, especialmente desde la comparación realizada con prácticas rituales asociadas a la realeza en sociedades africanas. Algunos especialistas, basándose en dichos paralelos etnográficos, defienden que en un principio este festival implicaba la muerte ritual del rey cuando había alcanzado un determinado período de tiempo en el poder, en la creencia de que sus facultades, sobre todo físicas, ya no eran las idóneas para defender y dirigir a la comunidad ante los peligros a los que debía hacer frente; esta interpretación se ve fortalecida por el hecho de que en Egipto este festival pudo ser realizado cada treinta –y después cada tres– años de reinado.

Sin entrar en este debate, a este festival acudían en época faraónica todos los dioses de Egipto, que, con su presencia, arrojaban al rey en su renovación del poder, al tiempo que éste les presentaba sus acciones de gobierno, significado ya presente en algunos de los objetos protodinásticos.

De estas ceremonias y escenas se desprende que el Faraón actúa como el líder de la comunidad a todos los niveles, protegiendo el orden, venciendo a sus enemigos y arrojado económicamente. Mediante estos festivales el primitivo rey de Egipto establecía una comunicación especial con la divinidad, y no debemos olvidar que ese acceso es considerado en todas las sociedades como una fuente de poder, de prestigio y de legitimación, además de que la persona que tiene dicha relación desarrolla unos símbolos que reflejan su autoridad, como las coronas.

Recordando que Egipto no es unidad geográfica, y que su unificación se produjo tras la unión de diferentes poderes, comprenderemos cómo ya los primeros reyes llevan la corona blanca, emblemática del Alto Egipto, y la corona roja, del Bajo Egipto, que pueden unirse en la doble corona, que simboliza el gobierno sobre estas dos entidades (fig. 5).

En ese intento de ir vinculando a la realeza con la divinidad aparece el *Serekh*, o nombre Horus del rey (lám. III). Los primeros datan de Nagada II y alcanzan su forma definitiva durante la dinastía 0: una estructura rectangular coronada por un halcón, símbolo de Horus, que en su interior contiene el nombre del rey sobre la fachada de palacio, que representa el lugar desde donde gobierna el rey. Es decir, esta representación funcionaría como un pictograma: Horus, dios de Egipto, protege las acciones que el rey realiza desde su palacio, presente también en la Paleta de Narmer, sólo que en este caso los logros del rey están presididos y bendecidos por Hathor.

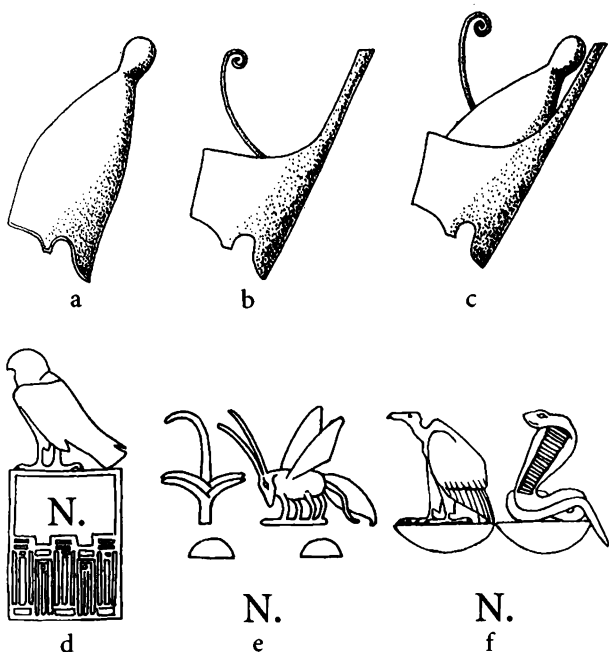


FIGURA 5. Coronas y nombres reales. Coronas: a) blanca del Alto Egipto; b) roja del Bajo Egipto; c) doble corona (Alto y Bajo Egipto). Nombres: d) de Horus; e) de Nesu-bit; f) de Nefti

Esta relación que va estableciéndose con la divinidad confiere al rey una legitimación al actuar siguiendo los mandatos divinos. Pero como ya hemos señalado anteriormente, éste no sería un proceso fácil ni exento de problemas, como lo demuestra el que los Serekhs de algunos reyes de la II dinastía aparezcan presididos por el animal emblemático de Seth, rival de Horus en el mito y posiblemente el dios de una entidad territorial opuesta al pro-

ceso de unificación e integración que estaba teniendo lugar. En cualquier caso, con el comienzo de la III dinastía la supremacía de Horus y la relación directa del rey con la divinidad fueron establecidas, iniciándose un período en el que dicho rey iba a ser considerado un dios en la tierra.

Pero ¿cuáles eran las funciones del rey? El Faraón encarna el orden, y sus acciones de gobierno tienen que ir encaminadas a su mantenimiento, lo que implica garantizar la seguridad física y económica de la población, a lo que se une el respeto a las normas y la tradición mediante su vinculación con el pasado, ya que él no es más que el continuador de un proceso de creación que se manifiesta diariamente, siendo el logro de estas intenciones lo que determinará en gran medida la estabilidad e ideología de la monarquía.

Es por esta razón, junto a los propios acontecimientos históricos que culminaron con la unificación de Egipto, por lo que la violencia es intrínseca a la realeza egipcia. No por ser ésta violenta, no porque el Estado egipcio fuera militarista –al contrario, como veremos en el capítulo correspondiente el ejército, éste apenas tuvo importancia en Egipto hasta el Reino Nuevo–, sino por la necesidad ideológica de presentarse como guardián del orden en el que vive la sociedad.

Respecto a la vinculación con el pasado, este deseo y necesidad pueden estar presentes en el hecho de que, como vimos durante las dos primeras dinastías, los reyes continuarán enterrándose en Abidos, posiblemente en un intento de continuar una tradición y vincularse con sus antepasados, mientras que los nobles lo hacían en Saqqara. El cambio de la necrópolis real a Saqqara, que se produce con el inicio de la III dinastía y la adopción de la forma piramidal como enterramiento, puede estar indi-

cando el triunfo de una nueva concepción tras los años de crisis de la II dinastía; el Faraón ya no necesita tanto vincularse con sus antepasados y sí con la divinidad solar que lo protege, de modo que adopta uno de sus símbolos como forma de enterramiento: la pirámide.

Esta explicación no debe extrañar, ya que durante un período de crisis los gobernantes intentan vincularse con un pasado más estable y, una vez superado, desarrollar unas nuevas formas de expresión. Dicho cambio puede producirse lentamente, algo que no parece corresponder con este traslado de la necrópolis real, o bien mantener algo de ese pasado, lo que puede estar presente en el hecho de que en el primer complejo piramidal de Egipto, el de Djoser, existan dos tumbas: la propia pirámide escalonada y la llamada «Tumba Sur», ambas con el mismo programa decorativo y calidad artística.

Un último aspecto que se debe considerar en este epígrafe es el de que toda civilización antigua remonta sus orígenes a un fundador mítico que sienta las bases del Estado, sin que ello implique realmente que sea así, pero en algún momento y personaje ha de fijarse el comienzo, queriendo todos los demás reyes vincularse con la lista de reyes que aquél inició.

En el antiguo Egipto este papel le correspondió al mítico Menes, identificado por la mayoría con Narmer, mencionando los textos y anales la existencia de unos reyes semimíticos que gobernaron con anterioridad a él. Lo mismo que en Mesopotamia, donde según la lista real sumeria existieron unas dinastías míticas anteriores al diluvio universal, que marcó el comienzo de las dinastías humanas.

El primer gobernante de una civilización marca el comienzo de una nueva era, por lo que suele reunir una serie de características, que pueden variar entre diferentes

culturas, pero que determinan ya lo que deberá ser la acción de gobierno de los reyes.

- a) Un guerrero que lleva a su pueblo, ciudad o etnia a la victoria. Menes o Narmer, como reyes del Alto Egipto, emprendieron la conquista del Bajo Egipto y unificaron el país. A pesar de que Egipto pudo estar unificado ya con la dinastía 0, eso no invalida el argumento, ya que en algún momento y personaje histórico debe producirse la separación entre el pasado y la tradición que sirve de modelo.
- b) El fundador de una civilización suele encarnar aspectos civilizadores, como es la fundación de una ciudad que, generalmente, suele identificarse con la capital del país. Ejemplos de ello pueden ser Sargón de Acad, Salomón, con la elección de Jerusalén como capital del reino de Israel, o Rómulo y Remo, y, en el caso de Egipto, Menes, fundador de Menfis, la capital del Alto y del Bajo Egipto.
- c) La influencia y poder de su pueblo se extiende y no se limita únicamente a su marco geográfico, siendo significativo que en época de Narmer la arqueología haya constatado la existencia de una «colonización» egipcia de Palestina meridional, y sea a comienzos de la I dinastía cuando las menciones acerca de victorias militares sobre asiáticos comiencen a aparecer.

La relación del rey con los dioses

La consideración del Faraón como un dios, Horus en la tierra, es una idea que ha estado presente en la egiptología desde sus inicios como ciencia en el siglo XIX, siendo la obra de H. Frankfort, *Reyes y Dioses*, la que definitiva-

mente parecía probar esta asimilación, algo que comenzó a ser cuestionado desde los años 60, en especial tras el estudio de Posener. La continua publicación de artículos y libros sobre el tipo de realeza que existió en Egipto prueba que aún se está lejos de haber logrado una interpretación unánime, máxime cuando, como señaló Posener, un rey puede aparecer como un dios en un texto histórico, ser llamado hijo de un dios en la estatua de un templo, ser mencionado como la imagen del dios o ser descrito como un mortal en algunas composiciones literarias. Es por ello importante analizar cada fuente escrita en su contexto, del mismo modo que para conocer una institución como la realeza egipcia ésta debe ser analizada desde la arqueología, la iconografía, la arquitectura, la religiosidad o los aspectos socioeconómicos.

Un error que muchas veces es cometido es el deseo de querer definir a la realeza de una única manera, como si no sufriera cambios y transformaciones durante tres mil años, idea en la que subyace una visión estática de la historia y de sus instituciones, no pudiéndose considerar de igual manera al Reino Antiguo que al Reino Nuevo. Son mundos y sociedades diferentes que conservan unos rasgos de identidad comunes muy importantes, pero con características, necesidades, demandas y preocupaciones radicalmente opuestas, de lo que se desprende una acción de gobierno muy distinta. En el Reino Nuevo el Faraón podrá recibir los deseos de la divinidad, a través de un sueño o de un oráculo, lo que no acontece en el Reino Antiguo, cuando el rey actúa como un verdadero dios en la tierra y como tal no necesita consejo. Durante los reinos Medio y Nuevo se redactan instrucciones y consejos para el buen gobierno de los faraones, debiendo ser el futuro rey educado e instruido. Nada de ello sucede en el Reino

Antiguo, aunque a partir de la VI dinastía, y durante el Primer Período Intermedio, los textos presentes en las tumbas de algunos nobles reflejan que la realeza ya ha sufrido una transformación.

Como hemos visto en el epígrafe anterior, los primeros reyes van creando unos vínculos de comunicación con los dioses, que se presentan como sus protectores, desarrollando unos mecanismos de exclusividad que hacen de ellos los únicos que tendrán una comunicación directa con la divinidad, además de tener asegurado su acceso al más allá acompañando a la barca solar en su viaje diario, dependiendo de él sus súbditos, situación que comenzará a cambiar con la V dinastía, cuando se inicie el proceso de desacralización. Además, el Faraón era el único que podía realizar los ritos diarios en los templos, delegando en los sumos sacerdotes que actuaban en su nombre, ritos que van dirigidos al mantenimiento del orden y de la realeza que surgió con él.

Es un acercamiento a la divinidad que se refleja tanto en la titulación de los faraones como en algunos de los conjuntos escultóricos característicos del Reino Antiguo. Ya hemos visto cómo el Serekh simboliza la protección de Horus, pero pronto el rey adoptó otros nombres que reforzaban tanto su relación especial con los dioses como su gobierno sobre las dos entidades geográficas de Egipto.

El segundo de los nombres era *nebti*, que significaba «Las dos Señoras» porque reunía a la diosa buitre Nekhbet del Alto Egipto y a la diosa cobra Wadjet del Bajo Egipto y que apareció ya a comienzos de la I dinastía; este título pretende manifestar que el rey gobierna sobre las entidades sobre las que estas diosas eran «señoras», al ser sus animales «protectores». El tercero de los nombres es

nesu-bit, «el que pertenece (o gobierna) sobre la caña y la abeja», que reúne otra vez los símbolos del Alto y del Bajo Egipto.

Estos nombres fueron adoptados durante la I dinastía, pero a partir de la III, cuando el carácter divino del Faraón se manifiesta más claramente, surge el título de «Hijo de Re», al mismo tiempo que su nombre será escrito en un cartucho, cuyo simbolismo es el recorrido diario del sol, lo que implica que éste protege los dominios de su hijo, el Faraón, no debiendo olvidar que es en la cosmogonía heliopolitana, en la que Atum es el creador, donde está presente Horus, el Faraón.

Respecto a los grupos escultóricos, es revelador que prácticamente las únicas estatuas reales del Reino Antiguo conservadas nos presentan al Faraón siendo abrazado por Horus o acompañado de diosas, con el mismo simbolismo que hemos visto en el Serekh (lám. IV), o bien con la vestimenta que el Faraón llevaba en el Festival Sed.

Un aspecto muy interesante es que aunque el rey sigue siendo Horus en la tierra, va vinculándose cada vez más con el sol, bien a través de sus nombres, bien mediante la forma piramidal. Como en casi todas las manifestaciones culturales de la Antigüedad, este cambio no es adoptado sin ninguna razón, planteando J. Baines la posibilidad de que el sol es más cercano a la población que el halcón. El sol se ve, se disfruta y cuida a Egipto diariamente, y pese a que su viaje nocturno por los dominios del caos, de las aguas primordiales, causa temor e intranquilidad, siempre emerge victorioso simbolizando el proceso creador. Por ello la vinculación del rey con el sol puede querer establecer la idea de que aquél también cuida de su pueblo y mantiene el orden cósmico venciendo a las fuerzas del caos, como el sol durante su viaje.

Es esa protección y mantenimiento del orden cósmico lo que pretende también reflejar el Faraón a través de los rituales y festivales, especialmente mediante el Festival Sed, de cuyos orígenes ya hemos hablado. Este festival duraba una semana y tenía muchas y variadas ceremonias, siendo dos sus representaciones más habituales: la llamada carrera heb-sed y el lanzamiento de cuatro flechas (fig. 6).

La primera consistía en recorrer una distancia que, simbólicamente, representaba la totalidad de Egipto, con lo que mostraba su capacidad para llegar a cualquier parte del país que necesitara de su presencia. Respecto al lanzamiento de las cuatro flechas, cada una a un punto cardinal, simboliza la protección del Faraón ante todo peligro o enemigo del caos que pudiera acercarse al orden desde cualquier punto. Es decir, el Faraón demostraba su capacidad de protección, física, económica e ideológica, siendo los dioses testigos de su poder y capacidad.

Pero quizá donde mejor encontremos expresado el carácter divino del Faraón durante el Reino Antiguo sea en los llamados «templos funerarios», dedicados a su memoria y contruidos junto a la pirámide en que eran enterrados. Desde Nagada III, asociadas a las tumbas, van apareciendo unas construcciones dedicadas a la memoria del rey. Las primeras surgen en Abidos y están contruidas en las cercanías de la tumba real, pero a partir de la III dinastía aparecen unidas a la pirámide. Es decir, el rey construye un templo junto a su tumba, donde su Ka, la fuerza vital que ha convivido con él terrenalmente, sigue protegiendo al pueblo de Egipto y mantiene el acto creador.

Estos templos funerarios pervivirán a lo largo de toda la historia de Egipto (el Rameseum, Medinet Habu, etc.),

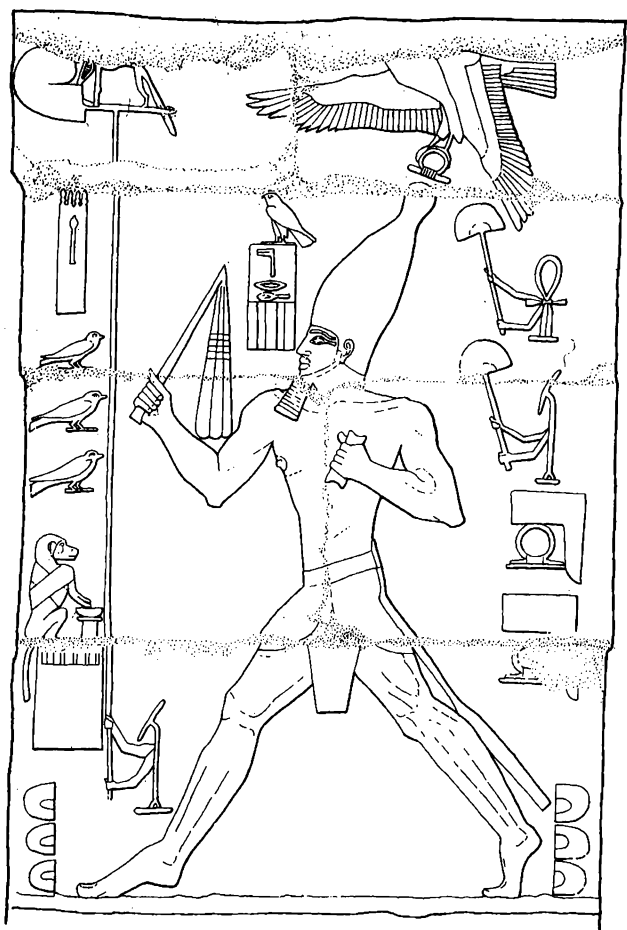


FIGURA 6. Detalle de la carrera ritual del Festival Sed del faraón Djoser

pero será solamente en el Reino Antiguo cuando en ellos se localice exclusivamente el culto al Faraón, ya que a partir del Reino Medio encontramos dicho culto asociado al de una divinidad; ello por otra parte nos informa de un cambio en la concepción de la realeza, que ya necesita de una divinidad para su culto, lo que para Assman implica que durante el Reino Antiguo los complejos de culto real fueron los cultos nacionales, produciéndose el cambio en el Reino Medio con la introducción de un dios.

En estos templos encontramos unos programas decorativos muy concretos y repetitivos: el rey venciendo a los enemigos o presentando ofrendas a los dioses, los mismos temas que ya aparecían en la Tumba 100 de Hierakómpolis o en los objetos protodinásticos, por lo que el paso de estos temas a la decoración de los templos nos informa de que éstos se presentan como una prueba de la vinculación con los dioses, ya que, al igual que las tumbas, tienen un decoro, y su decoración y arquitectura una intencionalidad.

Relación con los dioses que encuentra también su expresión en las prácticas funerarias. Del período predinástico conocemos gran número de necrópolis, algunas de ellas con más de mil tumbas, abarcando un plazo de tiempo mucho menor que todo el Reino Antiguo, del que, por otra parte, no conocemos tantas necrópolis y tumbas. Da la sensación de que cuando la sociedad era más primitiva y los enterramientos eran simples hoyos excavados en la arena no existieron restricciones, pero con la estratificación social y la aparición de la monarquía los «derechos» de la sociedad van limitándose, al tiempo que se van «concentrando» en el Faraón, que se convierte en el único intermediario ante la divinidad y la única esperanza para sus seguidores, que dependen de su intercesión para lograr sus aspiraciones.

Por otra parte, resulta significativo que sea en la I dinastía, con las bases del Estado ya establecidas, cuando aparece una práctica teóricamente primitiva y que en principio debería ser adscrita al período neolítico: el sacrificio de servidores que se enterraban alrededor de la tumba del rey, práctica que perdurará hasta finales de la I dinastía, aunque es a comienzos de ella cuando alcanza su mayor expresión. Como señala Baines, que esta práctica aparezca en un momento en que el Estado está ya formado, o al menos existe un gobierno sobre todo el país, y no en momentos formativos, y que coincida en el tiempo con la adopción de una titulación y una ideología que sustenten a la nascente realeza resulta significativo, máxime al no poder ser explicada como una reminiscencia de una antigua tradición neolítica.

Antropológica e históricamente son varios los ejemplos que podrían ponerse en relación, y en todos ellos puede intuirse el deseo de esas personas por seguir sirviendo a su señor en el más allá. Éste es un sentimiento que nos resulta extraño, pero también nos sorprende la costumbre de exponer públicamente a los niños, especialmente a las niñas, en otras culturas más desarrolladas y «civilizadas». El dominio sobre la vida humana es una característica divina, pudiendo querer reflejar estos primeros reyes, cuando mayor era su necesidad de legitimación, que ellos, al igual que los dioses, podían disponer de la vida de sus súbditos. Por otra parte, una de las características de las realezas divinas primitivas es que sus representantes pueden realizar actos prohibidos o contra natura como dioses que eran, demostrando así que los únicos que podían transgredir las reglas de la sociedad, sus tabúes, eran ellos, al estar por encima de las reglas humanas.

Esta costumbre sólo la encontramos durante las dos primeras dinastías, pero en cierta medida el control y la disposición de la vida y trabajo de las personas por parte del rey siguieron estando presentes, especialmente en el Reino Antiguo, debido a la concepción de que él era el único que podía acceder al más allá y recurrir al trabajo de la sociedad para la realización de obras «públicas», entre ellas las pirámides.

Un aspecto que es muy importante al estudiar la relación del Faraón con los dioses es el relativo al nacimiento divino, siendo significativo que debamos esperar hasta la V dinastía para encontrar el primer texto que nos habla de él, en concreto del nacimiento de los tres primeros reyes de dicha dinastía. Esta ausencia de referencias puede interpretarse desde la óptica de que el que las realiza no necesitó hasta ese momento recurrir a la composición de texto alguno que justificara su relación divina, y la propia aparición de esta clase de textos puede estar reflejando cierta quiebra en la concepción y función que hasta entonces había tenido la realeza.

En conclusión, desde el primitivo líder neolítico hasta el Faraón constructor de una pirámide existe una evolución que puede ponerse en relación con la necesidad de toda sociedad antigua, y próximo oriental en particular, de dotar al Estado y sus representantes de una ideología. Como ha señalado Weeks, cualquier Estado que no desarrollara los mecanismos ideológicos que justificaran y legitimaran las acciones militares, económicas o religiosas de sus gobernantes no podía prosperar durante mucho tiempo, y cuanto más fuerte y aceptada fuera esa ideología, mayor sería la fortaleza de dicho Estado, su estabilidad y perdurabilidad, radicando en esto último el éxito de la civilización egipcia, que aun con los cambios y

adaptaciones que toda institución ha de realizar en tres mil años de historia mantuvo los principios básicos que fueron establecidos en los orígenes del Estado, primero actuando el rey como garante del orden y después coordinando los esfuerzos de su pueblo para dicha labor.

La realeza en el Reino Antiguo

Diodoro (I.45) señala que los 52 sucesores de Menes no realizaron nada destacable, mientras que Heródoto (II.101 ss.) solamente cita el reinado de una mujer, Nitocris, y más por lo curioso de su historia que por conocer algún acto de su gobierno. Conservamos las pirámides, pero nuestro conocimiento sobre los faraones que las construyeron es muy escaso; de Keops (Khufu) sólo conocemos una pequeña estatua de marfil de no más de 9 cm de altura, e incluso las mismas fuentes egipcias no se ponen de acuerdo sobre los años que duró su reinado, 23 según el Canon de Turín y 63 según Manetón.

La historia del Reino Antiguo se debe reconstruir a partir de unas inscripciones muy breves, bien procedentes de las minas y canteras que eran explotadas por el Estado –las menciones que de su faraón hacen los funcionarios en sus tumbas, especialmente a partir de la V dinastía–, bien de anales como la Piedra de Palermo, que sólo nos informan de la realización de algún festival, del comienzo de una construcción o de la altura alcanzada por el Nilo, como en el caso del faraón Den (I dinastía):

(Año 18). El año de... El Gran blanco

(Año 19). El año de golpear a los asiáticos

Altura del Nilo: 5 codos

(Año 20). El año del (Festival del) Nacimiento de la Piel en el santuario «Las Dos Capillas»

Altura del Nilo: ... codos

Este silencio de las fuentes es significativo en tanto que el Reino Antiguo, desde los clásicos hasta nuestros días, sea posiblemente el período de la historia de Egipto que más leyendas ha suscitado, pudiéndose explicar éstas precisamente por la conservación de unos monumentos eternos y la inexistencia de informaciones directas.

Los faraones del Reino Antiguo no erigieron estelas por el país proclamando sus victorias militares, sus obras públicas u otras acciones de gobierno. Como señala Redford, acontecimientos que durante el Reino Nuevo se expresaban públicamente, en el Reino Antiguo pudieron recogerse en anales y documentos administrativos, conociéndose solamente la ya mencionada Piedra de Palermo (V dinastía) y otros anales recientemente descubiertos de la VI dinastía que tienen la misma estructura y contenido. No conocemos ninguna estela fronteriza como la de Sesostri II (XII dinastía) o las de Tutmosis I y III (XVIII dinastía), que fijan los límites de su gobierno ante unos gobernantes extranjeros, lo que refleja una política exterior muy limitada, así como tampoco textos históricos que relaten las hazañas del Faraón, y, cuando se le menciona en las biografías de los nobles, especialmente en la VI dinastía, no es él quien dirige a los ejércitos, sino el mismo noble, que actúa por delegación (cf. cap. 9).

La pregunta que debemos realizarnos, y cuya respuesta puede ayudarnos a entender la realeza de este período, es ¿por qué estos faraones, capaces de erigir los complejos piramidales, no tuvieron ni sintieron la necesidad de

expresar públicamente sus actos? Durante más de medio milenio existió un gobierno centralizado, con algunos problemas internos lógicos en una dinámica histórica tan larga en el tiempo, siendo precisamente con el nacimiento de dichos problemas cuando los textos privados comienzan a proporcionarnos información sobre algunos aspectos de la política egipcia, como la biografía de Uni y su actuación dirigiendo la investigación contra las personas, incluida la propia esposa de Pepi I, que participaron en una conspiración real, textos privados que nos confirman el comienzo de un cambio en la realeza del Reino Antiguo.

Recordando las bases de la civilización egipcia, el orden había sido establecido y el caos derrotado, no eliminado, debiéndose mantener la vigilancia, por lo que en la primitiva concepción egipcia no existía la necesidad de extender el orden, sino sólo mantenerlo, siendo los monumentos que se levantan en la región menfita la mejor expresión de ello. Incluso en el arte, en el que como veremos no puede hablarse de un sentido narrativo en las composiciones, lo representado, responda a un hecho histórico o no, son actos rituales que ayudan a mantener el ritmo cíclico del tiempo y de la vida, sin un tiempo definido, mostrando que cada faraón cumple con el mandato divino de mantener el orden cósmico.

Pero ¿cuáles eran las obligaciones del Faraón? En cierta medida puede decirse que las mismas de todo gobernante y que ya pudo tener el primitivo líder neolítico: a) la dirección militar, que implica la seguridad física de la sociedad sobre la que gobierna, y b) el garantizar la prosperidad económica, obligaciones «naturales» de todo gobernante que la concepción egipcia convirtió en mandatos, no impuestos por la sociedad sino por los dioses en la

creación, implicando su respeto el mantenimiento de Maat, el orden, la justicia; obligaciones que la iconografía artística plasmó en la típica actitud de derrotar a los enemigos o en los relieves de los templos funerarios, en los que los diferentes nomos (provincias) del país son representados llevando sus productos al Faraón, escenas y obligaciones que se presentan a la divinidad como prueba de su gobierno (fig. 7).

Un aspecto significativo y revelador es que las menciones a Maat son muy escasas y no son necesarias, pues la propia acción de gobierno refleja su mantenimiento. Debemos esperar a la V dinastía, como ha mostrado Lichtheim, para que las menciones a Maat sean más frecuentes, tanto en el ámbito real como en el privado, de lo que se desprende que algo ha cambiado y que su mantenimiento ya no es sólo una obligación real, sino también de sus seguidores, que al mismo tiempo comienzan a acceder a un más allá cada vez más abierto y «democratiza-

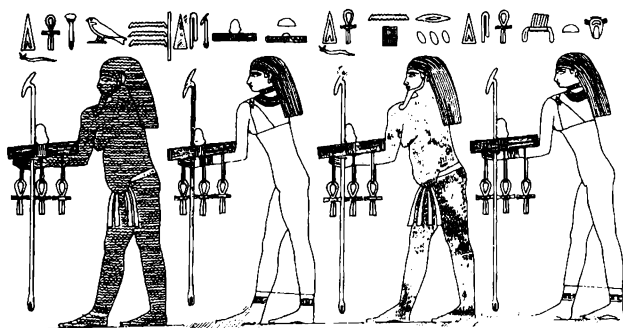


FIGURA 7. Representación de los nomos llevando ofrendas funerarias al Faraón

dor». Se inicia por tanto el lento camino de la «desacralización» del Faraón, junto a lo que se puede llamar «terrenalización» del más allá (cf. cap. 5).

Pero en este proceso, ¿cuál fue la actitud de los poderes locales, de los seguidores del Faraón?

En los objetos protodinásticos, como la propia Paleta de Narmer (lám. II), están representados diferentes estandartes junto al rey, posiblemente los emblemas de los territorios y poderes que participaron con él en la construcción de una entidad territorial, administrativa y económica unida. Dejando aparte el debate sobre si estos primitivos estandartes simbolizan el origen de los nomos egipcios, lo que subyace en ellos son unos territorios, con su propia elite, que han unido sus intereses en un momento determinado, pudiendo surgir tendencias centrífugas, como seguramente ocurrió en las dos primeras dinastías, ya que, como señala Classens, es más fácil unificar un territorio que administrarlo.

En el Reino Medio una de las políticas seguidas por los faraones fue la de promover a la nobleza provincial a puestos de responsabilidad sobre todo el país o de los intereses de Egipto en el exterior, mientras que en el Reino Nuevo las acciones del Faraón tenían que ser justificadas e incluso algunas de sus decisiones sometidas a la aprobación o consulta de los llamados «consejos reales» (Kamose, Tutmosis III y Ramses II). Lógicamente ello no era posible en los inicios del Estado faraónico, cuando se estaban poniendo las bases de una administración, de una nueva forma política y, posiblemente lo más importante, de una ideología que justificara y legitimara una situación nueva.

Es quizá por ello por lo que las pirámides, desde la escalonada de Djoser hasta las construidas por los últimos

reyes de la VI dinastía, sean el mejor exponente de la política que se llevó a cabo: la centralización administrativa, de recursos y de personas en torno a la corte, el Faraón y su morada eterna, símbolo solar que reflejaba su estrecha relación con los dioses.

Los complejos piramidales no sólo deben contemplarse desde la perspectiva funeraria, sino también desde la capacidad de control y de organización que conllevaba su construcción, canalizando productos de todas las regiones y trabajadores de todo el país. Al mismo tiempo, se detecta un declive en los centros provinciales, tanto demográfica como políticamente, convirtiéndose Nagada, Abidos o la propia Hierakómpolis en pequeños centros provinciales, con un prestigio y un recuerdo de lo acontecido pero sin peso específico en el funcionamiento del nuevo Estado.

La centralización también se plasma en una administración que vive y gobierna desde la corte de Menfis, ejerciendo el Faraón un control férreo sobre los cargos administrativos, su nombramiento y funcionamiento, recayendo la mayoría de ellos en familiares del Faraón y no teniendo un carácter hereditario (cf. cap. 7). Centralización que se refleja en que la presencia real durante la VI dinastía sólo está bien documentada en el Alto Egipto a través de decretos, estelas o estatuas reales, si bien durante la III dinastía, la verdadera artífice de estos cambios, se detecta la existencia de monumentos reales, las llamadas «capillas del Ka del Faraón», en diferentes provincias.

Política de centralización que no sólo se plasma en la administración, sino también en las esperanzas y temores de aquellas personas que trabajan por y para el Faraón: las costumbres funerarias. Hasta la III dinastía los enterramientos reales se realizaron en Abidos y los de

los nobles en Saqqara u otras localidades, pero con la adopción de la forma piramidal y la definitiva identificación del Faraón como Horus en la tierra, él era el único que tenía asegurado su posterior viaje al más allá, debiendo enterrarse los nobles en las cercanías de su tumba para tener esperanzas de poder acompañarle o de que intercediera por ellos ante la divinidad.

Éste fue un proceso lento y seguramente no exento de ciertos problemas, desconocidos la mayoría por las fuentes, ya que como señala Baines la emergente monarquía ejerce también un control sobre el conocimiento, algo que antropológicamente es indispensable para el funcionamiento de todo Estado y que consiste en limitar los canales de información que, en toda sociedad, representan el poder. En esta evolución resulta significativo que sea en tres momentos históricos cuando la centralización y estabilidad del Estado parecen ser mayores en todos los sentidos: el reinado de Djoser, el de Snefru y el de Keops, faraones cuya memoria fue recordada siempre por los egipcios, favorablemente o no, pero cuyos complejos piramidales ejemplifican un salto cualitativo. Djoser, con la primera pirámide, escalonada, de Egipto y la consiguiente introducción de la piedra como material constructivo (lám. V); Snefru, con la primera pirámide, además de mandar construir dos más, y Keops, con su majestuosa pirámide en la llanura de Guiza, introduciendo todos ellos elementos nuevos que, como veremos en el siguiente capítulo, reforzaban aún más su propia «divinidad».

Como hemos señalado, esta política no exime de la existencia de conflictos internos, especialmente de luchas por el poder entre diferentes ramas de la familia real. Un ejemplo son los conflictos internos de la IV dinastía, cuando se suceden tres reinados muy breves y la destruc-

ción de una pirámide real como la de Redjedef, problemas que se reproducen a mayor escala en la VI dinastía, informándonos Manetón de que Teti fue asesinado por su guardia, o con Pepi I, de una conspiración real, tal como relata la biografía de Uni. Sin embargo, y como habrá podido observar el lector, estos conflictos acontecen después de Djoser, Snefru y Keops, a finales de la IV dinastía, anticipando la evolución y cambios que irán experimentando la realeza, la administración, la religión y la sociedad egipcias; pero durante cerca de doscientos años la centralización había logrado proporcionar una estabilidad política e ideológica a Egipto.

El primero de esos conflictos internos mencionados, a finales de la IV dinastía, nos puede ayudar a entender mejor lo acontecido a comienzos de la V, cuyos tres primeros faraones, según la historia contenida en el Papiro Westcar, fueron hijos de Re concebidos por una de sus sacerdotisas. La historia comienza con el faraón Keops, aburrido en la corte y escuchando diversas historias, interesándose después por el número de cámaras secretas del santuario de Thot, dios de la escritura y de la sabiduría, y su localización, diciéndole el narrador que el secreto le será proporcionado por el hijo mayor de los tres hijos que estaban en el vientre de Ruddjedet y preguntando Keops quién era esa mujer:

Es la mujer de un sacerdote de Re, señor de Sahebu, que está encinta de tres niños de Re. Ha dicho con respecto a ellos que desempeñarán esta función excelente en toda esta tierra y que el mayor de ellos ocupará el puesto de Grande de los Videntes en Heliópolis...

Aunque se trata de una composición literaria conservada en un papiro del Reino Medio, su contenido nos in-

forma de un cambio en la realeza egipcia, que, por primera vez, hace mención de su origen divino, no a través de Osiris e Isis, identificándose después al Faraón con Horus, sino mediante la intervención de Re y una de sus sacerdotisas; por tanto esos futuros faraones ya no son divinos en su «conjunto», puesto que por primera vez se recoge el nacimiento de un faraón de una mujer humana, con lo que ese futuro gobernante tiene las características que en el mundo antiguo tenían los héroes: personas medio divinas y medio humanas que debido a su concepción tendrán una relación especial con las divinidades pero que ya no son una divinidad.

Lo cierto es que a comienzos de la V dinastía se detecta una mayor preocupación de la realeza egipcia por la concepción solar, presente en los nombres de los faraones de la V dinastía que contienen la partícula «re»: Sahure, Neferkare, Shepseskare, etc., y en la construcción de los llamados «templos solares», muy diferentes del resto de templos egipcios y que sólo tendrán importancia en dos momentos de la historia de Egipto muy vinculados con lo solar: el comienzo de la V dinastía y en tiempos de Ajatatón (XVIII dinastía) y su culto a Atón, el disco solar.

Ello explica que, junto a los constatados problemas internos de finales de la IV dinastía, los primeros faraones de la V dinastía debieran recurrir a legitimar su reinado. Igualmente, a partir de esa V dinastía comienzan a darse los primeros pasos de una descentralización política, administrativa y religiosa, siendo también significativo que de esa misma dinastía procedan dos aspectos nuevos en el mundo faraónico: 1) la ya mencionada Piedra de Palermo, los primeros anales reales conservados, en los que se menciona a todos los faraones que han gobernado Egipto, desde los primeros gobernantes, que eran los propios

dioses, hasta a los semidioses y, finalmente, la realeza humana, pudiéndonos querer reflejar un cambio en la concepción monárquica y el deseo de esos nuevos reyes de vincularse con el pasado legitimando su gobierno; 2) la aparición a finales de la V dinastía de los Textos de las Pirámides, una guía que permitía el acceso al más allá, como si el Faraón ya no fuera un dios sobre la tierra y necesitara de una orientación.

Por otra parte, a partir de la V dinastía los reyes comienzan a manifestar una preocupación especial por los templos provinciales y sus dioses, relación que será retomada por los nomarcas y que continuarán los reyes del Reino Medio en adelante. Por tanto, a partir de la V dinastía podemos intuir un cambio en la concepción monárquica, que, primero mitológicamente y con el paso del tiempo literariamente, tendrá que recurrir a una justificación de sus acciones, que no de la institución.

Quizá sea a través de los temas artísticos como mejor se expresen estos cambios. Al hablar del arte veremos que está muy condicionado por unas normas, escenas e intenciones que emanan de la corte, ya que, como en otros aspectos ya mencionados, el Faraón también procederá a una centralización artística, debiendo ser representado en el cumplimiento de sus obligaciones y en plenitud de sus facultades físicas. Ello explica el hecho de que, como en toda sociedad, cuando comenzamos a encontrar temas tradicionalmente adscritos a la realeza en el resto de la sociedad, es que se ha producido un cambio, un acercamiento entre las dos esferas que puede interpretarse por algunos como un debilitamiento de la monarquía y por otros como un fortalecimiento de la sociedad y, por extensión, del Estado. El mejor ejemplo de este cambio son las escenas en las que se representa la caza del hipo-

pótamo, animal que por su forma de vida está a caballo entre el caos y el orden identificándosele como uno de los animales de Seth (fig. 8). Como ya demostró Sävè-Söderbergh, éste es un tema originalmente limitado al ámbito real y que a partir de la V dinastía encontramos también en el privado con la misma intencionalidad y significado: el dominio del hipopótamo, de Seth, contribuyendo al mantenimiento del orden.

Las razones para ese cambio en la monarquía, el comienzo de un proceso en el que se redactan composiciones literarias destinadas a justificar una realcía y la mayor presencia del Faraón en las provincias queriendo manifestar sobre ellas su poder y existencia no pueden entenderse desde la dinámica interna de una institución como la monárquica que, como todas, suele ser muy conservadora en los cambios, debiéndonos preguntar qué obligó a que los faraones modificaran su política y actitud.

Generalmente se ha señalado que los faraones fueron dedicando un mayor número de tierras al mantenimiento de su culto funerario, debilitando así su control sobre los recursos al ponerlos en manos de los sacerdotes, proceso que como veremos no es del todo cierto, máxime cuando en algunos complejos piramidales se ha constatado un abandono de dicho culto una o dos generaciones después de su instauración. Por tanto, debemos buscar otra explicación, que podemos encontrar tanto en factores internos como externos.

En la V dinastía se evidencia que el clima de Egipto alcanza sus características actuales, con un descenso en el nivel de las crecidas del Nilo de hasta un 40%, obligando a la administración a adoptar las medidas necesarias para garantizar el sustento en aquellas regiones que, por sus características geográficas, estaban más li-

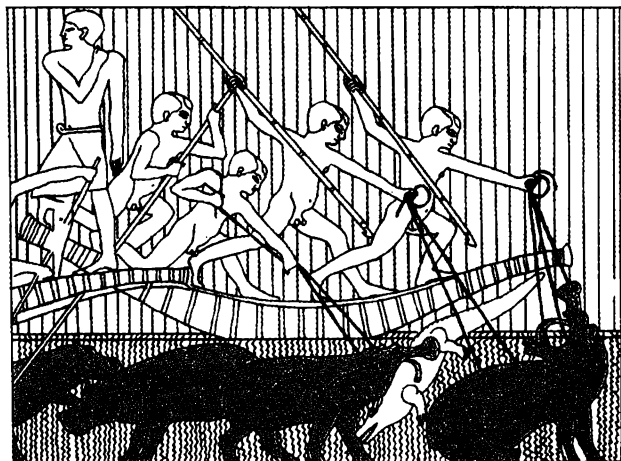


FIGURA 8. Representación de la caza del hipopótamo (tumba de Ti, V dinastía)

mitadas en sus recursos, iniciándose una descentralización administrativa que, unida a las distancias y la tendencia hacia la autonomía de todo poder provincial, fue favoreciendo la implantación del carácter hereditario de esos cargos provinciales y que el control del Faraón ya no fuera tan efectivo como cuando todos los altos cargos de la administración vivían en la corte. Paralelamente, estos gobernadores provinciales van presentándose en sus regiones como las personas encargadas de mantener el orden interno, tanto propiciando las cosechas, con la adopción de las medidas necesarias para subsanar el cambio climático, como derrotando a los enemigos de su territorio, por lo general poblaciones nómadas que, afectadas también por dicho cambio, van afluyendo en mayor número a la llanura aluvial.

En un principio el Faraón mantiene el control de esa administración provincial conservando la potestad de nombrar a los gobernadores y mediante pruebas públicas de su autoridad, bien con la creación y fomento de templos locales, bien a partir de finales de la V dinastía, con viajes a las provincias. Pero lo cierto es que las bases para terminar con la centralización habían sido ya establecidas, ya que esas poblaciones de las provincias ven en sus gobernadores a las personas que reúnen los dos principios sobre los que se basa todo poder: la seguridad física y económica.

Respecto a los factores externos, hasta la V dinastía Egipto apenas tuvo una política exterior, aunque Snefru (IV dinastía) realizó una campaña en Nubia, y desde la III dinastía los faraones mantuvieron una política activa en la península del Sinaí para obtener cobre y turquesa. Pero eran acciones limitadas y concretas que respondían a necesidades puntuales y que en ningún momento llevaron al establecimiento de importantes lazos de comunicación y comercio con el exterior. Tampoco debe olvidarse que en Nubia existía un vacío poblacional ocasionado por la desaparición del Grupo A (cf. cap. 2), accediendo libremente Egipto a la región y sus minas, y que en Siria-Palestina se vivía un período de descomposición política, social y económica. Esta situación comienza a cambiar en la V dinastía, y posiblemente antes, como puede reflejarla la construcción de la fortaleza de Buhen en Nubia (IV dinastía), región donde aparece un nuevo sustrato étnico, el Grupo C, cuya historia será paralela a la de Egipto hasta finales del Reino Nuevo como consecuencia del cambio climático, ya que en Nubia las variaciones en el medio afectaban aún más a su economía. Esta nueva población, que en ningún momento constituyó una amena-

za militar, sí impidió que Egipto pudiera seguir accediendo libremente a los recursos de Nubia, debiendo organizar expediciones comerciales y militares.

Respecto a Siria-Palestina, la aparición del primer imperio mesopotámico, el acadio, causó perturbaciones en la región, como la destrucción de Ebla, al mismo tiempo que los textos comienzan a mencionar a pueblos como los amorreos, que inician una serie de movimientos migratorios, identificados por algunos con los patriarcas bíblicos.

Es decir, el Faraón y su administración han de cambiar su política; ya no puede olvidarse de lo que sucede más allá de los *Muros Blancos* de Menfis, y debe desarrollar una administración periférica, unas mínimas medidas defensivas y una política económica y comercial inexistente hasta entonces. Como puede deducirse, estos cambios no se producen rápidamente, sino que se inscriben en un proceso lento y prolongado en el tiempo que va minando la centralización, en todos los aspectos, de períodos anteriores, obligando a la adaptación de Egipto a unas circunstancias nuevas y diferentes.

La monarquía debió cambiar sus actitudes y gestos, pudiéndose decir que el Faraón pasó de gobernar sobre una región, Menfis, a tomar las riendas de un Estado territorial. No es que antes el Faraón no tuviera un control sobre los recursos de las provincias –la construcción de las pirámides y todo lo que ello conllevaba así lo demuestra–; es que las circunstancias cambiaron. El Faraón y su administración siguieron obteniendo de las provincias aquellos recursos, humanos y económicos, que demandaban, pero éstos cada vez pudieron ser menores debido a las propias necesidades de las provincias, que hasta entonces no habían desarrollado unas necrópolis indepen-

dientes o levas militares para la realización de alguna expedición, comercial o militar. Por otra parte, hasta la V dinastía todos los recursos y productos iban a Menfis, siendo significativo que en la biografía de Harduf, noble que dirigió diferentes expediciones comerciales a Nubia en tiempos de Merenré y Pepi II (VI dinastía), el Faraón le diga que obtenga productos no sólo para el palacio, sino también para los templos.

Sin embargo, estos cambios no deben interpretarse como una crisis de la realeza en la VI dinastía, ya que por entonces se realizan las primeras campañas militares en Siria-Palestina, se encuentra un mayor número de objetos reales en Ebla, se envían expediciones a Nubia y continúan los programas constructivos y decorativos en los templos funerarios; por tanto, la riqueza e importancia que van adquiriendo las tumbas privadas no tienen lugar a costa de una pérdida sustancial del poder del Faraón.

En relación a una forma de gobierno como la realeza pueden formularse muchos interrogantes, siendo uno de ello el papel de la reina, cuya importancia en la sucesión y gobierno de Egipto nos es conocida especialmente por la documentación del Reino Nuevo. Uno de los primeros títulos que encontramos asociado a la esposa del rey es «la que ve a Horus y Seth», y alrededor de algunas de las pirámides encontramos las llamadas «pirámides satélites», aparentemente destinadas a la reina y familiares próximos, estableciéndose así una relación especial entre el rey-dios y su familia. La importancia de la reina radicaba además en ser madre del futuro faraón, debiendo aquí señalar que la práctica de la poligamia, tradicionalmente considerada como normal por los faraones, no parece existir en el Reino Antiguo.

Del Reino Antiguo solamente conocemos 16 menciones a esta práctica, y la mayoría asociadas a nomarcas, visires o los llamados «líderes de expedición»; por ello, y teniendo en cuenta el gran número de tumbas conocidas de este período, la práctica de la poligamia más parece una excepción que una norma. Por otra parte, el hecho de que un hombre pudiera tener más de una esposa también debe entenderse como reflejo de la costumbre, presente en los patriarcas bíblicos, de tener una segunda esposa o concubina si la esposa principal no tenía descendencia.

En definitiva, y aunque en el Reino Antiguo todavía no encontremos la imagen del Faraón como pastor de su pueblo, sus obligaciones en la tierra no son más que un reflejo de la función con la que la realeza fue instaurada en la creación por los dioses: guiar a su pueblo y mantener aquello que le había sido concedido. A diferencia de las culturas mesopotámicas contemporáneas, el Faraón se identificó con los dioses durante gran parte del Reino Antiguo, mientras que en Sumer el gobernante fue visto y tratado como humano, aunque en contacto directo con los dioses a través de los rituales, siendo éste el papel que irá adquiriendo el Faraón en el devenir de la historia faraónica.

Por tanto, la realeza en el Reino Antiguo creó una ideología sobre la que puso las bases de una institución que, con sus adaptaciones y cambios, perduró tres mil años. Esta necesidad e importancia de la ideología, que impregnará la religión, el arte o la literatura, es mucho más necesaria en un Estado territorial que en una ciudad-Estado. Si tomamos como paralelo la historia de Mesopotamia, en un primer momento, cuando existen las ciudades-Estado, apenas se detecta una ideología real, produciéndose un proceso de secularización de la socie-

dad que culmina con el primer imperio, el acadio, y la pretensión de Naram-Sin de relacionarse con los dioses. Es cierto que esta asimilación no prosperó y que el rey nunca fue considerado un dios, pero también lo es que los sucesivos imperios que se desarrollaron hasta los Sasánidas y su desaparición, con la expansión del islam, crearon unas imágenes victoriosas de sus reyes, grandes constructores preocupados por el bienestar de la sociedad, ya que esos símbolos eran necesarios para dar un mínimo de cohesión a unos territorios tan extensos y diversos. Lo mismo sucede en el mundo griego, donde las *poleis* en nada se parecen a los monarcas helenísticos, necesitando estos últimos una ideología del gobernante para controlar sus respectivos reinos. Por tanto, es en el Reino Antiguo donde encontramos la primera ideología estatal, anticipando un fenómeno que ya será común a lo largo de la historia, incluso en nuestros días.

Finalmente, debemos preguntarnos por qué civilizaciones como la egipcia o la azteca, pudiendo incluir también a las mesopotámicas con sus zigurats, emplearon tantos esfuerzos y recursos en construir unos monumentos pensados como eternos para gloria de sus gobernantes y dioses, y sólo gracias a la antropología encontramos algunas respuestas: estas construcciones, y el esfuerzo a todos los niveles que implicaba su construcción, sirvieron para cohesionar unos territorios y unas poblaciones que sin este elemento común habrían transitado por la historia como pequeños estados que surgen y desaparecen. La egiptología permite aducir que las pirámides, aunque son el resultado de una evolución de creencias presentes ya en el predinástico, surgieron con todo su esplendor en un momento en el que se superó una crisis interna y se inició un rápido proceso de centralización, y su

desaparición no implicó la ausencia de unos proyectos comunes; al contrario, desde el Reino Medio observamos una creciente importancia y monumentalidad en otras construcciones, especialmente los templos; lo que sucede es que mientras que en el Reino Antiguo esa ideología y esfuerzos «nacionales» se plasmaron en unas construcciones funerarias, en los siguientes períodos se produjo una «redistribución» de los esfuerzos por todo el país.

5. La religión

La religión egipcia, en todas sus manifestaciones, puede analizarse desde muchas y variadas posturas, buscando aquello que nos es familiar, resaltando lo diferente, describiendo a sus dioses, sus nombres, formas de representación y poderes a ellos atribuidos, detallando sus costumbres y ritos funerarios, la magia... Se adopte una línea u otra, para poder llegar a comprender algo de la religión egipcia y no limitarnos a su contemplación y descripción, es necesario que el investigador y el lector se desprendan de numerosos tópicos inherentes a su sociedad, al mundo en el que viven, y, aun así, tener en cuenta que cada persona y cada escuela histórica, tienen una concepción diferente de lo religioso, desde su interpretación como algo que ayuda a mantener unas normas sociales, sobre todo en las sociedades antiguas, teniendo entonces la religión una función «social», hasta una manifestación de algo poderoso que es creado para generar poder e influencia o una serie de creencias que en las sociedades antiguas servían para proporcionar estabilidad al Estado y sus representantes. En cierta me-

dida, este debate está presente en la historiografía europea desde la Ilustración, como refleja el propio pensamiento de Montesquieu, para quien el hecho de que una religión sea falsa o verdadera es lo menos importante siempre y cuando ésta sirviera para una forma determinada de gobierno.

En nuestra sociedad estamos acostumbrados a la existencia de un libro sagrado, de unos sacerdotes encargados de transmitir un mensaje y de realizar unas obligaciones pastorales y de unos lugares de culto, los templos, abiertos e idóneos para la oración, pero nada de ello existía en el mundo egipcio, que carecía de un libro sagrado, de unos mitos que acercaran la vida de sus dioses a la sociedad, como en el mundo griego, y en el cual la labor de los sacerdotes se limitaba a hacer lo más agradable posible la estancia de la divinidad en su morada terrestre, el templo, no teniendo aquéllos ni ésta un contacto directo y fluido con la sociedad.

Posiblemente la visión más extendida de lo religioso en el mundo antiguo es como algo dominante, que controla el poder del Estado y sus recursos, tanto económicos como humanos, la conocida teoría marxista de una economía y sociedad basadas en el templo. Igualmente, al analizar la religión egipcia podemos caer en el error de considerar su influencia en la sociedad únicamente desde el punto de vista económico, algo tan normal en nuestro mundo, y considerar que al igual que el Ramadán o el sábado judío constituyen prácticas religiosas con una fuerte incidencia productiva y económica, en el antiguo Egipto la obsesión por la muerte y la construcción y decoración de las tumbas canalizaron todos los esfuerzos de una sociedad aparentemente obsesionada con la muerte y la religión.

Al igual que sucedía con la realeza, la religión egipcia no debe considerarse como algo inmutable, inmóvil; muy al contrario, a lo largo de más de tres mil años de historia evolucionó muy rápidamente, teniendo generalmente la visión que nos transmitieron los griegos, cuando éstos con su presencia procedieron a historiar la vida de los dioses, los amuletos proliferaron o el culto a ciertos animales experimentó un auge desconocido hasta entonces, manifestaciones religiosas que de existir en el Reino Antiguo lo hicieron de forma muy leve. Es lo mismo que si la religión griega fuera considerada inmutable desde la época arcaica hasta el helenismo.

Éste es uno de los principales problemas con el que nos vamos a encontrar, al ser nuestra documentación muy fragmentaria, centrada en el culto a los faraones y en unas construcciones funerarias, debiendo utilizar unas fuentes en ocasiones muy tardías para explicar y entender las primeras manifestaciones religiosas, por lo que no podemos olvidar que dichas fuentes han podido variar y nada tienen que ver con lo que se pensaba en un principio.

Por otra parte, nuestra concepción binaria impide encontrar «lógica» en muchas manifestaciones religiosas o culturales de los egipcios; ello explica que durante mucho tiempo se haya hablado de una carencia de lógica, lo que Frankfort «solucionó» haciendo referencia a una multiplicidad de aproximaciones a la religión egipcia. Lejanía hacia estas sociedades que puede quedar reflejada en un aspecto fundamental, y es que mientras podría plantearse que en la religión egipcia, como en general en las próximas orientales, «el hombre creó a Dios a su imagen» basándose para ello en su entorno geográfico, en el cristianismo «Dios creó al hombre a su imagen», concepción

que implica una individualidad de la persona en la sociedad, al contrario que en el Próximo Oriente.

En relación con esta diferencia, la religión egipcia se considera como no revelada, pero ello puede no ser cierto, ya que la naturaleza que rodea al hombre le ha revelado una religión, unas concepciones. Al respecto, las palabras de San Agustín pueden resultar ilustradoras: «Lo que ahora se llama religión cristiana ha existido entre los antiguos, y no faltaba desde el comienzo de la raza humana, antes de que Cristo se hiciera carne: a partir de entonces la verdadera religión, que ya existía, comenzó a recibir el nombre de cristianismo» (*Confesiones* I, 13).

Por ello Assman diferencia entre una religión primaria, como la egipcia, y las secundarias. Estas últimas ofrecen un modo alternativo de vida para obtener la salvación, y frecuentemente se manifiestan en movimientos proféticos, en ocasiones en conflicto con el orden social y político, mientras que en la religión primaria no existe oposición entre la salvación y la cultura del hombre, constituyendo una unidad que une al hombre al Estado, lo que en Egipto se concreta en Maat.

Dentro de la religión egipcia tiene gran importancia *Heka*, la magia, que, al igual que Maat, la realeza o el orden cósmico, fue creada por el demiurgo. Los primeros textos mágicos pudieron ser los Textos de las Pirámides, que ayudan al rey, y a las reinas, en cuyas pirámides se han encontrado, a alcanzar el más allá, superar los peligros del viaje y acompañar así a la barca solar en su viaje diario. Pero la magia también se concretó en toda una serie de ceremonias tendentes a garantizar el sustento de la persona y su integridad física ante cualquier amenaza, como el propio robo y saqueo de las tumbas.

Dioses y templos

De lo expresado en los capítulos anteriores se desprende que uno de los principios que perduraron a lo largo de toda la historia de Egipto fue que el orden fue establecido en la creación y que esta última debe entenderse como una acción constante, diaria. Al contrario que en otras sociedades, en el pensamiento egipcio todo aquello que pueda desearse ya existía y fue establecido en la creación, sin importar cuál fue el dios creador. Ésta es la razón por la que todo debe girar y realizarse en función del mantenimiento de lo existente, y evitar que las fuerzas externas del caos lo minen o destruyan. Es decir, la idea de la continua creación, de un renovarse diariamente, según marca el propio ritmo cíclico del sol y del Nilo. Por ello los templos, como residencia terrestre de los dioses, son el lugar desde donde éstos procederán a su mantenimiento y renovación, lo que explica que tanto la arquitectura como la decoración de los templos tengan que reflejar ese acto creador. Como puede deducirse fácilmente, las escenas y textos que aparecerán en los templos tendrán un esquema repetitivo, siendo establecidos a partir tanto del «decoro» de la propia construcción como de la realidad que se quiere reflejar.

En líneas generales, los templos egipcios son divididos en «divinos», en los que reside la divinidad, y funerarios, dedicados al mantenimiento del culto funerario del Faraón, aunque a lo largo de la historia de Egipto también existieron las llamadas «estaciones divinas» y en la V dinastía los denominados «templos solares».

Nuestro conocimiento sobre los templos del Reino Antiguo es muy escaso. Los templos monumentales como el de Karnak o Luxor datan del Reino Nuevo, mientras que

los de Edfú, Filae o Dendera son de época tolemaica. Si exceptuamos los llamados «templos funerarios dedicados a la memoria del rey», hasta hace pocos años teníamos información sobre el templo dedicado a Ptah en Menfis, el de Re-Harakhti en Iunu (Heliópolis) o los templos solares construidos por los tres primeros reyes de la V dinastía. En los últimos años las excavaciones en Elefantina, Abidos y en algunos centros del Delta han aumentado nuestro conocimiento, y resulta significativo que sea un templo provincial, realizado en adobe y de pequeño tamaño, el dedicado a la diosa Satet en Elefantina el único que nos proporciona una secuencia evolutiva desde el período predinástico hasta finales del Reino Antiguo.

Estas excavaciones nos han abierto un mundo anteriormente desconocido: el de la religiosidad popular. Se trata de templos provinciales, alejados de la corte y de las preocupaciones inherentes al rey y su ideología, lo que se nos revela en una arquitectura, en unos objetos de culto y en unas preocupaciones religiosas muy alejados de los templos oficiales; todo ello, unido a la valoración de lo religioso desde lo que en realidad se conoce y no desde los mitos inherentes a lo egipcio –pirámides, templos grandiosos, momias, etc.–, y a la necesaria concentración de la arqueología en los aspectos cotidianos, alejándose de los hallazgos de tesoros o tumbas, ha favorecido la aparición de nuevas apreciaciones y el comienzo del fin de algunos dogmas presentes en la sociedad desde el siglo XIX. Es cierto que estos planteamientos tardan mucho en transmitirse a la sociedad, pero quedan reflejados en títulos tan sugerentes como el de uno de los últimos trabajos de B. Kemp, *How religious were the Egyptians?*, en el que subyace la necesidad de valorar la tradicional obsesión religiosa de los egipcios desde otras perspectivas.

Los templos egipcios tenían una finalidad muy diferente de la de los de nuestra sociedad, comenzando por su acceso, limitado al Faraón o sus representantes, los sumos sacerdotes. Actos que nuestra sociedad considera que deben realizarse en los templos, el matrimonio o el bautismo eran acciones meramente civiles en el mundo egipcio, igual que en las primitivas comunidades cristianas. Posiblemente sea esta inaccesibilidad, junto a la realización de ceremonias herméticas tendentes a la continua renovación y mantenimiento del orden, lo que ha favorecido una visión esotérica de los templos. La concepción del cosmos como algo frágil y amenazado hizo que los templos se convirtieran en un lugar de esperanza.

Ya hemos expresado que los templos egipcios están habitados y dedicados a la divinidad, y son su morada terrestre, debiendo entender su arquitectura y decoración dentro de un programa iconográfico y simbólico que responde a un deseo divino. Éste es un aspecto que no debe extrañarnos ni resultarnos tan «alejado» si recordamos que es el propio Yahvé el que proporciona los planos de lo que será su templo en Jerusalén, que los gobernantes mesopotámicos construyen los templos siguiendo los diseños divinos manifestados a través de un sueño o de una revelación o que las catedrales góticas desean reflejar una comunicación especial con lo divino. En Egipto no existe esa revelación divina, pero sí el deseo de expresar la idea del templo como manifestación de la creación, de lo divino, planteamiento que subyace en toda construcción religiosa.

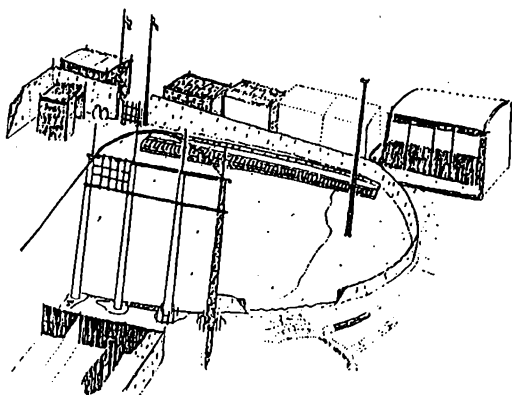
La estatua del dios residía en el sanctasanctórum, la parte más recóndita y oscura del templo, que simbolizaba así el caos, la oscuridad reinante antes de que el dios procediera a crear el cosmos, que va plasmándose en unas habitaciones cada vez más espaciales e iluminadas. La deco-

ración, tanto mural como arquitectónica, debe ir reflejando la acción del dios, y por ello los capiteles, cerrados en las proximidades del dios, van abriéndose y la vida va tomando forma, del mismo modo que los muros se llenan de invocaciones de agradecimiento a la divinidad por bendecir a Egipto, así como de ejemplos, animales o vegetales, de ello. La creación y la majestuosidad del templo se plasman en el último de sus elementos arquitectónicos, los pilonos, que marcan el límite entre lo creado, Egipto, y el origen de todo. Es decir, el templo, como reflejo del cosmos y el orden, representa al mismo tiempo su fragilidad y con ello la necesidad de mantener lo existente, ya que en su exterior están presentes los elementos del caos.

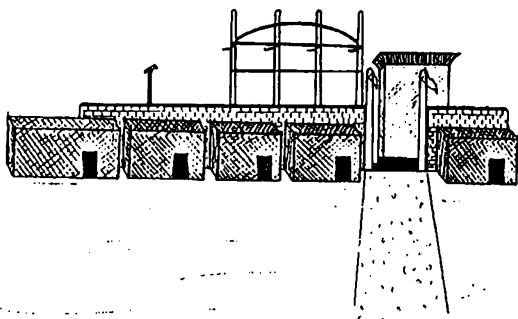
Esta disposición la encontramos perfectamente reflejada en los templos del Reino Nuevo y, especialmente, en los de época tolemaica, de la que procede la mayor parte de nuestra información, pero en esencia recoge cómo fueron concebidos en períodos anteriores.

El primer templo que conocemos con cierto detalle es el de Hierakómpolis en Nagada II, y confirma la impresión obtenida a partir de pequeñas representaciones de que los primeros templos fueron realizados con materiales ligeros, como cañas y adobe (fig. 9), siendo significativo que la piedra se utilice primero en los templos relacionados con el culto funerario de los reyes y no en las moradas de los dioses, lo que puede ponerse en relación con la ya analizada exclusividad del rey, su ideología y mundo hasta la V-VI dinastías, cuando comience a observarse una mayor preocupación del rey y la administración por los templos provinciales. Esta evolución y dinámica queda demostrada por el hecho de que en las últimas fases del predinástico, además del templo de Hierakómpolis, existieron otros importantes en Abidos, Elefantina o Coptos –en este último se

encontraron las primeras estatuas colosales del antiguo Egipto en las que se representa a Min, el dios itifálico-, que decayeron a medida que fue avanzando el Reino Antiguo.



a



b

FIGURA 9. a) Reconstrucción del templo predinástico de Hierakómpolis (según Hoffman); b) Reconstrucción de la entrada al templo (según Friedman y Genato)

Éstas son las razones –la fragilidad de los materiales constructivos y la falta de interés de la corte– por las que entre la III y la V dinastías conocemos muy poco de la religiosidad fuera del ámbito real, debiendo esperar a la V-VI dinastías para observar un resurgimiento de los templos provinciales.

Una de las razones aducidas para ese desinterés hacia los templos provinciales es que los recursos estaban concentrados en la corte, en la construcción de las pirámides y en el mantenimiento del culto funerario de los faraones, no debiéndose entender el cambio en esta dinámica como una prueba de la paulatina descomposición del Reino Antiguo, sino, al contrario, como una política tendente a organizar a todo el país en un nuevo proyecto y dar respuesta a unas nuevas necesidades, lo que se plasma en un enriquecimiento, no en una crisis. Los templos reales, lejos de desaparecer, presentan una mayor decoración, lo que implica un control de los recursos y una fortaleza de la realeza, al tiempo que en las provincias también se detecta un avance.

Templos oficiales y provinciales

Las pinturas de David Roberts o las estatuas colosales que presiden los templos de Karnak o de Luxor han favorecido la visión de una sociedad dominada por el templo que además dispondría de inmensas riquezas y tierras. Pero estos templos son reflejo de las «catedrales» del antiguo Egipto en los que, como sucede en toda sociedad, encontramos una arquitectura, una decoración y unos objetos adscritos al mundo oficial, y en los que el gobernante presenta sus acciones de gobierno, realiza dona-

ciones de riquezas y tienen lugar los ritos y ceremonias nacionales.

Fuera de esas «catedrales» el mundo y sus preocupaciones serían muy diferentes. La arquitectura más modesta, la decoración mínima y los objetos asociados a su culto responderían a lo que el conjunto de la sociedad podía ofrecer y esperaba obtener por ellos. El miedo a que las cosechas no fueran suficientes, la protección contra unos animales hostiles que amenazaban la vida cotidiana –escorpiones, cocodrilos, leones, hipopótamos...– o el deseo de tener una descendencia era lo que preocupaba a la población campesina, a la que, nunca debemos olvidarlo, pertenecía la mayoría de los habitantes, siendo significativo que en los templos provinciales encontremos pocos datos que nos informen sobre la divinidad que es objeto de adoración.

Por todo ello Kemp se ha referido a este período de la historia de Egipto como preformal, en el que todavía no se habían alcanzado las medidas y características que tradicionalmente se asocian a los templos egipcios: monumentalidad, riqueza y un clero profesional y poderoso, planteamiento que ha encontrado cierta oposición, en especial de D. O'Connor.

En nuestra opinión, lo que subyace en el fondo de ese debate es la concepción que del templo, y en general de la civilización egipcia, se adopte. La crítica de O'Connor a Kemp en el sentido de que los grandes templos del Reino Antiguo no han sido todavía descubiertos esconde la idea de que en todos los períodos históricos los templos egipcios debieron de ser monumentales. Es como si un estereotipo, creado a partir de unos restos posteriores, tuviera que estar presente durante más de tres mil años, visión que esconde una ausencia de dinamismo o, en términos

de Assman, una invariabilidad de las características egipcias. Por el contrario, la visión de Kemp refleja una concepción dinámica, una sociedad que va plasmando sus progresos y avances paulatinamente, desarrollando en cada momento ideas nuevas que, en el caso de los templos, irán evolucionando hasta alcanzar sus características del Reino Nuevo, lo que llama el estadio «formal».

En relación con el templo está el sacerdocio, que, al igual que sucede con la visión de los templos, se supone que tuvo una gran importancia. Sin embargo, en el Reino Antiguo no tenemos constancia de la existencia de un clero profesional importante y numeroso, al modo y manera del que existió en el Reino Nuevo en torno a Amón. Una de las razones para ello es que en el Reino Antiguo el dios nacional era el sol, y la forma piramidal ya simbolizaba su poder. La ausencia de un imperio y unas relaciones exteriores muy limitadas, al menos hasta la V dinastía, impedían el desarrollo de un dios nacional como Amón en el Reino Nuevo que guiara a los ejércitos a la victoria o integrara los nuevos territorios en el orden egipcio.

De la documentación procedente del archivo del templo funerario de Neferirkare en Abusir se desprende que en él no trabajaban más de trescientas personas, muy lejos de las cerca de ochenta mil que pudieron depender del templo de Amón en Karnak durante el reinado de Ramses III (XX dinastía), con la peculiaridad además de que muchos de ellos no trabajaban permanentemente, sino a tiempo parcial por el llamado sistema de *phyles*, característico del Reino Antiguo y que fue desarrollado para el mantenimiento de los cultos funerarios reales. Este sistema consistía en la división de al menos parte de la población en diez grupos que, rotatoriamente, servían un mes cada uno en el templo, no directamente en los ritos que

debían celebrarse diariamente, sino en su administración y mantenimiento.

Este sistema de rotación implicaba, en opinión de Roth, que los recursos económicos puestos a disposición de los templos no quedaban en manos de los sacerdotes. Es cierto que el número de personas necesario en caso de haber existido un sacerdocio profesional era menor, pero Roth piensa que fue una política y una actitud fomentadas desde la realeza para evitar el acaparamiento, permitiendo al Estado mantener el control sobre las tierras y los recursos, lo que contradice una de las razones aducidas para explicar la crisis del Reino Antiguo: la pérdida de la realeza del control sobre gran parte de los recursos económicos del país.

El hecho de que gran parte de la población estuviera relacionada con los templos a través de su participación temporal implica además que apenas existe una diferencia entre Estado y religión, siendo durante el Reino Nuevo cuando esa separación se manifieste claramente y se plasme en algunas de las luchas por el poder que acontecieron entre la XVIII y la XX dinastías.

Lógicamente esto no significa que no existiera un sacerdocio profesional, pero éste sería muy escaso. La necesidad de él queda reflejada en la importancia del llamado «sacerdote lector», encargado de leer en los rituales, tanto funerarios como en los templos, ya que eran muy pocas las personas capaces de hacerlo.

Un aspecto muy interesante y que confirma los cambios que acontecen en la sociedad egipcia a partir de la V dinastía es que la utilización de *phyle* en cultos funerarios privados es muy limitada, siempre en las necrópolis de Menfis y expresando la gratitud al Faraón por ello, comenzando a ser mencionadas en las tumbas privadas

desde Neferirkare hasta Pepi II, desde mediados de la V dinastía en adelante.

Por tanto, los templos más importantes son los construidos junto a las pirámides (serán analizados en otro epígrafe), detectándose en las dos últimas dinastías un interés por las provincias y sus templos, lo que se refleja en un desarrollo de la institución sacerdotal, que por otra parte ya no sólo ha de prestar sus servicios al rey, único que hasta ese momento tenía garantizado el acceso al más allá, sino también a los nobles y funcionarios que comienzan a construirse sus tumbas lejos de la corte, así como a los templos que han de dar respuesta a una religiosidad que se desarrolla junto a la descentralización del país.

Un último tipo de templo que es característico del Reino Antiguo, y más concretamente de comienzos de la V dinastía, lo constituyen los llamados «templos solares», construidos por los tres primeros reyes de dicha dinastía, los cuales, según la tradición mítica, nacieron de una sacerdotisa de Re fecundada por el dios, en Abusir. Estos templos son muy diferentes del resto, siendo significativo que vuelvan a reaparecer en la historia de Egipto con Amenofis IV (Ajenatón), el llamado «faraón hereje» de la XVIII dinastía que instauró el culto a Atón, el disco solar.

El culto a Re tiene una particularidad respecto al resto de dioses: su forma es visible y conocida, por lo que no necesita de un lugar oscuro y remoto donde adorar su estatua o a su manifestación terrestre. Estos templos, al igual que los funerarios construidos junto a las pirámides, se enmarcan dentro de un complejo en el que también está presente la forma piramidal, aunque de menor tamaño y calidad. La principal característica, y diferencia respecto al resto de los templos, es su carácter abierto, y

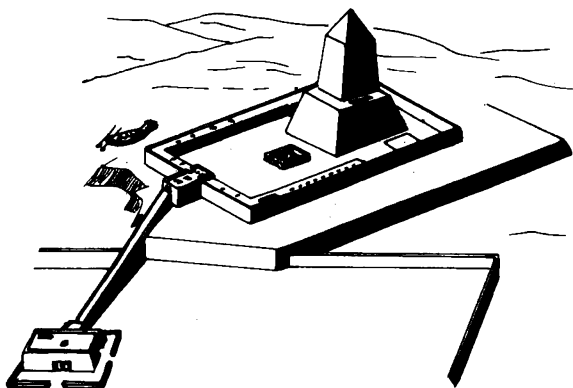


FIGURA 10. Reconstrucción del templo de Niusere (según Borchardt)

están presididos por el símbolo solar, la llamada *piedra ben-ben* (fig. 10).

En íntima relación con un templo están los ritos que en él se celebraban y que en el caso del antiguo Egipto estaban destinados a recordar el acto creador y agradecer su plasmación diaria. En teoría era el Faraón, como «hermano» de los dioses, el único que podía realizar dichos ritos, y así es representado en las paredes de los templos, aunque en realidad delegaba sus funciones en los sumos sacerdotes.

La información sobre estos ritos procede principalmente del Reino Nuevo y de época tolemaica, pero debieron de ser muy similares en toda la historia de Egipto. Los egipcios no consideraban las estatuas de sus dioses como tótems, sino como imágenes vivas, realizadas por los artesanos y en las que la divinidad penetraba para «descan-

sar» en el templo. Por ello los rituales debían ejecutarse de acuerdo con un esquema fijo que también intentaba reflejar el ritmo cíclico. Los más importantes tenían lugar al amanecer, cuando se abría la cortina en la que habitaba la estatua de la divinidad, se le ofrecía comida, el ambiente se llenaba de incienso y la estatua era lavada y purificada, cerrándose posteriormente el santuario hasta el siguiente amanecer. Los ritos vuelven cíclico el tiempo, al mismo tiempo que intentan evitar toda desviación de la «norma», lo que explica que su realización haya de ser meticulosa, al igual que el ritmo cíclico que rodea.

En toda sociedad y religión los ritos son un elemento central, y las personas que los realizan adquieren una consideración especial al establecerse una comunicación entre lo divino y lo humano. Es por ello importante que durante gran parte del Reino Antiguo el Faraón fuese el único que podía realizar esta función, ya que a medida que los templos son más numerosos e importantes, lo son también las personas encargadas de realizarlos, aunque en un primer momento sea por delegación real.

Una de las preguntas más comúnmente formuladas al egiptólogo desde la sociedad es si en verdad los egipcios se creían todo aquello que realizaban, especialmente al observar que todas las ofrendas que depositaban a su divinidad, o en las tumbas a sus muertos, permanecían intactas al día siguiente. Esta «lógica» occidental, que no aplicamos a algunas de nuestras prácticas, olvida que en todas las religiones se establecen creencias en la esencia de las cosas, siendo precisamente eso lo que alimentaba a los dioses y muertos en sus tumbas: la esencia de los alimentos, que los egipcios personificaron en el Ka.

Un aspecto íntimamente relacionado con los templos es el de su economía, los recursos de que disponían, algo

que será analizado al referirnos a la economía y sociedad, siendo suficiente señalar por el momento que la importancia económica de los templos parece haber sido pequeña hasta finales del Reino Antiguo.

Dioses

Una de las imágenes más extendidas de la civilización egipcia es la de un extenso panteón en el que conviven dioses con formas animales, humanas o ambas, así como la existencia de necrópolis en las que se enterraba a algunos animales considerados manifestaciones de la divinidad en la tierra. Sin embargo, dentro de la egiptología existe un debate sobre el tipo de religión que existió en Egipto: un politeísmo que fue evolucionando hacia un henoteísmo y que terminó en un intento de monoteísmo, como defendió Breasted, o, como ya señaló Champollion-Figeac en 1858 resumiendo el pensamiento de su hermano, el descifrador de los jeroglíficos, sobre la religión egipcia: «Era un monoteísmo puro que se manifestaba exteriormente en un politeísmo simbólico, es decir, un solo dios cuyas cualidades y atribuciones estaban personificadas en otros agentes activos o divinidades obedientes». El análisis de este debate excede con mucho los límites del presente libro, pero su conocimiento puede ser útil para que el lector comprenda cómo el conocimiento de la egiptología es algo más que la mera descripción de formas o enumeración de nombres.

La primera necrópolis de animales, concretamente de vacas, la encontramos ya en la cultura badariense (4000-3500 a.C.), documentándose posteriormente alrededor de las del Faraón o nobles tumbas de perros, posiblemente

te sus animales de compañía. Sin embargo, el culto a los animales no tuvo gran importancia en el Reino Antiguo, como tampoco en lo que podríamos llamar «época faraónica», ya que adquirieron importancia a finales del Reino Nuevo, con la llamada «piedad personal de época ramesida» y, paradójicamente, con la creciente presencia griega en Egipto.

Otra cosa radicalmente diferente es la existencia de dioses con forma animal. Durante el período predinástico domina la forma animal, posiblemente por simbolizar éstos las fuerzas de la naturaleza que las primeras comunidades temían o de las que dependían económicamente. A medida que la sociedad va logrando el dominio sobre el medio geográfico, va humanizando a sus dioses, proceso conocido como «antropomorfización», aunque en un primer momento se produce la identificación del rey con dichas fuerzas de la naturaleza, como cuando Narmer es representado como un toro derribando las murallas de una ciudad en el registro inferior de su paleta.

Una diferencia del mundo egipcio con el resto de civilizaciones de la Antigüedad es que los dioses establecieron el mundo, pero después no intervienen en su gobierno o en las acciones de los gobernantes, salvo en el Reino Nuevo, cuando las divinidades comienzan a manifestar sus deseos a través de sueños u oráculos. En el mundo egipcio no existen textos o frases atribuidos a los dioses en los que, por ejemplo, pueda establecerse una diferenciación entre lo que es pecado y lo que no lo es, entre lo correcto o lo incorrecto. Todo lo que debe conocerse ya fue establecido, y solamente han de respetarse las normas de Maat. A diferencia del mundo griego, los dioses no intervienen o han fijado de antemano los designios de la humanidad.

Una de las necesidades de toda sociedad es establecer aquellos mecanismos por los que visual y conceptualmente el hombre relacione lo terrestre con lo divino. Al igual que en la iconografía cristiana los ángeles simbolizan la rapidez y la existencia de comunicación entre los dos mundos, lo mismo que el arco iris, que apareció tras el diluvio universal, en el mundo egipcio ello se logra a través de los atributos o animales sagrados de los dioses: el halcón, los rayos del sol, animales o elementos de la naturaleza que son manifestaciones de la divinidad, al igual que ocurría en el mundo clásico: el águila y Zeus, la cierva y Artemisa, el caballo y Poseidón.

Pero éstas son manifestaciones que en ningún momento revelan la identidad de la divinidad, cuya verdadera apariencia solamente podrá ser revelada en el más allá, como en el cristianismo, ya que su conocimiento limitaría su poder. La divinidad se manifiesta pero no es conocida, lo que hará tan diferente, entre otras cosas, el llamado «período amarniense» (XVIII dinastía), cuando el poder y forma física de Atón, el disco solar, puedan ser contemplados y adorados.

Uno de los errores en los que a veces cae la egiptología es el de querer establecer un orden de importancia dentro del panteón: cada dios era importante y complementario, siendo ésta una de las razones del politeísmo. Otra cosa muy diferente es entender las razones por las que una divinidad en concreto pudo adquirir una importancia especial. Éste es el caso de Osiris, cuyo culto puede entenderse desde la visión de ser una divinidad ctónica, reuniendo en él dos aspectos fundamentales: la cosecha y consiguiente riqueza económica y, en segundo lugar, el hecho de que como señor de la tierra es el que acoge en su seno a los muertos, funciones ambas que encontramos en

otras culturas, como en el mundo griego y los misterios de Eleusis.

Costumbres funerarias

El antiguo Egipto, más que cualquier otra civilización, es conocido por el conjunto de la sociedad por sus costumbres funerarias, desarrollándose diferentes y diversos estereotipos, mitos y leyendas. Desde las tumbas reales, pirámides o hipogeos del Valle de los Reyes, construidos para el eterno descanso de unos reyes tradicionalmente identificados con dioses, el ajuar funerario que se depositaba en ellos, y que constituye nuestra principal fuente de información sobre el modo de vida de los antiguos egipcios hasta las momias y técnicas utilizadas para la conservación eterna del cuerpo, la muerte y la obsesión por el más allá parecen haber impregnado y dominado la mentalidad egipcia. Pero, aun cuando es cierto que el mundo egipcio estuvo preocupado por la muerte y sus consecuencias, también lo es que dicha «obsesión» podría entenderse desde otra óptica: la vida que espera al hombre en el más allá, pudiéndose interpretar como una esperanza de vida.

La creencia y la esperanza en una vida futura es algo intrínseco al hombre, variando entre las culturas la forma de alcanzarla y la concepción de ella, el tipo de enterramiento (incineración o inhumación), la posición y orientación del cadáver, el ajuar depositado en las tumbas, las ceremonias funerarias que deben realizarse y el recuerdo de que disfrutará la persona. Quizá por ello la cultura egipcia es tan sorprendente y proclive al mito, ya que partiendo de unas preocupaciones innatas al hombre desa-

rolló unas formas de enterramiento y unas creencias funerarias sin parangón en el resto de culturas. La arquitectura y la decoración de sus tumbas no tienen equivalencias, al mismo tiempo que sus creencias determinaron muchos aspectos relativos a la función, técnicas y formas de representación que caracterizaron al arte egipcio, sin olvidar la importancia de la magia y los aspectos legales y económicos que se desprenden de un culto funerario que, teóricamente, debía ser mantenido durante la eternidad. Las respuestas y razones para esta diferenciación cultural, como en tantos otros aspectos, podemos encontrarlas en parte en su medio geográfico.

Desde las culturas neolíticas el muerto era enterrado en su tumba con un pequeño ajuar, consistente principalmente en cerámica, lo que es reflejo ya de una primitiva creencia en una vida eterna. Estos enterramientos eran simples hoyos, redondos u ovales, excavados en la arena del desierto y a poca profundidad (fig. 11), teniendo el cuerpo un contacto directo con la arena del desierto, lo que favorecía su «dsecación», eliminaba los líquidos y posibilitaba su conservación. Pero al ser tumbas poco profundas la acción de los animales carroñeros, los propios robos practicados desde el período predinástico o las tormentas de arena favorecían que algunas, o muchas, de ellas quedaran al descubierto, mostrándose a los egipcios la visión de un cuerpo que retenía algunas de las características tenidas en vida. Este contacto visual con sus antepasados, unido a la preocupación innata del hombre por la muerte y el temor a la memoria de sus muertos, nos permiten explicar y entender mejor el origen de algunas creencias funerarias y religiosas que permanecerán presentes hasta el triunfo del cristianismo y el consiguiente abandono de las costumbres paganas.



FIGURA 11. Enterramiento característico del período predinástico

Esa preservación natural del cuerpo originó la idea de que una parte de la persona se quedaba a vivir en la tierra, en la tumba, durante toda la eternidad; por ello rápidamente se comenzó a pensar en la necesidad de proteger y preservar el cuerpo para que su «espíritu» lo reconociera y encontrara así un lugar de descanso, además de procurarle todo aquello que pudiera requerir para su vida eterna. Ello explica que, según la concepción egipcia, el cuerpo humano constara de diferentes partes que vivían con el hombre pero que solamente se manifestaban con la muerte física.

- a) El Ba, asimilado en muchas ocasiones a nuestro concepto de alma, era el que realizaba el viaje al más allá, y podía además moverse libremente fuera de la tumba y recorrer el país o visitar su tumba, siendo representado a partir de la XVIII dinastía con cuerpo de pájaro y cabeza humana.
- b) El Ka, que nacía y vivía con la persona, suele interpretarse como la «fuerza vital» de ésta, y era la parte «humana» que permanecía en la tierra, por lo que era necesario su alimentación y cuidado.
- c) El Akh, de difícil interpretación pero que parece corresponderse con la noción de alma transfigurada, es decir, lo que llegaba a ser la persona una vez alcanzado el más allá y obtenida la vida eterna.

Teniendo como base estas divisiones del cuerpo humano, de ellas surgieron prácticas y creencias que ayudan a entender algunas costumbres funerarias egipcias, como la consideración de la tumba como una casa que debía reunir todas sus facilidades, útiles y ajuar doméstico para su utilización por el difunto o la necesidad, que en ciertos aspectos llegó a convertirse en obsesión, de garantizar la alimentación de la persona enterrada durante toda la eternidad.

La evolución y plasmación de estas creencias condicionó la producción artística, ya que la decoración de las tumbas debía responder a las necesidades de la persona, tanto a su alimentación como a la búsqueda de su camino al más allá, además de que el difunto podía reflejar en su tumba sus actos terrenales como prueba de su rectitud y de que se había ganado el acceso a ese otro mundo.

Comenzó así un largo camino tendente a hacer más confortable la morada eterna de la persona, aspecto que analizaremos en el siguiente epígrafe pero que, paradóji-

camente, iba a resultar catastrófico en un principio. En el deseo de proteger al cuerpo de posibles peligros el cadáver comenzó a ser envuelto en una piel de animal o en una estera y, posteriormente, en un sarcófago, con lo cual se le apartó del contacto directo con la arena del desierto y se favoreció su descomposición. Se inició así un largo período de experimentación para lograr la total conservación del cuerpo, la momificación, que no será plenamente lograda hasta la IV-V dinastías.

Los primeros intentos de conservar el cuerpo se limitaron a envolverlo en lino, previamente mojado en resina para que actuara como secante, pero el éxito de estas prácticas fue muy limitado. El paso decisivo en la conservación del cuerpo y consiguiente momificación se dio cuando comenzaron a extraerse las vísceras, en torno a la IV dinastía. Los intestinos, el hígado y el estómago eran extraídos y depositados en unos contenedores especiales, los llamados «vasos canopos», protegiendo cada uno de ellos a una víscera que, mágicamente, sería reintegrada al cuerpo con posterioridad. Estos vasos canopos, que representaban a los cuatro hijos de Horus, carecían de decoración en el Reino Antiguo, y es en el Reino Medio cuando la tapa adopta forma de cabeza y en el Reino Nuevo cuando son representados los cuatro hijos de Horus.

La extracción de las vísceras, al tener que ser realizada con el cuerpo extendido, explica que éste ya no presente la posición fetal, así como la necesidad en la tumba de un nicho donde colocar los vasos canopos.

Respecto a los sarcófagos, que ya adoptan la forma rectangular, existen dos tipos en el Reino Antiguo. El tradicional es el que tiene la representación de la fachada de palacio (fig. 12), pero en la VI dinastía aparecen otros con la tapa lisa, en los cuales el cuerpo está apoyado en su

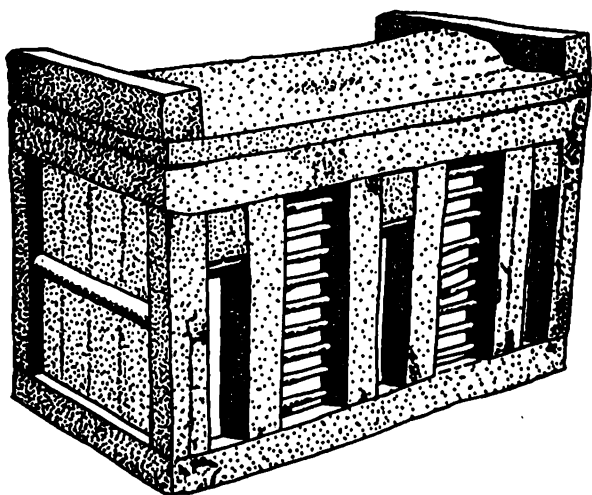


FIGURA 12. Representación de un sarcófago característico del Reino Antiguo

lado izquierdo, y tiene la cabeza orientada hacia el norte, de modo que el muerto mira hacia el este, hacia la parte de la tumba en la que se presentaban las ofrendas.

Pero ¿a dónde iba el difunto?, ¿cómo era el más allá? Nuestra principal fuente de información la constituyen los Textos de las Pirámides, que aparecen por primera vez en la pirámide de Unas, a finales de la V dinastía, pero que reúne escritos de muy diferente procedencia y cronología, remontándose algunos al período predinástico.

La presencia en las tumbas predinásticas de maquetas de barcos hace pensar en una concepción solar, en un deseo de acompañar a la barca solar en su viaje diario,

idea que perduró durante el Reino Antiguo. Otra de las concepciones que se desprende de los Textos de las Pirámides es la de que el Faraón se convertía en una de las estrellas circumpolares, iluminando la oscuridad y ayudando a la barca solar a superar los peligros con los que debía enfrentarse durante la noche, cuando los animales y fuerzas que habitaban ese mundo desconocido intentaban devorar al sol, especialmente la serpiente Apopis.

Estas concepciones influirán en que la entrada a las pirámides se encuentre en su cara norte para permitir la salida del espíritu del rey hacia dichas estrellas o que su templo funerario se encuentre desde la IV dinastía en el lado este, y explica los barcos «solares» enterrados alrededor de ellas, como los descubiertos en torno a la pirámide de Keops.

Hasta la V-VI dinastías éstas fueron las ideas dominantes, que implicaban una exclusividad en el acceso al más allá. El único que lo tenía garantizado era el Faraón, dependiendo sus seguidores de su intercesión para poder acompañarle, una manifestación más de la centralización en todos los campos que llevó a cabo la realeza egipcia a partir de la III dinastía.

Con la evolución de la sociedad y el comienzo de la descentralización política, social y económica que se inició en la V dinastía fue cada vez mayor el número de personas que podía acceder al más allá, ya sin una intervención tan directa y dependiente de la voluntad real, comenzando así lo que se ha llamado «democratización» del culto funerario.

Es significativo que este proceso coincida con la aparición de los Textos de las Pirámides, en los que encontramos las primeras menciones a Osiris, la divinidad que iba a dominar la concepción funeraria egipcia hasta el triun-

fo del cristianismo. Igualmente, estos textos son una guía para acceder al más allá, por lo que su aparición nos puede estar informando de que el propio rey necesitaba de una ayuda para llegar a obtener la vida eterna.

La concepción osiríaca conlleva una «humanización» del más allá, su «desacralización», siendo significativo que sea un proceso paralelo a la «desacralización» de la realeza. El más allá se nos define como una idealización de Egipto, donde están los campos de Osiris, que proporcionaban todo tipo de alimentos y tenían una fertilidad inimaginable. Respecto a la forma de acceder a los campos de Osiris, la imagen que primero se nos viene a la mente es la del juicio al que ha de someterse la persona, en concreto su corazón, para demostrar la rectitud de sus acciones terrenales; pero esta escena solamente aparece en el tránsito del Reino Medio al Nuevo, aunque la idea de que la persona debía justificarse ante la divinidad se desprende de la decoración de las tumbas y de la aparición de las biografías, en las que, tanto por los deseos del sujeto enterrado como el «decoro» inherente al lugar donde se escribían, se describe una vida acorde con los principios de Maat.

Pero a pesar de los esfuerzos que se realizaban para procurar a la persona todo lo que pudiera necesitar, el miedo a los antepasados no desapareció, y aunque es cierto que éstos en pocas ocasiones pueden actuar, según los textos, en los asuntos terrenales, ello no impidió que en algunas tumbas aparecieran lo que se ha llamado «cartas al muerto», pequeños recipientes de cerámica en los que se hacen diferentes invocaciones al difunto, desde pedir su intercesión en el más allá hasta que aquél les perdone el posible abandono que pueda sufrir su tumba y culto funerario.

Por tanto observamos una evolución en las creencias funerarias acorde con la que van experimentando la sociedad y la realeza y que nos informa de que esta última va perdiendo algunas de sus prerrogativas exclusivistas, como la aparición de una nueva concepción funeraria, la osiríaca, más cercana al conjunto de la sociedad. El inicio de la llamada «democratización» del culto funerario nos informa de la quiebra de unos valores políticos, ideológicos y sociales que habían dominado la mentalidad egipcia hasta ese momento, incluida la propia concepción y función de la realeza, lo que no debe interpretarse como un debilitamiento de la institución o de la civilización egipcia, a no ser que interpretemos ésta a partir de los grandes reyes y monumentos.

Ajuar funerario y ritos

Las tumbas predinásticas contienen un mínimo ajuar funerario que irá aumentando con el paso del tiempo, influyendo tanto en el tamaño de aquéllos como en su organización interna y decoración. Formando parte del ajuar se depositaron todo tipo de objetos, pero los egipcios tuvieron que dar respuesta a una serie de problemas que se les presentaban si querían ser coherentes con su concepción funeraria: ¿cómo la momia, o el Ka, podía llegar a disfrutar de todas las ofrendas alimenticias depositadas para su placer?

La magia constituye uno de los elementos fundamentales de la religión egipcia, como en muchas otras sociedades, recurriendo a ella los sacerdotes para la llamada «Apertura de la Boca», ceremonia realizada a la entrada de la tumba antes de que ésta fuera sellada y cuya finali-

dad era «despertar» nuevamente los sentidos de la persona, no sólo la capacidad de comer, sino también las de ver, oír y sentir (fig. 13).

Como veremos en el próximo epígrafe, la tumba egipcia fue haciéndose cada vez más grande para dar cabida a un ajuar funerario mayor, tanto el que se depositaba durante el enterramiento como el que tenía que ser llevado periódicamente y que se dejaba en la capilla funeraria; pero ¿cómo accedía el Ka a dichas ofrendas?

De acuerdo con la mentalidad egipcia todo aquello que se representaba, como todo ser vivo, animal o no, tenía su propia fuerza vital, su Ka, y, por tanto, una funcionalidad. Ésta es la razón por la que en las tumbas egipcias encontramos las llamadas «Estelas de Falsa Puerta», cuya función está claramente expresada: servir de puerta, de vía de comunicación entre el mundo de los muertos y el de los vivos, marcando el punto donde ambos se unen para depositar allí las ofrendas. Generalmente se ubicaban en la pared oeste de la capilla, y originalmente no tenían decoración ni inscripciones (lám. VI). La parte más importante de ellas es la representación de la persona enterrada, hombre o mujer, delante de una mesa de ofrendas repleta de alimentos; como este monumento tenía una función, es lógico que la puerta pudiera ser representada del modo más realista posible; por ello en algunas encontramos un pequeño rollo que simboliza la estera que protegía la entrada a las casas del polvo, los mosquitos o el calor.

Como en todo objeto que puede encontrarse en una tumba, la calidad, tamaño y decoración dependen de la posición social de la persona enterrada; en ocasiones se podía reemplazar la puerta por una escultura del difunto, en la típica actitud de andar, simbolizando así que estaba

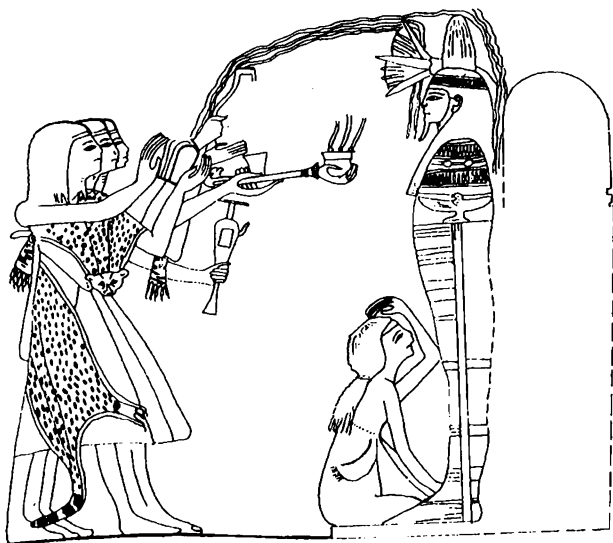


FIGURA 13. Escena de la ceremonia de apertura de la boca que se realizaba a la entrada de la tumba (XIX dinastía)

en comunicación entre el mundo de los vivos y el de los muertos, y como esa estatua reproducía los rasgos de la persona, podía ser reconocida por su Ka y acceder a las ofrendas, que se depositaban en una mesa de ofrendas.

Esa creencia de que todo aquello que era representado tenía vida propia planteó algunos problemas, como el de la escritura jeroglífica. Cuando las cámaras funerarias comenzaron a ser decoradas con textos, bien de las pirámides, en el caso de los reyes, bien de otro tipo en el de los nobles, se pensó que los signos jeroglíficos que representaban animales, algunos de ellos peligrosos, como el escorpión o el león, al cobrar vida también

podían dañar al Ka, por lo que se tuvo que recurrir a su «muerte» o inutilización clavándoles un cuchillo o representándolos sin sus armas mortales, como la cola en el caso del escorpión.

Por tanto, en la concepción y disposición de la tumba influyó la obligación de alimentar al Ka. Durante las primeras dinastías ello se solucionó haciendo un número mayor de almacenes junto a las ofrendas diarias; pero esto era muy costoso, y además estaba el problema de que los cultos funerarios no serían mantenidos de por vida. Ésta es una de las razones por las que en las tumbas comienzan a representarse escenas agrícolas, ganaderas o de pesca que permitían al difunto alimentarse del Ka de lo allí representado.

Una prueba de la exclusividad de las creencias funerarias en torno al Faraón durante las primeras dinastías es que durante el período predinástico encontramos unas maquetas en las que se reproducen diferentes objetos y actividades económicas que desaparecen hasta finales del Reino Antiguo, cuando debido a la democratización del culto funerario y a la necesidad de abaratar todo aquello que debía contener una tumba vuelven a aparecer, aunque las más conocidas son las del Reino Medio.

Formando parte del ajuar encontramos todo tipo de objetos, algunos tan discutidos y enigmáticos como las llamadas «cabezas de reemplazo», interpretadas por algunos como cabezas depositadas en las tumbas por si las estatuas, o la propia momia, sufrían algún daño. Respecto a la estatuaria que es depositada en las tumbas, su función era la de servir de descanso para el Ka, lo que explica que tuviera que reproducir fielmente los rasgos de la persona para poder ser así reconocida como tal.

Una característica de la civilización egipcia son las llamadas «instituciones funerarias» que, en el Reino Antiguo, están asociadas principalmente a los faraones. Teóricamente, cada culto era instaurado por cada faraón, concebido para funcionar eternamente y financiado por un conjunto de tierras, sistema que es relacionado con el Waqt presente en la sociedad islámica. Estas instituciones fueron especialmente importantes durante el Reino Antiguo y tradicionalmente consideradas como uno de los motivos desencadenantes de la crisis política, social y económica del Reino Antiguo. Al contrario que las tumbas reales, concentradas en los alrededores de Menfis, estas instituciones funerarias estaban dispersas por todo el país.

Tumbas y pirámides

En el deseo de preservar a la persona y su tumba, las necrópolis se localizaban en la orilla oeste y en el desierto. En el primer caso quizá por la creencia y deseo de acompañar al sol en su viaje nocturno, que le conducía a la resurrección diaria, y en el segundo para proteger las tumbas de la inundación del Nilo, pese a lo cual muchas de ellas sufrieron inundaciones.

Las primeras tumbas fueron simples hoyos excavados en la arena del desierto, comenzando pronto una evolución debido a las creencias funerarias descritas que hizo que ya en el período predinástico comenzaran a ser techadas con madera, favoreciendo el paso de la tumba oval o circular a la rectangular, recubriéndose en ocasiones las paredes con adobe, aislando aún más al cuerpo del contacto con la arena, y depositando el ajuar funerario alrededor del difunto.

Con el proceso de estratificación social y la aparición de unos líderes fue en aumento la complejidad de las tumbas, existiendo ya en Nagada II necrópolis de «notables». En una de ellas, el llamado «cementerio T» de Nagada, Petrie creyó encontrar pruebas de la realización de ritos tan extraños al mundo egipcio, obsesionado desde sus orígenes por la preservación de los rasgos de la persona, como el canibalismo o la desmembración de los cuerpos.

Las primeras tumbas reales las encontramos en Abidos, necrópolis «excavada» a principios de siglo por Amelineau, que sólo se preocupó de vaciarlas. En los últimos años el Instituto Arqueológico Alemán de El Cairo ha reanudado las investigaciones y nos ha proporcionado una valiosa información, entre la que destaca el hallazgo de tumbas pertenecientes a los faraones de la dinastía 0 y en las que se observa una creciente jerarquización y un número cada vez mayor de habitaciones rodeando la cámara funeraria donde se coloca el ajuar. En estas tumbas, realizadas casi en su totalidad en adobe, ya se diferencian dos elementos: la subestructura y la superestructura, siendo la evolución de esta última la que culminará en la forma piramidal y los templos funerarios. Estos dos elementos responden a las dos necesidades que debía satisfacer una tumba: alojar el cuerpo y ser el lugar donde depositar, durante el enterramiento y posteriormente, el ajuar y poder realizar el culto funerario.

La superestructura tiene su origen en los pequeños montículos que hacían visible la tumba desde el exterior y en los que podía colocarse un estela para su identificación. Poco a poco fue convirtiéndose en una construcción con almacenes, todo ello rodeado por un muro en la llamada forma «fachada de palacio», con entrantes y sa-

lientes que podían ser utilizados como capillas. Este tipo de tumba, el primer paso hacia la forma piramidal, es conocido como *mastaba*, nombre árabe con el que se designa un banco de madera (fig. 14), y en algunas puede intuirse ya la idea de elevación, como en la tumba 3038 de Saqqara, en la que se realizaron dos superestructuras, una encima de otra.

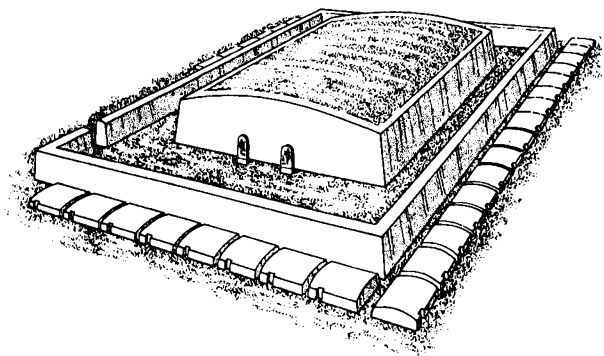


FIGURA 14. Reconstrucción de la tumba de la reina Merneith en Abidos (según Spencer)

La subestructura consistía en una cámara funeraria central rodeada de almacenes, cada vez más numerosos, donde depositar un creciente ajuar. En un primer momento no existía comunicación entre los diferentes almacenes ni entre éstos y la cámara funeraria o la superestructura, lo que obligaba a construir esta última después del enterramiento; pero a mediados de la I dinastía comenzó a realizarse una escalera, que siempre arrancaba en el lado norte porque así permitía la salida del espíritu hacia las estrellas circumpolares.

Algo que ya sorprendió a los primeros excavadores es la utilización del adobe como material constructivo de las tumbas reales de Abidos de las dos primeras dinastías, máxime cuando en las tumbas de nobles de Saqqara ya se empleaban bloques de granito. La razón puede estar en que en Saqqara la piedra es más abundante y de mayor calidad, adoptando las tumbas reales este material cuando trasladaron la necrópolis a dicha ciudad, coincidiendo con la primera pirámide de Egipto, la escalónada de Djoser.

Otra posible explicación tiene más que ver con la simbología y el hecho de que todo lo que rodeaba a las costumbres funerarias tenía una función, una finalidad y un significado. El adobe simboliza la tierra fecundada anualmente por el Nilo, las aguas primordiales en las que están presentes los elementos de la vida, de la regeneración, y la piedra no se utilizó hasta que la visión deteriorada de las tumbas construidas en adobe convenció finalmente de la necesidad de buscar un material eterno.

Una característica muy importante que nos ayudará a entender mejor los templos funerarios que se construyen junto a las pirámides la constituyen los llamados *enclosures* reales de Abidos, unos recintos construidos en adobe y que se han descrito como lugares en los que se realizaban los rituales funerarios, pero que correctamente O'Connor y Arnold reconocen como *Jenseitsarchitektur*, arquitectura para el otro mundo destinada al Faraón, que pueden identificarse con lo que los textos egipcios denominan «Fortaleza de los Dioses» y que pueden ponerse en relación con los «Seguidores de Horus», los reyes y dioses míticos que gobernaron Egipto antes que los hombres.

Estas estructuras tienen su entrada mirando al Nilo, al lugar donde llegarían en barcos las estatuas de todos los

dioses del país que acudían a este lugar a acompañar al Faraón en sus ceremonias; en el transcurso de dichas ceremonias el rey demostraría sus acciones de gobierno presentando sus logros a los dioses, es decir, estos recintos serían una evolución de lo que ya es representado en algunos de los objetos protodinásticos, sólo que ahora el Faraón de este período tinita no se limita a depositar paletas u otros objetos con la representación de sus acciones, sino a reafirmar su relación con los dioses.

Estas construcciones pierden importancia con la III dinastía, posiblemente por la edificación de los templos funerarios, en los que ya se constata un culto individual al Faraón como Dios, de modo que éste, una vez lograda la identificación con Horus en vida y Osiris en la muerte, ya no necesita la compañía de otros dioses, siendo significativo que reaparezcan en la historia de Egipto en períodos posteriores, cuando la divinidad del Faraón ya no sea total.

En la III dinastía, superados los problemas internos, la forma piramidal es adoptada y la región menfita se convierte en la necrópolis más monumental de la humanidad. La adopción de la pirámide, como señala J. Malek, es la expresión material y la afirmación de dos de los principios fundamentales sobre los que descansa la ideología estatal y la religión egipcia: la posición excepcional y la función del Faraón en el mundo, así como la creencia en una vida en el más allá.

Son muchos los aspectos que pueden ponerse en relación con la edificación de las pirámides, desde las técnicas de construcción hasta la organización del trabajo, la obtención de los materiales o su simbolismo, aspectos que serán objeto de estudio en diferentes capítulos; pero siempre ha de tenerse presente que la pirámide no debe

entenderse sólo como un monumento funerario, grandioso y eterno, sino como parte de un conjunto más amplio tendente a reforzar y legitimar la figura del Faraón y su posterior culto funerario como divinidad.

La primera pirámide es la de Djoser en Saqqara, la famosa pirámide escalonada, una superposición de mastabas. El complejo de Djoser consta de dos tumbas, la pirámide y la llamada «Tumba Sur», y sus cámaras subterráneas son similares en tamaño y arquitectura, y pueden pertenecer al mismo rey, pensándose que la Tumba Sur recoge la tradición de Abidos mientras que la pirámide recoge la tradición menfita. Todo el complejo se nos presenta como una mezcla de construcciones e ideas, como si estuviéramos ante algo nuevo y experimental que marca el camino hacia la verdadera pirámide y sus construcciones anexas. Por ello el complejo puede interpretarse como el deseo de expresar algo nuevo, quizá en relación con la superada crisis de la II dinastía y la necesidad de plasmar una monarquía fuerte sobre todo el país.

Es en este contexto en el que podemos entender que sea éste uno de los pocos complejos piramidales, junto al de Niuserre (V dinastía), también en un período de cambio, como hemos visto, al ser uno de los faraones concebidos por Re en la V dinastía, en el que existan manifestaciones de la celebración de un Festival Sed, con las connotaciones políticas e ideológicas que éste tenía; aunque en el caso de Djoser, el gran patio ceremonial donde tendría lugar el Festival Sed nos recuerda a los *enclosures* de las dos primeras dinastías, pudiéndose interpretar todo el complejo, con la unión del *enclosure* y de la tumba, como un paso definitivo en la identificación del Faraón como un dios.

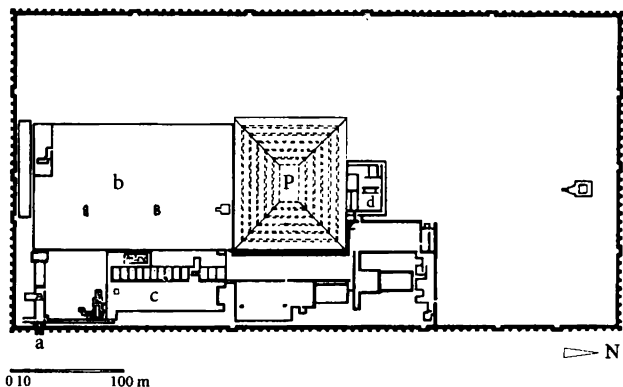


FIGURA 15. Complejo funerario de Djoser en Saqqara: a) entrada al complejo; b) patio ceremonial; c) patio del festival Sed; d) templo funerario; P) pirámide escalonada (según Lauer)

Nuestro conocimiento de este complejo, que mide 500×250 m y está rodeado en su totalidad por un muro de diez metros de altura con la típica forma de entrantes y salientes, procede de los esfuerzos realizados por P. Lauer desde 1932 (fig. 15). La entrada se encuentra al sur del lado este, por donde se accede a un gran patio ceremonial donde tendría lugar la carrera del Festival Sed en la que el Faraón demostraría su vigor físico. Al noreste se encuentran las llamadas «Mansión del Sur» y «Mansión del Norte», cada una identificada con la planta emblemática de cada región, siendo significativo que sólo tengan la fachada, estando su interior relleno de piedras, lo que confirma el carácter simbólico del complejo y el deseo de expresar la fortaleza e ideología de una nueva monarquía.

En el lado norte de la pirámide estaba el Serdab, un pequeño habitáculo en el que se encontró una estatua de

reducidas dimensiones de Djoser sentado y cuya finalidad era servir de reposo al Ka si el cuerpo sufría algún daño, y su templo funerario, desde el que se accede a la tumba y las galerías subterráneas.

La pirámide de Djoser supone el comienzo de una nueva era, de una centralización. A lo largo de la III dinastía siguieron realizándose experimentos y avances en la construcción de pirámides; pero el verdadero paso a la pirámide se dio con Snefru (IV dinastía), siendo significativo que el complejo piramidal se reduzca. La transición entre Djoser y Snefru marca la desaparición de estructuras terrenales para su utilización en el más allá. El plano es más riguroso y más organizado, y está presidido por la pirámide, un símbolo solar. Con Snefru la orientación será ahora de este a oeste, y no de norte a sur, debido a la creciente importancia que va adquiriendo la religión solar. Pero ¿qué simboliza la pirámide?, ¿qué es un complejo piramidal?

Las pirámides son tumbas construidas para el Faraón; pero, como señala Lehner, la tumba de un Faraón en el antiguo Egipto fue algo más. La palabra egipcia para designar «pirámide», *mer*, ha servido en ocasiones de explicación para su simbolismo: escalera hacia el cielo, aunque también se entiende como una estilización de la colina primigenia desde donde Atum creó el orden y el mundo, por lo que al enterrarse al rey en su interior, o bajo ella, participará en el proceso creativo que le permitirá alcanzar la vida eterna. Solamente Snefru y Keops fueron enterrados en una cámara funeraria construida en el interior de la pirámide; los demás fueron depositados debajo de ella, pudiendo explicarse este hecho por motivos teológicos y políticos, al ser durante el reinado de estos dos faraones cuando el culto solar adquirió un desarro-

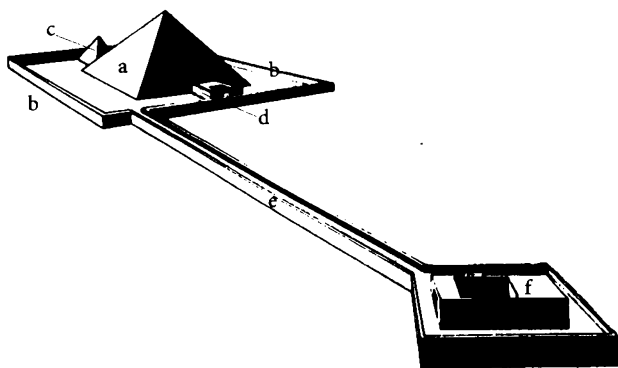


FIGURA 16. Complejo piramidal: a) pirámide; b) muro exterior; c) pirámide satélite; d) templo funerario; e) corredor; f) templo del valle (según Vercoutter)

llo, y cuando se realizaron los principales esfuerzos constructivos.

Arquitectónicamente, los complejos piramidales constan de tres elementos: el templo funerario, el templo del valle y el corredor que une ambos (fig. 16), siendo la esfinge un monumento único y aislado.

Templo funerario. Construido junto a la pirámide y generalmente en su cara este, era el lugar donde se rendía culto al rey.

Corredor. Unía el templo funerario con el templo del valle. Estaba techado, y de algunos se conservan elementos decorativos. Originalmente se pensó que su función sería la de ser el lugar por donde transitaría el cortejo funerario una vez que habrían sido realizados los ritos funerarios y la momificación en el templo del valle, pero recientemente Hawass y Arnold han señala-

do que su anchura no permitiría el paso del sarcófago, por lo que su intencionalidad puede haber sido la de comunicar los dos templos para permitir al Ka del rey trasladarse de un lugar a otro y acceder a las ofrendas funerarias.

Templo del valle. En relación a la función que se pensaba tenía el corredor, se creía que su finalidad era la de ser el lugar donde se desarrollaban los ritos funerarios, pero los relieves, los objetos cultuales o la estatuaria encontrados no indican relación alguna con el ritual de la momificación. Recientemente se ha propuesto que podía ser la residencia del espíritu, máxime cuando su plano recuerda mucho al de los palacios, especialmente del Reino Nuevo, los únicos que nos son conocidos con cierto detalle¹.

En su conjunto, los complejos piramidales simbolizan el lugar donde el Faraón se une a la divinidad y donde tendrá lugar su culto funerario. Un elemento común entre ellos es su programa decorativo, con escenas del Faraón derrotando a los enemigos, cazando y pescando, cortesanos delante del rey, la realización de ritos o las procesiones de los nomos, que llevan sus productos como ofrendas funerarias (véase fig. 7). La repetición de estas escenas y su localización más o menos exacta en todos

1. Las investigaciones de Bell en templos como el de Luxor (Reino Nuevo) permiten hablar de ellos como residencias para el Ka del Faraón donde éste recibiría culto. Es significativo que cada vez sean más los egiptólogos (Pinch, Baines, O'Connor...) que se refieran a la segunda mitad de la XVIII dinastía como un período en el que el Faraón, posiblemente basándose en modelos del Reino Antiguo, intenta recuperar el papel de único intermediario ante la divinidad, lo mismo que en época de las pirámides, culminando este proceso con Ajenatón y su monoteísmo, cuando él se presenta, junto a su familia, como el único intermediario ante Atón, el disco solar.

los complejos confirman que estamos ante un mundo simbólico, un programa iconográfico, y no ante la representación de unas realidades.

Por tanto, es con Djoser, Snefru y Keops cuando se observan los principales pasos evolutivos de la forma piramidal, siendo significativo que estos tres reyes sean los que tengan un recuerdo en el futuro, aunque en el caso de Keops éste sea negativo. Igualmente resulta interesante comprobar cómo Djoser da el primer paso tras un período de inestabilidad, cómo Snefru marca el comienzo de una etapa en la que la realeza es identificada definitivamente con la divinidad y cómo Egipto con Keops alcanza su mayor centralización.

El siguiente cambio se observa a finales de la IV dinastía, y es, como los anteriores, muy revelador. Shepseskaf, último rey de la dinastía, abandona los complejos piramidales y vuelve a enterrarse en una mastaba con una capilla funeraria en la que, en opinión de Arnold, aparece por primera vez en la tumba de un faraón la Estela de Falsa Puerta y las escenas de ofrendas asociadas a ella. Más allá del temporal abandono de la forma piramidal, lo importante es que por primera vez el Faraón pudo ser representado como un humano, con las mismas necesidades que sus cortesanos, algo que puede ponerse en relación con la Profecía de Neferti y la historia del nacimiento mítico de los tres primeros reyes de la V dinastía, mostrándonos todo ello el inicio de la «desacralización» del Faraón y sin olvidar que a finales de la V dinastía aparecen los Textos de las Pirámides, en los cuales las menciones a Osiris comienzan a ser significativas (cf. cap. 4).

En la V y VI dinastías se observa una menor importancia de la pirámide, si valoramos a ésta por su tamaño, pero en cambio una mayor relevancia de lo que la rodea-

ba, especialmente desde el punto de vista decorativo, con escenas de guerra, tributos y procesiones de embarcaciones con diferentes materiales, al mismo tiempo que los temas se hacen también más naturalistas, proclamando la bendición del sol sobre Egipto.

Pero ¿qué sucedía fuera de las pirámides? A medida que la pirámide aumenta en tamaño y calidad, se detecta cierto declive en las tumbas privadas, del mismo modo que con el declive de la pirámide también se observa un auge en las tumbas privadas. Pero aun así resulta significativo que hasta la III dinastía, y en parte durante el desarrollo de ella, tengamos mayor información de las tumbas de los nobles que de las de los reyes, si bien es cierto que la decoración de sus capillas se limita al lugar donde está la Estela de Falsa Puerta, siendo la excepción la capilla de Hesire, que incluye escenas de ofrendas de alimentos y de ajuar.

Desde finales de la III dinastía van desapareciendo en la subestructura de las tumbas privadas los almacenes, encontrándose sólo una cámara, plano que se simplifica aún más en la IV dinastía. Se mantiene la forma rectangular de la mastaba, la orientación norte-sur y la capilla cruciforme, pero la «fachada de palacio» se simplifica y el ajuar es mucho más pobre, desapareciendo también los bloques de granito con los que se protegía a la tumba de posibles robos, quizá por no existir una gran necesidad de ello. Esta simplificación en el plano se compensa con una mayor decoración y la inclusión de familiares en las escenas, como la representación del matrimonio en la Estela de Falsa Puerta, y la aparición también de las esculturas familiares (lám. VII).

Como señala Roth, en las tumbas de la IV dinastía se observa una mayor decoración pero más simpleza en la

arquitectura y pobreza en el ajuar; pero es que en las tumbas reales, las pirámides, también desaparecen las habitaciones de la subestructura, que volverán a aparecer en la V dinastía. Pero pese a la disminución del tamaño y función de la subestructura, sucede lo mismo que en las tumbas reales: la supestructura experimenta un gran desarrollo por lo que respecta a la visibilidad y una presencia permanente.

Pero, como hemos visto al describir las costumbres funerarias, la perviviencia del Ka y la posibilidad de que el Ba pudiera visitar su tumba obligaron a que en ésta tuviera que depositarse un ajuar funerario y a que el hijo primogénito se encargara del mantenimiento de su culto funerario, algo que la forma piramidal parece suprimir al desaparecer los almacenes que la rodeaban. En el caso de la pirámide escalonada de Djoser, las galerías subterráneas fueron llenadas con ingentes cantidades de vasos de piedra, pero con la verdadera pirámide no existe lugar para el ajuar. La razón para ello es la aparición de las llamadas «fundaciones piadosas», tierras que el Faraón dedicaba únicamente al mantenimiento de su culto funerario y que podían estar repartidas por todo el país, siendo ésta una de las razones aducidas, como veremos, para explicar el declive del Reino Antiguo debido a que la monarquía fue perdiendo el control sobre amplias zonas productivas.

Otro elemento que aparece asociado a las pirámides son las barcas solares, encontrándose cinco alrededor de la gran pirámide de Khufu, y cuya función sería facilitar al Faraón el medio de transporte en el que poder acompañar al sol en su viaje diario, ya que tanto en Egipto como en Mesopotamia, por razones geográficas evidentes, los dioses viajaban en barcos.

En íntima relación con las tumbas está su seguridad, especialmente por el hecho de localizarse siempre la entrada en el lado norte hasta el Reino Medio, hecho que sería conocido por los ladrones, por lo que a pesar de los esfuerzos que se realizaron ninguna tumba se libró de ser saqueada. La principal protección de las tumbas la constituyó la disposición de los bloques de granito en los pasillos que conducían a la cámara funeraria; pero éstos en ocasiones fueron salvados por los ladrones realizando un pequeño pasillo, pues era más fácil horadar la pared que estos bloques, siendo ésta la razón por la que en algunas pirámides, en el mismo lugar donde estaba ubicado el bloque de granito, las paredes también se recubrían con este material para obstaculizar la excavación de un paso. Otras técnicas más efectivas consistieron en rellenar el pasillo descendente con grava, o en cambiar la escalera de acceso por un agujero vertical.

La forma piramidal siguió estando presente, aunque a partir de la V dinastía se observa un declive en su tamaño y calidad, lo que se ha relacionado con la descentralización política de Egipto y el inicio de la crisis que terminará con la fragmentación política del Primer Período Intermedio. Esta interpretación, como muchas otras relacionadas con lo egipcio, son realizadas desde la única perspectiva del tamaño o la calidad de los materiales utilizados para las tumbas, olvidando otros aspectos. Es cierto que las pirámides de la V y VI dinastías utilizan unos materiales menos «cuidados» o que su relleno poco a poco va siendo de grava o de adobe, pero los complejos piramidales experimentan un desarrollo en su programa decorativo que denota un esfuerzo a veces mayor que el de la construcción de muchas de aquéllas. Por otra parte, ya hemos ido señalando que a partir de la V dinastía los

faraones emprenden una mayor política constructiva en las provincias, lo que, unido a sus propias pirámides, no puede interpretarse como un declive de su poder y recursos, sino más bien al contrario.

Lo que sí es cierto es que en el ámbito privado los nobles comienzan a ser enterrados fuera de la corte, algo lógico si estos funcionarios pasan a vivir en las regiones sobre las que gobiernan y dejan de hacerlo desde la capital (cf. cap. 7), lo que explica la diferenciación, como en las dos primeras dinastías, entre las tumbas menfitas y las provinciales. Las mastabas siguen siendo la forma de enterramiento en el área menfita, y los hipogeos, en el sur. La razón de ello debe buscarse en las condiciones de cada región y no en diferencias teológicas, religiosas, sociales o políticas, ya que estos hipogeos, realizados en acantilados, responden a una menor calidad de la piedra, además de que en el sur, como vimos al analizar la geografía, el Nilo discurre más encajonado.

En estas tumbas provinciales, donde no había superestructura, lo normal es que las cámaras funerarias fueran excavadas en la roca debajo de la capilla, comunicándose ambas por un pozo vertical, que pudo tener también una función disuasoria ante la posibilidad de un robo. Por otra parte, al realizarse las tumbas en los acantilados su orientación es distinta de la de las tumbas de Menfis, al construirse en ángulo con el Nilo.

No podemos terminar este apartado sin hacer siquiera una breve mención de uno de los monumentos que más han contribuido al mito de Egipto y a la historia de este período histórico en particular, la esfinge, la primera escultura monumental de Egipto, si exceptuamos los colosos de Min hallados en el templo predinástico de Coptos, construida por Khafre en relación a su pirámide, en opi-

nión de algunos en su deseo de proteger simbólicamente su complejo funerario.

La adopción de una forma leonina no debe extrañar, pues ésta tenía en la sociedad egipcia, como en tantas otras, el simbolismo de mostrar la fortaleza del rey, relación de la esfinge con la divinidad que queda claramente reflejada en el peinado *nemes*, exclusivo de los faraones, y que en este caso sirve para hacer la transición entre la cabeza humana y el cuerpo de león menos abrupta. Pero al igual que las pirámides, la esfinge no debe interpretarse como un monumento aislado, ya que disponía de un templo con dos santuarios, uno en el este y otro en el oeste, por razones solares evidentes. Por desgracia son pocos los datos que han podido obtenerse de su culto y función en el Reino Antiguo, y, como ha señalado Lehner, si la esfinge es un símbolo solar o una representación del Faraón bajo una actitud leonina es algo a lo que ni los propios egipcios habrían podido contestar. Lo cierto es que para los egipcios debió de tener una consideración especial, adquiriendo importancia su culto en la XVIII dinastía, especialmente después de que Tutmosis IV tuviera bajo ella un sueño en el que Amón le revelaba que él iba a ser faraón de Egipto.

6. El arte

El estudio del arte egipcio puede hacerse desde varias perspectivas, siendo la más frecuente la monumentalidad de sus obras artísticas, creándose la idea de que en el antiguo Egipto todo fue realizado en una proporción más divina que humana. Sin embargo, la grandiosidad del arte faraónico solamente la encontramos en dos épocas, el Reino Antiguo y el Reino Nuevo, este último con las estatuas colosales de sus faraones o el templo de Karnak, y, en el caso del Reino Antiguo, con sus pirámides. Por ello creemos necesario realizar otro tipo de aproximación al arte egipcio, quizá menos llamativa pero, en nuestra opinión, más enriquecedora para el lector y todas aquellas personas que deseen conocer las razones por las que los egipcios desarrollaron una estética en gran medida tan alejada de lo que nuestra cultura considera cánones artísticos.

Este tipo de análisis e interpretación adquiere mayor relevancia si recordamos que la mayoría de lo que conservamos y conocemos de la civilización egipcia se encuadra en lo que nuestra sociedad entiende como arte:

la arquitectura de las tumbas o sus templos, los relieves o pinturas que decoraban sus paredes, las esculturas, los objetos que formaban parte del ajuar funerario, los amuletos que protegían a la población de sus temores y les infundían esperanzas, etc., aunque muy pocas de estas manifestaciones fueron realizadas con la intencionalidad artística de despertar unos sentimientos. Podemos describir las actitudes, alabar el trabajo de la piedra en los relieves o maravillarnos ante las pinturas que llenaban sus tumbas, pero olvidaremos la razón por la cual fueron realizadas estas obras de arte. Por ello, la mera descripción del arte conservado, como suele hacerse, nos alejaría de los sentimientos y preocupaciones de los egipcios, que, como otras muchas civilizaciones, expresan a través del arte sus sentimientos y valores.

Nunca debemos olvidar que la mayoría de lo conservado procede del ámbito oficial, pero los templos o palacios, con su decoración, formaban parte de un programa iconográfico a través del cual se pretendía justificar una acción de gobierno, la existencia y necesidad de una monarquía que mantenía el orden ante las continuas amenazas de las fuerzas del caos. Lo mismo puede decirse de sus manifestaciones funerarias, en las que todo lo que era representado o depositado en la tumba como ajuar tenía la intención de que ejerciera «su» función: ayudar a la persona a alcanzar y disfrutar del más allá, justificar sus actos terrenales o intentar que el recinto tuviera todo lo que se necesitaba en una casa.

Si el investigador y el lector pudieran abstraerse de su educación y entorno social por un momento y analizaran cualquiera de sus manifestaciones cotidianas desde la oficialidad, comprobarían que muchos de los símbolos y es-

cenar del mundo en que viven poco tienen que ver con sus preocupaciones habituales. Esa «oficialidad», tanto en el arte como en la literatura, responde a unas intenciones, unos mensajes y unas esperanzas, lo mismo que nos ha legado la civilización faraónica.

Por ello en la mayoría de las ocasiones el «arte» egipcio debe ser valorado y entendido desde el punto de vista de su intencionalidad y función dentro del orden cósmico establecido por los dioses, no debiéndose olvidar nunca que lo realizado en las tumbas no podía ser contemplado y que los templos tenían un acceso muy limitado. Es cierto que esas manifestaciones adoptan unas formas extrañas, con unos dioses híbridos y unas esperanzas alejadas de nuestro conocimiento «racional», pero en el fondo se están manifestando las mismas preocupaciones, ilusiones y temores que podemos sentir en nuestra sociedad, pero con unas representaciones externas diferentes que, por desgracia, nos alejan frecuentemente de la realidad más de lo deseable.

Es esa intencionalidad la que obliga al artista a seguir unos principios y unas normas, como cualquier otro que ha de expresar las esperanzas de una persona ante su muerte y sus perspectivas, contribuyendo a la sensación de que el arte egipcio carece de originalidad y es repetitivo en sus temas. Si a ello le unimos la representación en dos dimensiones, la frontalidad de las figuras o el aspecto de sus dioses, se entenderá aún mejor la sensación de lejanía que su arte puede transmitir.

Pero quizá sea en ello en donde radique el mérito del artista egipcio. Por regla general la combinación de elementos humanos y animales suele provocar lejanía y extrañeza; sin embargo, la contemplación de Anubis, el dios de la embalsamación, o de Horus no sorprende, pues se

trata de composiciones armoniosas logradas gracias a la habilidad del artista, que evita la sensación de lejanía ante estas manifestaciones divinas recurriendo a una peluca o collar para evitar la transición entre dos formas extrañas.

Por tanto, todo lo que rodea y compone una obra artística debe responder a varios requisitos. Al fin y al cabo, el arte ha sido hasta hace poco tiempo realizado dentro de unos círculos muy cerrados, en los que el noble, los reyes o los papas demandaban un tipo de representaciones que reflejaran «su» orden.

- a) El tamaño de los personajes se rige por el principio de la proporción jerárquica. En una sociedad en la que la capacidad de leer era mínima, era la imagen la que dominaba, algo que en cierta manera impregna todavía muchas de nuestras sensaciones, sin que ello nos haga sentir «primitivos».
- b) La ausencia de movimientos bruscos. En las escenas en las que el rey derrota a sus enemigos o está cazando no existe una sensación de movimiento, y sí de estar realizando algo ritual que conlleva la adopción de unos gestos y unas posturas predeterminadas, lo que tampoco nos puede resultar tan lejano. El inmovilismo, la quietud, mantienen el orden, mientras que el caos es movimiento y desorden, representándose este último mediante el amontonamiento de personas o con fenómenos naturales, cotidianos y por tanto conocidos, como las bandadas de pájaros salvajes que vuelan sin orden. Éste también es expresado mediante la llamada «línea de tierra», sobre la que los personajes y las acciones tienen lugar, mientras que una línea ondulada o la no representación de ella simboliza el caos (fig. 17).

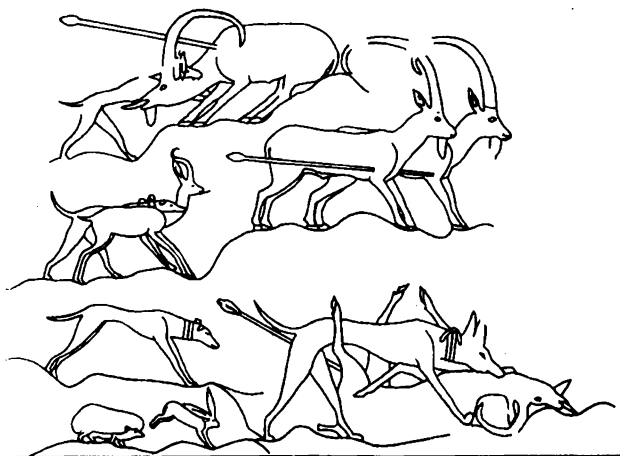


FIGURA 17. Escena de caos, representado por las líneas onduladas del terreno

c) Un ideal de belleza en las representaciones humanas.

Estén las figuras de pie, sentadas o arrodilladas, los ideales de belleza y perfección dominan las caras y el físico, lo que contribuyó aún más a que el movimiento, tanto en la realización de un esfuerzo como en el propio paso del tiempo en el físico de la persona, no exista. Los rasgos de la persona tenían que ser perfectamente reconocibles por su Ka; de ahí la importancia también del nombre, que permite identificar y recordar a la persona al mismo tiempo que sirve de refugio al Ka ante el posible deterioro de su descanso material, la momia.

Todas y cada una de las reglas responden al deseo de expresar un orden, pero, en la medida de lo posible, sin alejarse de una realidad, de lo que es conocido. Un ejem-

plo son las representaciones de hombres y mujeres, los primeros con un color más oscuro, rojo, debido al trabajo que realizaban fuera de la casa, y las mujeres con un color más claro, amarillo, debido a su actividad doméstica y no al aire libre.

Pero estas reglas e intenciones no deben hacernos pensar que todo tiene que realizarse de acuerdo con unas normas. Con el paso del tiempo la civilización egipcia fue desarrollando una «libertad» artística acorde con los cambios y aspiraciones que iba experimentando su sociedad, lo que puede observarse en las escenas de danza o de lucha y, especialmente, en las escasas manifestaciones «populares» conservadas. Nuevamente no podemos olvidar que la práctica totalidad de lo conocido procede del ámbito oficial o funerario, mundos que, como ha señalado repetidamente J. Baines, requieren de un «decoro», al igual que en nuestra sociedad.

Por ello en el Reino Antiguo, como en tantos otros aspectos, puede observarse el inicio de un cambio a partir de la V dinastía. En muchas ocasiones éste ha sido interpretado como un decaimiento de las artes parejo al del Estado, pero la descentralización política y administrativa favoreció una sociedad más diversificada en sus obligaciones y preocupaciones, propiciando que, aparte de las normas «oficiales», fuera realizándose un arte más cotidiano, lo que lleva a especialistas del arte egipcio, como Robins o Bourriau, a hablar de estilos provinciales desde finales del Reino Antiguo. Es decir, en el terreno artístico tendríamos otra prueba de los cambios que en el seno de la sociedad egipcia van produciéndose a partir de la V-VI dinastías y que no pueden interpretarse como un reflejo del comienzo de un declive, a no ser que nuestra valoración se realice únicamente desde la monumentalidad.

dad, sino como un enriquecimiento que será continuado en períodos posteriores.

Por tanto, y en líneas generales, el arte egipcio es más conceptual que perceptivo, lo que planteaba diferentes problemas al artista. Un ejemplo puede ser la idea de que todo lo que era representado en la tumba debía cumplir una función; ello unido a su creencia de que lo que no se veía no tenía función, les obligaba a representar el contenido de un cofre (fig. 18) recurriendo el artista a lo que se ha llamado «perspectiva aérea».

Pero además de reflejar un orden, unas creencias funerarias y a unos dioses, todo lo que realiza el artista es para disfrute o beneficio del hombre, que se convierte en su punto de referencia, bien como medida de lo representado, bien dominando la composición o desarrollando técnicas como la «isometría», que permitía colocar en pie de igualdad lo

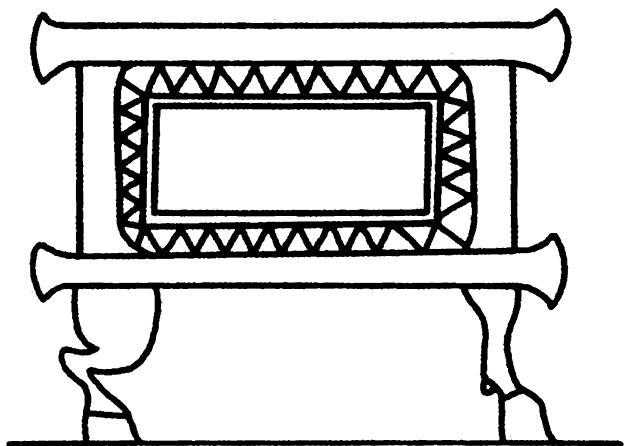


FIGURA 18. Representación de un cofre mediante perspectiva aérea

humano y lo divino. Por otra parte, el hombre y las partes que componen su cuerpo determinan el canon del artista, sin que ello le haga olvidar el concepto para el que es realizada una obra de arte; ello explica que no sea necesaria la diferenciación entre el pie o la mano izquierda o derecha, que no aparecerá hasta Tutmosis IV (XVIII dinastía). Cuando una figura era representada andando y llevando objetos en la mano, daba igual que se dirigiera hacia la izquierda o la derecha, pues el objeto era siempre llevado en la misma mano, la derecha, del mismo modo que en las composiciones en grupo el personaje a la derecha solía ser el más importante. Estas reglas no deben extrañar debido a la creencia popular, presente en la sociedad occidental hasta hace poco tiempo, de que la derecha simboliza el orden, lo que es normal, mientras que la izquierda es una desviación de las normas; baste recordar lo que sucederá en el juicio final.

La intención de lo representado queda patente en que desde la I dinastía las escenas fueron divididas en registros, lo que para nuestra sensibilidad implicaría un orden y una secuencia de lo plasmado en la obra, pero lo que se pretende no es mostrar la relación entre los registros, que puede existir debido a su carácter funerario o ideológico, sino determinar un orden, una funcionalidad, sin que exista la intención de relatar.

Por todo ello el artista debía ceñirse a unos cánones, medidas y reglas, especialmente aquellos que trabajaban para la corte o los templos. El artista trabaja para la corte, pues fuera de ella la demanda de obras de arte se reduciría a los templos, con escasa importancia, como hemos visto, mientras que los nobles, durante gran parte del Reino Antiguo, deben recurrir al favor real para que esos artistas les sean «cedidos» por el Faraón para decorar su tumba. El artista debe respetar y plasmar unos conceptos

que le son requeridos, y el «decoro» le obliga a unos temas iconográficos y a su ubicación en unos lugares concretos con el fin de aumentar el simbolismo de lo representado; las escenas de cortejos funerarios siempre se representan hacia el interior de las tumbas, mientras que en los templos los elementos del caos se colocan hacia el exterior, queriendo representar su expulsión y alejamiento del orden, pues los elementos y acciones realizados desde el orden se orientan hacia el interior.

Pero a medida que la descentralización es mayor, las normas artísticas que emanan de la corte no son tan rígidas, detectándose una mayor variedad en los temas y en la disposición de las escenas.

Del mismo modo que se habla de la iconografía del arte cristiano, presente desde sus orígenes y necesaria en unas sociedades en las que la imagen era el único medio de transmitir un mensaje, ahora comienza a estudiarse el arte egipcio desde su simbolismo, que debe ser entendido dentro del medio geográfico y con el grado de conocimiento que una sociedad «antigua», como la egipcia, pudo alcanzar.

Arte y simbolismo

Al estudiarse una sociedad suele considerarse que su arte es expresión de unos ideales, de una ética y de unos valores morales, junto a los símbolos y mensajes que quiere transmitir, especialmente su clase dirigente. Ello explica que el arte desarrollado en torno a Ajenatón (XVIII dinastía) resulte tan extraño, no sólo en relación al mundo egipcio, sino también en la propia Antigüedad o en nuestros días, al no ser frecuente la representación familiar de un rey, bien jugando con sus niñas, bien besando a su

mujer. Lo que se espera de un rey, príncipe o gobernante es seriedad y el cumplimiento de unas esperanzas y necesidades que la población ha depositado en su persona, y sólo en nuestros días han comenzado a valorarse los actos cotidianos.

Además de maravillarnos por su arte, debemos entender éste como un mundo simbólico, de imágenes, lo que adquiere mayor importancia si recordamos que nuestra información sobre muchos aspectos de la historia de Egipto, y del Reino Antiguo en particular, procede precisamente de estas imágenes, al ser los textos históricos muy escasos. Esto nos conduce al problema de recurrir al arte como fuente histórica, ya que éste puede utilizar el pasado para legitimar el presente o expresar lo que se espera del futuro.

Las escenas victoriosas del Faraón puede que sean el mejor ejemplo de ello. Conocemos el caso de algunos faraones que no llegaron a realizar campaña militar alguna, y sin embargo se representan venciendo a sus enemigos, mientras que las acciones militares de otros pueden corresponderse históricamente con la realización de una campaña de castigo contra una población nómada que perturbaba las rutas comerciales, siéndonos presentadas como una gran victoria. El arte es realizado desde una perspectiva, y, como en toda sociedad, nunca refleja los fracasos o la inactividad, sino lo que se espera que haga la persona allí representada.

Respecto a lo que se esperaba del futuro, las escenas funerarias son el mejor exponente, apareciendo en muchas de ellas el hombre junto a su mujer e hijos, bien en grupos escultóricos, bien realizando actividades que difícilmente habrían podido llevar a cabo su mujer y descendencia. Sin embargo, la imagen familiar que desprenden permite



LÁMINA I. Relieve de la tumba de Mereruka



LAMINA II. Anverso de la Paleta de Narmer

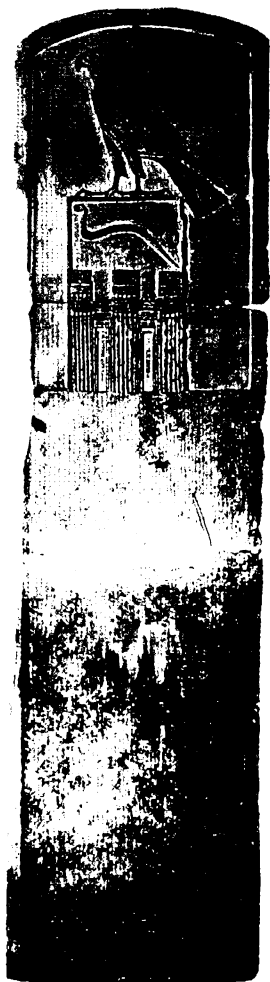


LÁMINA III. Estela del rey Djed con su *Serekh* (Museo del Louvre)

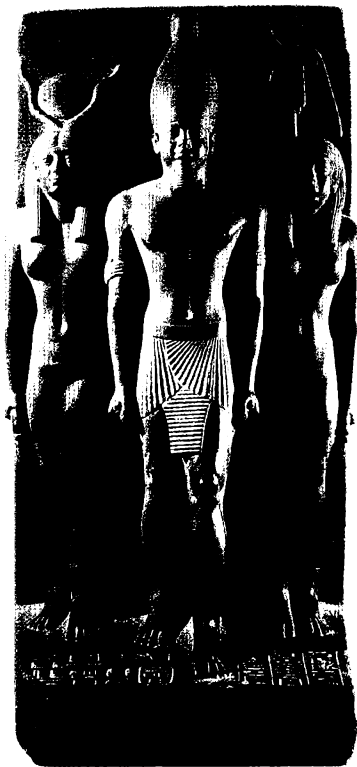


LÁMINA IV. Micerino junto a Hathor y una diosa local



LAMINA V. Pirámide escalonada de Djoser

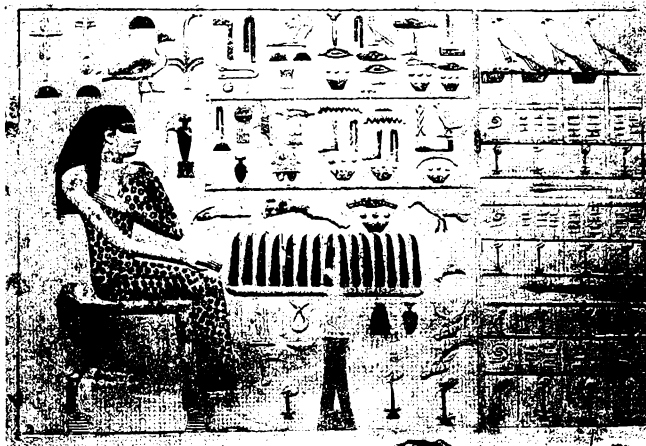


LÁMINA VI. Detalle de la estela de falsa puerta de Nefertiabet
(Museo del Louvre)



LÁMINA VII. Escultura de un matrimonio



LAMINA VIII. Escriba sentado (Museo del Louvre)

hablar del respeto hacia la mujer y el matrimonio, elogiándose el amor por la familia y los hijos; pero éste era uno de los preceptos de Maat, y su representación puede no reflejar la realidad, del mismo modo que estas escenas pueden estar expresando el deseo de conservar los lazos familiares y disfrutar conjuntamente en una vida futura y no una situación cotidiana.

Pero es posiblemente en las escenas agrícolas, las más abundantes, en donde la diferencia entre simbolismo y realidad cotidiana puede apreciarse con mayor claridad. La imagen de unos campesinos felices, trabajando los campos y disfrutando de los dones del país es idílica, pero es difícil concebir así su existencia, por lo que lo que se puede estar representando es: a) la fertilidad de los campos de Osiris a donde la persona va a descansar; b) que la persona enterrada, que nunca es un simple campesino, ha protegido a sus trabajadores y esta así justificando sus acciones terrenales; c) que esas escenas sirvan para que el Ka de la persona se alimente del Ka de lo representado. Cualquiera de estas opciones nos aleja de una interpretación histórica y nos remite a una intencionalidad.

Dentro de esta funcionalidad, en el Reino Antiguo encontramos numerosas representaciones de la persona delante de un conjunto de registros con textos y escenas, los cuales podían ser leídos y tomados por el Ka al encontrarse en su campo visual (fig. 19), y le permitían expresarse ante los dioses, comunicar sus sentimientos, etc.

Pero es el «decoro» que rige en el lugar donde se realiza una obra de arte lo que permite llegar a comprender la intencionalidad de lo representado, pudiendo tomar como ejemplo las estelas de falsa puerta (véase lám. VI). En ellas el difunto puede ser representado en dos actitudes: con una flor de loto en la mano o con la mano sobre el

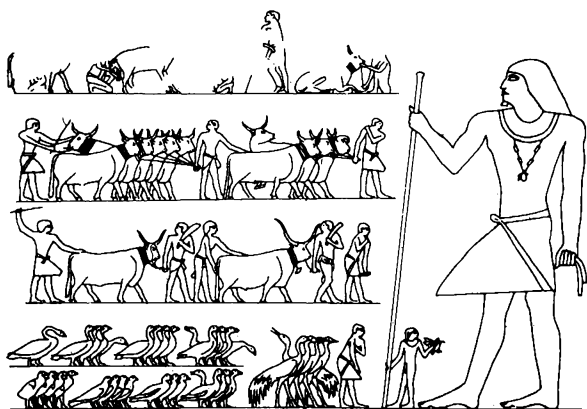


FIGURA 19. Presentación de ofrendas funerarias al noble Ptahhotep (según Davies)

cuerpo como manifestación de agradecimiento; pero ¿por qué una flor de loto? La razón debemos buscarla en que el loto cierra sus pétalos durante la noche para protegerse del frío, volviéndose a abrir al amanecer, simbolizando el carácter cíclico de la vida y la resurrección.

Otros ejemplos de simbolismo a partir de la observación del medio geográfico pueden ser:

1. La caña, símbolo del Alto Egipto, debido a que en las regiones cálidas, y después de una sequía, es la primera planta que vuelve a brotar en los ríos, simbolizando la prosperidad y fecundidad que se avecina.
2. Los babuinos, animales utilizados por los egipcios como guardianes pero que también están asociados al ciclo solar diario, al proferir gritos al amanecer que «simbolizan» su alegría ante la aparición del sol.

3. La utilización de columnas con forma de papiro, loto o palmera que abiertos pueden estar simbolizando al propio Egipto y su geografía, identificándose al Alto Egipto con el tronco y al Bajo Egipto con la copa.
4. En escenas reales encontramos desde el predinástico la identificación del rey con una fuerza de la naturaleza, las llamadas «personificaciones emblemáticas», pudiendo así un toro estar derribando las murallas de una ciudad, como en la Paleta de Narmer (véase fig. 4).

Dentro del simbolismo y función del arte egipcio no debemos olvidar dos aspectos muy importantes, el color y los materiales, que confieren un mayor poder simbólico al objeto o escena al mismo tiempo que limitan aún más la libertad del artista.

Respecto a los colores, al igual que sucede en nuestros días, la contemplación de un edificio o de una pintura despierta diferentes sensaciones según los colores utilizados, y cada sociedad desarrolla su propia estética acorde con el medio geográfico en el que vive. Por desgracia, son pocos los relieves y escenas que conservan su policromía, lo que no debe hacernos olvidar su importancia, ya que, al igual que el Partenón de Atenas, todos estos monumentos tendrían una policromía muy variada que resaltaría aún más su simbolismo, sin poder olvidar que lo representado tenía una función, por lo que debía serlo lo más fielmente posible, con sus colores originales.

En un medio geográfico como el egipcio el color está presente en la vida cotidiana, separando por ejemplo el área de vida del desierto. Tradicionalmente, solamente se hace referencia a la utilización del rojo y a su identificación con el desierto y el dios Seth, considerado la encar-

nación del mal, pero el resto de colores tiene su simbolismo: el amarillo del sol, el azul del Nilo, el negro de la tierra fertilizada con las crecidas, el verde de la fecundidad. Es cierto que esta gama de colores es la básica y está presente en la mayor parte de las culturas, pero también lo es que en Egipto adquiere un simbolismo mayor.

Respecto a los materiales, un ejemplo puede ser la utilización de basalto como pavimento en muchos de los templos funerarios de las pirámides. Su utilización puede responder al color negro de esta piedra, que simboliza así la regeneración, por lo que algunos egiptólogos la han puesto en relación con Geb, el dios tierra, y el papel que esta divinidad tiene en algunos pasajes de los Textos de las Pirámides con respecto al ascenso del Faraón al más allá.

Todos estos aspectos simbólicos e iconográficos se enmarcan dentro de unas escenas y modelos narrativos, pero al igual que el contexto arqueológico es fundamental para comprender en su totalidad al objeto, una obra de arte antigua debe ser entendida y explicada desde el punto de vista de su intencionalidad, recordando que lo que quiere transmitir esconde su conocimiento del medio geográfico y su filosofía. Es cierto que en muchas ocasiones las escenas son repetitivas al tener una misma intencionalidad, pero ello no debe hacernos pensar que el arte egipcio es inmovilista, salvo que lo interpretemos desde la mera descripción.

Escenas y narración

Las escenas, tanto en las tumbas como en los complejos funerarios o en los palacios, responden a un programa iconográfico que, en muchas ocasiones, se originó en el

Reino Antiguo, incluso antes, como en la Tumba 100 de Hierakómpolis, evolucionando con el paso del tiempo junto a los cambios que en la concepción de la monarquía, las creencias funerarias y en las actitudes sociales se sucedieron en los más de tres mil años de historia faraónica. Es cierto que se conservaron y respetaron algunas de las líneas maestras con que fue concebida una composición artística, pero también existió una evolución. Tal es el caso de las escenas de derrota a los enemigos del caos o las del Faraón junto a los dioses, dispuestas en un espacio concreto, el templo o palacio, pero cuya ubicación dentro del conjunto arquitectónico podía modificarse según la intencionalidad política o ideológica del momento histórico, siendo significativo que no sea hasta el Reino Nuevo cuando la victoria sobre los nueve arcos (cf. cap. 9) sea representada en los pilonos o las acciones reales adopten una monumentalidad inexistente hasta entonces.

Las primeras escenas, dejando a un lado las halladas al aire libre en los *wadis* o abrigos rocosos y que cada vez despiertan más la atención por anticipar algunos motivos faraónicos, las encontramos en la cerámica decorada de Nagada II, que, debido a su contexto funerario, debían tener una intencionalidad religiosa, y en las que podemos apreciar la capacidad de los artistas al aprovechar un espacio tan reducido.

Respecto a los objetos protodinásticos, nos informan de la evolución de la sociedad, de unos festivales, de unos símbolos de poder y de la aparición de la proporción jerárquica, entre otros aspectos, pero en ellos puede observarse una variedad en los temas y en la disposición de los elementos decorativos que, a medida que el Estado y la realeza van consolidando su posición, van viéndose restringidos, debiéndose limitar el artista a aquellos que le

va imponiendo la emergente clase dirigente. Posiblemente sean la Paleta y la cabeza de maza de Narmer, junto a la de Escorpión (fig. 20), las que mejor reflejen el final de una evolución y la fijación definitiva de unos cánones y de unas reglas que ya no podrá abandonar el artista egipcio durante mucho tiempo. En estos objetos todavía se percibe un deseo narrativo, y las acciones se relacionan unas con otras, pero también comienza a manifestarse una intención en la actitud del Faraón, en sus gestos y símbolos, los mismos que después se convertirán en canon.

En la Paleta de Narmer el rey aparece en una proporción mayor, con unas insignias faraónicas (las coronas del Alto y del Bajo Egipto), unas vestimentas propias de una posición social, el simbolismo del Serekh, los primeros signos jeroglíficos, que sirven para identificar lo narrado, la personificación emblemática del monarca con



FIGURA 20. Cabeza de maza del Rey Escorpión (según Cialowicz)

un toro, el dominio de los animales fantásticos y, por extensión, de la naturaleza, la victoria militar sobre unos enemigos y todo ello bajo la vigilancia y aprobación de la diosa Hathor (véase lám. II).

Por tanto, estos objetos marcan el final de una evolución y el comienzo de unos cánones que regirán el arte y la historia de Egipto desde la I hasta la V dinastías, adoptando las escenas un carácter ritualista, sin ninguna intencionalidad narrativa: el rey propiciando el mantenimiento del orden. Como señaló Gaballa, al existir una monarquía divina los actos de ésta son eternos, ritualistas, repitiéndose las escenas y las actitudes, sin importar el tiempo, lugar o cualquier otra consideración, lo que conlleva la ausencia y limitación de un sentido narrativo.

Debemos esperar a la V dinastía para comenzar a detectar un cambio, tanto en los temas como en la propia ordenación de las composiciones, siendo lógico que éste sea más apreciable en las provincias, no en Saqqara o en la región menfita, debido a que en ellas el artista tendría mayor libertad y estaría menos determinado o influido por unas escuelas y tradiciones; posteriormente, éstos serán las escenas y motivos que adoptará la realeza en los reinos Medio y Nuevo.

En los templos funerarios y solares de los faraones de la V-VI dinastías encontramos una mayor narración, aunque es en el ámbito real donde menos apreciable resulta este cambio. Aun así, encontramos las mismas escenas de carácter ritual que en épocas anteriores junto a otras nuevas, como en el templo solar de Niuserre (V dinastía), donde aparecen escenas de caza y pesca en los pantanos, agrícolas o ganaderas. Es cierto que éstas pueden estar simbolizando la acción benéfica del sol sobre

todas las actividades agrícolas y económicas, pero ya se ha introducido un cambio.

En el ámbito privado anterior a la V-VI dinastías encontramos temas relacionados con el más allá, especialmente la representación de la persona delante de una mesa de ofrendas, pero no existe una variedad en los temas, actitudes o número de escenas, al mismo tiempo que en el reinado de Keops, cuando la realeza alcanzó su mayor grado de centralización, las representaciones de la vida diaria experimentan un declive.

A partir de la V dinastía y, especialmente, en el tránsito a la VI, la descentralización favoreció el desarrollo de las necrópolis provinciales y la concepción osiríaca comienza a ser dominante. En las tumbas comienzan a aparecer las biografías de nobles relatando su vida administrativa, y en las paredes, escenas relacionadas con todo tipo de actividades económicas o manifestaciones de la vida privada, siempre de acuerdo con el decoro del lugar, pero favoreciendo el surgimiento de nuevos temas, pudiéndose representar desde el asedio de una fortaleza con la lógica desesperación de sus habitantes (fig. 21) hasta el trabajo en los talleres artesanales, escenas en las que hay un mayor movimiento.

La biografía de una persona conlleva la representación de los ciclos de su vida, desde la infancia hasta la vejez, enmarcándose en este contexto las numerosas escenas familiares conservadas, tanto en relieve o pintura como en estatuaria. Los niños serán representados con una coleta, desnudos o con un dedo en la boca, actitudes propias de su edad, y son estas escenas infantiles las que, lógicamente, ofrecen una mayor libertad y movimiento.

El siguiente paso es la madurez, la esbeltez, la autoridad, y es en este momento de la vida cuando la persona es repre-



FIGURA 21. Captura de una ciudad palestina defendida por mujeres

sentada con el llamado «ideal de belleza egipcio»: joven, hombros de perfil, cintura estrecha. El último estadio de la vida, la vejez, conlleva la pérdida de esos ideales de la juventud, y entonces aparecen la corpulencia, los pliegues del estómago con la grasa acumulada, la no representación de los hombros en perfil... pero todo ello reflejando la autoridad, la sabiduría y la posición social alcanzada.

Igualmente temas hasta entonces reservados a la realeza pasan al ámbito privado, lo que les confiere un mayor movimiento y variedad en la composición, como las escenas en que se representa la caza del hipopótamo, cuyo simbolismo ya hemos analizado (véase fig. 8).

Por tanto, en un principio fue desarrollándose un arte destinado a una nueva forma de gobierno, el Estado, y a

una nueva institución, la monarquía, lo que provoca que las escenas y las actitudes vayan haciéndose más restringidas; por ello, la constatación de una evolución en sentido contrario, la «apropiación» por parte de un sector de la nobleza de unos temas tradicionalmente reservados y adscritos a la realeza, nos informará de unos cambios en la estructura política, social y económica de Egipto.

Finalmente, y debido a la intencionalidad del arte egipcio, no suelen aparecer escenas o temas «molestos», como aquellos referidos al hambre, enfermedades o ancianidad, y cuando lo hacen es en contextos en los que el propietario de la tumba desea expresar que gracias a su trabajo se ha evitado el hambre o describir una situación a la que se enfrentó y a la que dio solución.

El artista

Hasta ahora hemos visto cómo la capacidad técnica del artista estuvo durante mucho tiempo limitada, sin que ello implique que posteriormente alcanzara gran libertad. No existe una concepción artística, y el anonimato preside su trabajo, y se limita a plasmar unas ideas y esperanzas más allá de sus posibles inquietudes artísticas o deseos de encontrar nuevos medios de expresión.

Todo lo que el artista ejecutaba contribuía al mantenimiento del orden y debía realizarse de acuerdo con unos cánones y normas. En egipcio no hay ninguna palabra que pueda traducirse por «artista». El escultor es «el que da vida», y realizar algo con las manos se describía como «dar a luz», lo que ya nos da una idea de su función: que lo representado tenga vida para cumplir su misión. No hay que olvidar que en ceremonias como la de la Apertu-

ra de la Boca se procedía a que la estatua y la momia recuperaran o adquirieran sus capacidades físicas, lo que explica que las esculturas tengan ojos incrustados.

Ello explica quizá por qué muchos artistas tenían el título de sacerdotes, el patrón de los artesanos era Ptah, el dios que según la cosmogonía menfita había dado vida a través del pensamiento, de los sentimientos.

Pero ¿cuál era la consideración social del artista? A juzgar por el hecho de que en las dos primeras dinastías, entre las tumbas que rodean a la del Faraón, encontramos algunas de artistas, podría deducirse que sería elevada, si bien su presencia también podría explicarse por la necesidad que el Faraón podía tener de ellos en el más allá.

Una excepción al anonimato es la de Imhotep, cuyo nombre aparece íntimamente ligado al de Djoser; pero debemos esperar a la VI dinastía para encontrar a algunos artistas, o artesanos, que habiendo participado en la construcción y decoración de alguna tumba privada, sean representados junto al servicio doméstico de la persona allí enterrada.

Técnicamente, y a pesar de sus limitaciones, debemos sentir admiración por su trabajo, no sólo por proporcionar una naturalidad a unas figuras que reúnen elementos extraños o diferentes, como en el caso de los dioses, sino también por las condiciones en que debían realizar su tarea, muchas veces en lugares oscuros y profundos.

La piedra como material de la eternidad determinaba mucho el trabajo del artista (fig. 22), pero en ocasiones le planteaba menos problemas que, por ejemplo, la madera, pues en el primer caso podía moldear el bloque, mientras que una escultura de gran tamaño en madera requería que las uniones entre las diferentes piezas fueran disimuladas, máxime ante la carencia en Egipto de grandes tro-

zos de madera. Los materiales también influían en las técnicas utilizadas, explicando igualmente en ocasiones las posibles diferencias entre distintas regiones de Egipto. Así, el relieve en las tumbas es dominante en la región menfita, algo que puede ponerse en relación tanto con la existencia de una tradición como con la calidad de la piedra, mientras que en las provincias se prefiere la pintura, aduciéndose que es más barata y rápida, aunque también debía influir el hecho de que la piedra fuese de menor calidad.

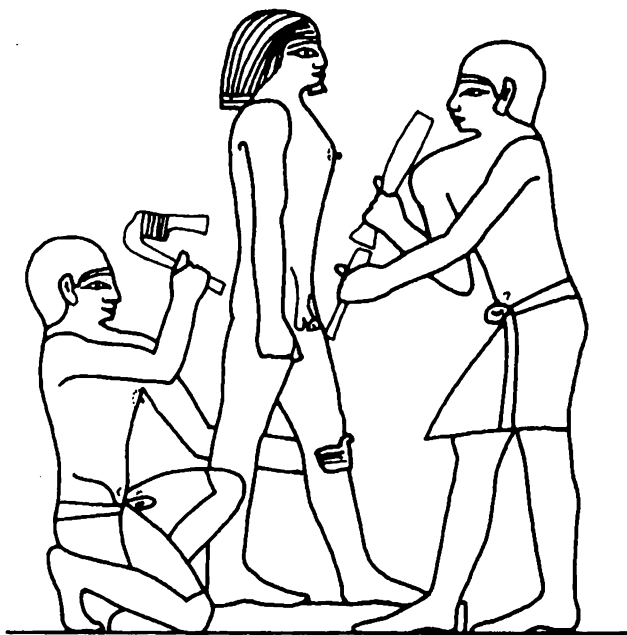


FIGURA 22. Artesanos tallando una escultura

Respecto al cambio del adobe por la piedra, además de representar un deseo de eternidad, implicaba algo más, ya que la no utilización de aquél o de otros materiales blandos limitó la capacidad del artista de moldear, y el trabajo de la piedra acabó determinando la importancia del contorno, de la línea.

Como una norma, antes de realizar su obra en la pared de un templo o tumba, el artista procedía a cuadricular la superficie, permaneciendo todavía en algunas tumbas esta labor, y a continuación realizaba los esbozos. El siguiente paso variaba en función de que la escena fuese realizada en bajorrelieve o en altorrelieve, aun cuando generalmente el primero era ejecutado en las escenas exteriores y el segundo en las interiores, lo que permitía al artista jugar con la luz, aunque la dureza del material también era tenida en cuenta.

Pero, como en tantos otros aspectos de la cultura egipcia, la V dinastía introdujo cambios en el trabajo del artista, obligándole a desarrollar nuevas técnicas que le permitieran dar respuesta a lo que comenzaba a ser demandado de su habilidad. Así, hemos mencionado que el artista procedía a cuadricular la superficie que iba a ser decorada, pero esto no se constata con anterioridad al Reino Medio, aunque los primeros pasos e investigaciones se observan ya en la V dinastía (fig. 23). En concreto no se procede a cuadricular la superficie, sino a trazar unas líneas horizontales, casi siempre ocho, que sirven de referencia para la ubicación de distintas partes del cuerpo; pero, como se trata todavía de una fase de experimentación, no siempre es igual el número de líneas, y, además, observamos que algunas composiciones son realizadas sin ningún punto de referencia, lo que explica que las realizadas entre la V dinastía y el comienzo del

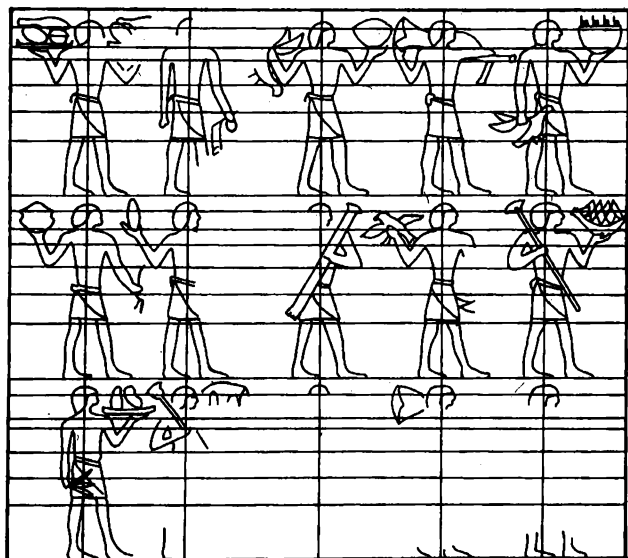


FIGURA 23. Escena de la capilla de Snofruhotep donde se aprecia el cuadrículado de superficie

Reino Medio reflejen una mayor libertad en el trabajo del artista.

La razón para entender estos cambios y la búsqueda de unas normas que permitan y faciliten el trabajo del artista pueden deducirse fácilmente a partir de todo lo expresado hasta ahora sobre la dinámica y evolución del Reino Antiguo. La V dinastía marca el inicio de una incipiente democratización funeraria, y los nobles comienzan a decorar sus tumbas con escenas agrícolas y otras relativas a sus acciones terrenales, temas nuevos que no se habían planteado hasta entonces. Es por ello cierto que no existen dos capillas funerarias con la mis-

ma decoración, lo que puede interpretarse por algunos como que el artista tenía una libertad; en realidad eso demuestra que el artista debía responder a demandas diferentes y enfrentarse a problemas técnicos distintos en cada caso.

7. Administración, sociedad y economía

Como ya hemos tenido ocasión de expresar, los complejos piramidales no sólo deben ser admirados por su grandiosidad, sino también por la capacidad administrativa, de organización y de planificación que conllevaba su construcción, decoración y mantenimiento; ello ha contribuido a la consideración del Reino Antiguo, y de la IV dinastía en particular, como el período de máxima centralización del país, con una administración y unos funcionarios que controlaban todas y cada una de las actividades económicas, además de supervisar el trabajo de la población con vistas a la realización de obras públicas, entendiendo éstas como la propia construcción de las pirámides, la creación, mantenimiento y limpieza de una infraestructura hidráulica o la organización de expediciones comerciales o militares al exterior.

Si a esta visión del Reino Antiguo, establecida a comienzos de nuestro siglo y desde la perspectiva de las pirámides, le unimos la consideración divina del Faraón y la creencia de que Egipto, al depender del Nilo y

su crecida anual, debió de desarrollar una administración en todo momento conocedora de los recursos de que disponía, tendremos los elementos suficientes para calificar al Estado faraónico como despótico, centralista y, por algunos, esclavista; ello explica que los planteamientos marxistas encontraran en el Reino Antiguo un lugar ideal donde aplicar el llamado «modo de producción asiático», y definieran a Egipto como una civilización hidráulica, siendo una de sus características la existencia de una administración centralizada.

Esta interpretación histórica paralela al «esplendor» de unas construcciones y de unos faraones considera que durante los períodos de centralización existió una cultura material homogénea, una monarquía fuerte con importantes vinculaciones con los dioses y una prosperidad económica basada en la existencia de una administración capaz de organizar al conjunto de la población. Por el contrario, los períodos de descentralización se explican por la ausencia de una monarquía fuerte y estable, un declive cultural y una administración lejos de estar centralizada, coyunturas que eran aprovechadas por los «odiosos» asiáticos para penetrar y asentarse en las ricas márgenes del Nilo, al tiempo que el hambre hacía su aparición en Egipto ante la inexistencia de una política hidráulica nacional.

Por tanto, el «mito» de que Egipto basó su prosperidad en una administración muy centralizada ha dominado la investigación y la visión popular de su civilización, algo que no debe extrañarnos, ya que el propio Estrabón (XVII, 1, 3) apuntó que aun con unas crecidas escasas del Nilo, una buena administración era capaz de garantizar la prosperidad de Egipto.

La administración y los funcionarios

Un aspecto que hay que valorar en su justa medida es que el Estado faraónico se establece sobre una superficie geográfica que, aunque delimitada en torno a una estrecha franja aluvial, es muy extensa. Las ciudades-Estado sumerias, los palacios minoicos o micénicos, así como las *poleis*, nos han legado numerosa información sobre su administración, comercio y funcionamiento; pero estamos ante estructuras políticas diferentes, con su propia administración, mientras que un Estado territorial centraliza los recursos y las decisiones, siendo ésta la razón por la que, aparentemente, el mundo mesopotámico, o de Siria-Palestina, parece más desarrollado y estructurado. El Estado faraónico emerge con la unión, o conquista, de diferentes entidades territoriales, creándose una administración estatal que, al menos, da la sensación de estar siempre presente sobre la sociedad y sus actividades, y, si no tenemos la desgracia de conocer apenas los restos arqueológicos de lo que fue la capital de Egipto, Menfis, se comprenderá la ausencia de información sobre su administración y funcionamiento.

En una ciudad-Estado el nivel de participación e implicación ciudadana es mucho mayor, y la población se cohesiona en unos objetivos comunes, siendo ésta una de las explicaciones para la victoria del David griego sobre el Goliat persa en las guerras médicas. Por el contrario, en un Estado como el egipcio no es que no exista una homogeneidad, es que se dan los factores necesarios para una actuación diferenciada entre las distintas regiones, siendo más difícil controlar los recursos o ansias de unos administradores provinciales que desean una mayor autonomía.

Este asunto se agrava si tenemos en cuenta el problema de las comunicaciones. El viaje entre Tebas y Menfis se realizaba en dos semanas en la época de la inundación, pero podía durar dos meses cuando el nivel del Nilo era muy bajo. Ello implica que la administración provincial ha de conocer en todo momento las necesidades del conjunto del Estado y participar en una política común; por ello los cargos provinciales han de estar ocupados por personas de confianza del Faraón, pues además existe el riesgo de que esa administración provincial, alejada de la corte, vaya actuando libremente y sienta las bases para su progresiva independencia, primero en las decisiones y posteriormente política. Por tanto, el objetivo de todo faraón será lograr una centralización, pero cuando las necesidades obliguen a que las provincias adquieran unas funciones y una importancia, aquél deberá ir acentuando su presencia en ellas, bien mediante viajes periódicos, bien con manifestaciones de su poder, lo que acontecerá a partir de la V dinastía, siendo con Merenre cuando se constata el primer viaje de un faraón a las regiones del sur¹.

Al hablarse de la estructura administrativa y social del antiguo Egipto la forma piramidal se utiliza como elemento visual de lo que sería característico, pero dicho modelo puede no reflejar la situación real en momentos determinados, como a finales de la VI dinastía, cuando el poder e influencia de algunos nomarcas es mayor que la del propio Faraón y su corte.

1. Lo mismo sucederá en el Reino Nuevo, cuando el Faraón gobierne desde Menfis pero tenga que ir periódicamente a Tebas, la capital religiosa, bien para visitar los progresos que se hacían en la construcción de su tumba en el Valle de los Reyes, bien para la celebración del festival Opet, el más importante de Egipto.

Dentro de la administración cabe destacar a dos cargos: el visir y el escriba. El primero puede ser identificado como el primer ministro, la mano derecha del Faraón, y era el encargado de dirigir la administración. De la XVIII dinastía conservamos las llamadas «Instrucciones al Visir»; aunque de un período posterior, las funciones y obligaciones allí reflejadas pueden mostrarnos cuáles eran ya sus responsabilidades en períodos anteriores. Respecto al escriba, es un elemento esencial para el buen funcionamiento de toda administración; baste recordar la importancia y consideración social que tienen en diferentes culturas, como la minoica, la micénica o la mesopotámica, debido a que el acceso a la escritura era muy limitado en la Antigüedad y a la necesidad que toda administración tiene de anotar las incidencias, tanto del transcurso de una construcción como de los resultados obtenidos tras una cosecha, algo que incluso los faraones dicen realizar en su deseo de mantener el orden cósmico.

Una de las posibilidades de que disponemos para conocer el funcionamiento de la administración egipcia es rastrear la existente durante el período tolemaico, que, aunque desarrolló nuevos mecanismos introducidos desde el mundo griego, también mantuvo prácticas egipcias al tener que gobernar los Tolomeos sobre un territorio extenso, nuevo para ellos y donde el conjunto de la población era ajena a su lengua y costumbres y disponer los mecanismos necesarios para la recogida de impuestos o la planificación de las cosechas. En algunos aspectos la descripción de la administración tolemaica, en los términos en que lo hace por ejemplo Rostozeff, recuerda al Egipto faraónico, con censos bianuales de ganado, una pléyade de funcionarios recogiendo y estableciendo im-

puestos y las expediciones a minas y canteras controladas y dirigidas por la corte, y también las funciones que los *dioecetes*, *strategoi* y *chrematistai* desempeñaban en dicha administración son similares a las de los funcionarios egipcios.

Pero a pesar de los paralelos que podamos establecer con etapas históricas posteriores, en ningún momento debemos pensar que durante el Reino Antiguo existió una clase funcional muy numerosa, tampoco lo era la clase sacerdotal. Es cierto que con el paso del tiempo y las nuevas necesidades a las que el Estado tendrá que ir haciendo frente la primera irá aumentando en número; pero, como señala Roth, el sistema de rotación de trabajadores no permitió la creación de una clase funcional a tiempo completo, que, posiblemente habría sido más barata y eficaz pero también más peligrosa, al crear un funcionariado poderoso e independiente, como sucedió en algunos momentos históricos posteriores.

En relación al funcionamiento de la administración, una de las ciencias auxiliares de la historia, la prosopografía, ampliamente utilizada en los estudios clásicos, no ha encontrado en la egiptología, como otras ciencias sociales, el eco y la importancia que merece. Los trabajos de Baer, Strudwick y Kanawati sobre la administración del Reino Antiguo sí han utilizado las listas de funcionarios y sus lazos familiares para comprender mejor su funcionamiento, y en especial las investigaciones de Kanawati han obligado a volver a plantearse las razones de la crisis surgida en este período, generalmente explicada a partir de una creciente autonomía de las provincias y la consiguiente pérdida de poder real.

a) *Período predinástico y tinita*

La evidencia sobre la labor de una administración y de unos funcionarios durante el período predinástico es cada vez mayor, no por la existencia de archivos, pero sí por los recientes estudios sobre las llamadas «marcas cerámicas», interpretadas al principio como señales de alfarero o de propiedad, aunque los estudios de Van der Way han demostrado que su función era determinar el contenido, las regiones de producción y su destino final, lo que denota un control sobre la producción, almacenaje y distribución que se corresponde con el tipo de economía redistributiva que caracterizó al mundo egipcio.

La aparición de la moneda es un fenómeno tardío en el Próximo Oriente que solamente se constata con la llegada de los griegos a Egipto. Con anterioridad, el pago en especie mediante raciones dominaba la organización del trabajo y de los intercambios. En el mundo mesopotámico del IV milenio existe un tipo cerámico, llamado *bread moulds*, que era utilizado para el pago de raciones a todas aquellas personas que dependían de una institución o trabajaban para ella, bien el templo, bien el palacio, relacionándose su aparición y desarrollo con la creciente complejidad administrativa primero del mundo Uruk y después sumerio; este tipo cerámico también se encuentra en Egipto, por lo que asimismo puede hablarse del pago de raciones a funcionarios y otras personas.

Otra evidencia de la existencia de una administración y unos funcionarios la tenemos en la recientemente demostrada colonización egipcia de Palestina meridional a finales de Nagada III y durante la primera mitad de la

I dinastía. Durante este tiempo se crearon una serie de asentamientos en el Delta oriental destinados a garantizar la recepción y envío de los productos, mientras que en la localidad palestina de 'En-Besor existió una residencia administrativa egipcia, que conserva restos de las etiquetas utilizadas por los funcionarios egipcios para clasificarlos.

Pero a pesar de todo, nuestro conocimiento es muy escaso. Disponemos de diferentes títulos administrativos mencionados en las etiquetas de marfil y otros materiales, pero poco podemos deducir de ellos y de las escenas que los acompañan.

A este período pertenece la célebre cabeza de maza de Escorpión (véase fig. 20), en la que el rey está procediendo a la apertura de un canal, lo que se ha considerado como una prueba del interés del Estado por la realización de unas obras hidráulicas y la consiguiente consideración de Egipto como un país hidráulico, no económicamente, lo cual es obvio, sino en su organización administrativa y social. Sin embargo, éste es el único documento que nos informa de la realización de trabajos hidráulicos, y así mismo Atzler y Eyre han demostrado que son muy pocos los títulos administrativos relacionados con la excavación de canales, diques o acequias, tanto en este período como a lo largo del Reino Antiguo.

Igualmente, no podemos olvidar que en este momento histórico, comienzos de la I dinastía, se establecieron las bases de lo que sería la capital tradicional de Egipto, Menfis, y que el rey pudo ser representado poniendo los cimientos de algún edificio oficial, un palacio o templo. En íntima relación está la llamada «Paleta Libia» (fig. 24), interpretada tradicionalmente como la destrucción de unas ciudades durante las guerras que culminaron con la

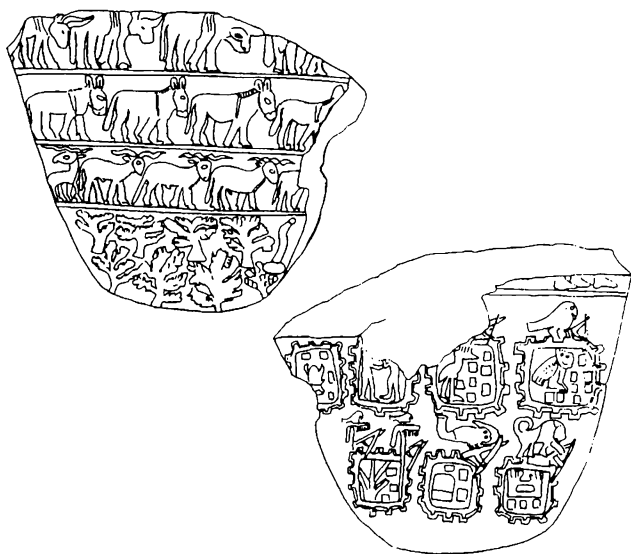


FIGURA 24. Anverso y reverso de la Paleta Libia

unificación del país, pero que Bietak considera un acto de fundación de ciudades, máxime cuando los animales representados en la parte superior de cada una de ellas portan una azada, un útil que no posibilitaría la destrucción.

Éste es un aspecto muy interesante, ya que durante las dinastías 0 y I, el Faraón y su incipiente administración no sólo tendrían que establecer las bases ideológicas sobre las que se desarrolló la civilización faraónica, sino también el esquema político y administrativo, con la construcción de residencias oficiales, centros que dieran respuesta a las nuevas necesidades que conlleva el paso de

un territorio fragmentado políticamente a otro unificado o templos donde realizar los ritos y ceremonias asociados al cargo de faraón.

b) *Tercera y cuarta dinastías*

Según la tradición, Menes, el mítico fundador del Estado y primer faraón, fundó la ciudad de Menfis, en un lugar geográficamente equidistante entre el Alto y el Bajo Egipto; pero fue en realidad con la III dinastía cuando Menfis se convirtió en la capital administrativa de Egipto. Por desgracia, apenas conocemos algo sobre Menfis durante el Reino Antiguo, y poco más con posterioridad.

El establecimiento de una nueva capital, consecuencia además del proceso integrador de unos territorios anteriormente independientes, conlleva la necesidad de construir una serie de dependencias públicas en las que los funcionarios puedan desarrollar su trabajo, unos archivos para guardar la información y unos almacenes que permitan pagar a las personas dependientes del Estado, básicamente artistas y funcionarios, pero también la de formar una guardia personal, personal doméstico o de entretenimiento, comerciantes, etc.; en definitiva, lo que en los ámbitos mesopotámicos o del Egeo se conoce como «una estructura palacial», sea ésta de tipo sagrado o no.

Hasta el momento poco sabemos acerca de cómo se articularon estas necesidades, aunque podemos deducir que la administración disponía de todo lo necesario para proporcionar a sus trabajadores tanto los materiales que requerían para su labor como sus salarios en especie, pese a la ausencia de archivos. La propia construcción de las pirámides y todo lo que ella conllevaba, junto al mantenimiento del cul-

to funerario, suponen la existencia de una administración, es cierto que centrada en las necesidades del Faraón, que en este momento histórico se identifica con el Estado.

De los estudios realizados, como el clásico de Kaplony sobre los títulos administrativos de las dos primeras dinastías, se desprenden muchos títulos pero nada de su contenido o funciones.

Toda la información procede de las tumbas, pues la persona recogía los cargos desempeñados, y confirma que la administración estaba centralizada en Menfis y que hasta comienzos de la V dinastía los gobernadores provinciales tuvieron a su cargo más de un nomo, incluso en ocasiones nomos del Alto y del Bajo Egipto, a los que acudían esporádicamente y dirigían desde la corte, algo que se ha explicado como el deseo del Faraón de tener cerca, y bajo su control, a estos altos funcionarios y evitar así problemas internos.

Estos altos cargos de la administración eran nombrados directamente por el Faraón y en un principio no fueron hereditarios, de modo que aquél podía nombrar a otra persona y no al hijo; en cualquier caso los principales cargos estaban copados por familiares del rey. Lógicamente, estos funcionarios no recibirían el mismo pago en especie que el conjunto de los trabajadores y obtendrían del Faraón desde tierras, con sus propios trabajadores, hasta el derecho de disponer de los artistas de la corte para la elaboración de su tumba, relieves y ajuar funerario.

Pero a pesar de la centralización y el desarrollo de una vida organizada alrededor de la corte, el paso a la forma piramidal como lugar de enterramiento conllevaba la necesidad de disponer de unos materiales y unos recursos que en muchas ocasiones no podían obtenerse en Menfis y sí en las provincias. Por ello a partir de la III dinastía se observa una

mayor presencia del Estado en la administración provincial que, si bien no se refleja en unas construcciones reales, sí en cambio en un progresivo control de los recursos, imprescindible para la edificación de los complejos piramidales. La misma organización de expediciones para la obtención de los productos necesarios, el movimiento de población o el propio traslado y tallado de los bloques de piedra nos hablan de la capacidad administrativa, sin poder olvidar que estos trabajadores debían ser alimentados y alojados, por lo que el Estado tenía que proporcionarles todos los productos y útiles que necesitaran para su trabajo.

Gracias a los llamados «Decretos de Exención» podemos comprender la centralización administrativa y de recursos que existió en Egipto en estos momentos. Al analizar los complejos piramidales vimos cómo cada faraón establecía unas «fundaciones piadosas» destinadas al mantenimiento de su culto y en las cuales desempeñaban su tarea todo tipo de personas que estaban obligadas a trabajar para el Estado siempre y cuando éste lo requiriera (cf. el epígrafe dedicado al trabajo); pero a medida que avanza el Reino Antiguo los faraones emiten dichos decretos, por los cuales liberan a todas las personas dependientes de ellos de participar en cualquier actividad pública; decretos que, aparentemente, debían ser renovados temporalmente por cada faraón.

No permito que ninguna persona con autoridad pueda tomar a ninguno de los sacerdotes que se hallan en el distrito en el que tú estás para la corvea de la tierra, ni para ninguna (otra) obligación de trabajo del distrito, con excepción de la realización de los ritos para su dios en el templo...

No permito que persona alguna con autoridad pueda imponer obligaciones de trabajo alguno a ninguno de los «Campos del Dios»...

Las corveas eran utilizadas por la administración central para la realización de «obras públicas»; pero lo que nos interesa en estos momentos es comprobar cómo los funcionarios de la administración central podían requerir cualquier tipo de trabajo del conjunto de la población, desprendiéndose de ello un control absoluto de ella.

Una de las preocupaciones de la administración era la obtención de recursos con los que satisfacer sus necesidades. En una sociedad básicamente agrícola éstos eran obtenidos de los impuestos o bien de las propias explotaciones reales. Por ello, desde muy pronto, la administración desarrolló los mecanismos necesarios para su control, lo que explica la importancia que tuvieron los censos en Egipto, que en el caso de la ganadería se realizaban cada dos años¹ y que para su realización requerirían unos funcionarios que recorrieran el país.

Pero junto a la ganadería, la agricultura sería la principal actividad económica de la población, y resulta significativo que la documentación no nos proporcione casi información sobre una política hidráulica a escala nacional; aunque ésta debió de ser practicada posiblemente lo fue en el ámbito comunitario y no desde unas rígidas normas que emanaban de la administración central. La propia carencia de medios técnicos para el transporte del agua a los campos, como el *shaduf* (una especie de noria), que no aparecerá hasta el Reino Nuevo, refleja que no existía una necesidad de llenar el paisaje egipcio de canales o di-

1. El hecho de que los censos sobre el ganado tengan tanta importancia no debe extrañarnos, ya que en todas las sociedades antiguas la posesión de cabezas de ganado era un signo de importancia social y bienestar económico.

ques, siendo el agua transportada a hombros. Ello no implica que no existiera una preocupación por el nivel de la crecida y sus posibles efectos, ya que en la Piedra de Palermo (V dinastía), se registra la altura alcanzada cada año por el Nilo.

Por tanto, la administración estuvo en Menfis, y sólo ocasionalmente, y siempre en relación con la recogida de impuestos o de productos que demandaba la corte, se observa una incidencia en las provincias. Estas últimas, conocidas con el nombre de «nomos», debieron de tener algún tipo de administración local que no nos ha legado ningún tipo de información epigráfica o funeraria.

Son muy pocos los estudios que sobre la base del concepto centro-periferia se han realizado en la egiptología, siendo el de O'Connor, realizado en 1970, el pionero y prácticamente el único. En los últimos años se han realizado en el Delta oriental prospecciones para estudiar las pautas de asentamiento y jerarquización de los asentamientos, siendo deseable que se hagan extensibles al resto del país, pero aun así algunos datos parecen desprenderse de lo conocido hasta el momento.

Como vimos, durante el período predinástico existieron unos centros en el Alto Egipto que sentaron las bases para la creación del Estado pero que, paradójicamente, experimentan un declive a medida que avanza el Reino Antiguo. El mejor ejemplo es el de Hierakómpolis, donde las investigaciones de Hoffman han constatado un crecimiento de la ciudad hasta la I dinastía, iniciándose después un abandono que permite hablar de esta ciudad a finales del Reino Antiguo como de un pequeño centro agrícola de cuya gloria e importancia sólo permanecía el recuerdo. Casos similares son los de Abidos, necrópolis real y que sólo con la democratización funeraria conser-

vó su importancia por ser el lugar donde se pensaba que estaba enterrado Osiris, o Coptos, cuyo templo dedicado a Min de la dinastía 0 nos ha legado los primeros ejemplos de colosalismo en la escultura para después diluirse. Igualmente, en el Delta oriental, donde con los comienzos del Estado se constata la creación de asentamientos en relación con el Camino de Horus, que unía a Egipto con Palestina, se detecta durante estas dinastías un vacío y abandono de muchos de estos centros.

La conclusión que puede extraerse, a la espera de nueva documentación, es que el único interés de la administración central hacia las provincias radicaba en su necesidad de obtener recursos, siendo en cierta medida ésta la dinámica que presidirá la civilización faraónica: unos centros ubicados en el Alto Egipto y que nos han legado impresionantes monumentos, la mayoría templos y tumbas, pero en los que no parece existir una gran actividad económica o administrativa, funciones que estuvieron siempre centradas en la corte, tanto por el tipo de economía redistributiva que dominó a esta civilización como por la necesidad de todo Estado territorial de centralizar los resortes y mecanismos de poder y control.

c) Quinta y sexta dinastías

La administración, sus preocupaciones y funciones evolucionan junto a la sociedad, los nuevos problemas y situaciones a los que el Estado ha de hacer frente. Por ello nunca debe olvidarse que el Reino Antiguo abarca más de medio siglo, y es lógico que existan cambios o aparezcan necesidades que obliguen a la administración a diversificar sus funciones y a tener que darles respuesta, siendo lo

que sucede a partir de la V dinastía. No es que el cambio sea radical, pero el mero hecho de producirse nos confirma una nueva dinámica, muy lenta y que posiblemente no alcance su mayor grado de desarrollo y expresión hasta el Reino Nuevo, pero que en cualquier caso demuestra que la civilización egipcia, en todas sus manifestaciones, no debe ser contemplada como algo estático, debiendo esperar al mundo clásico para un cambio y el comienzo de una evolución que llega hasta nuestros días.

El primer cambio que observamos es que hasta la V dinastía muchos de los títulos administrativos tenían un carácter ritual o religioso, pero a partir de ese momento adquieren un contenido más administrativo, como sucede con los títulos de las personas encargadas del mantenimiento del culto funerario de los faraones, en los que apenas existía una complejidad y tenían una estructura muy simple, por lo que son objeto de una mayor jerarquización.

El segundo cambio es que hasta la V dinastía la mayoría de los nobles eran enterrados en Menfis y tenían la responsabilidad de gobierno sobre diferentes provincias, y a partir de ahora serán enterrados en las provincias sobre las que gobiernan, bajo mandato real, que ya no son varias. Lógicamente, ello conlleva que estos gobernadores o visires desarrollen una administración provincial, que aparezcan unos artistas, unos comerciantes, una pequeña fuerza militar..., todo aquello que lleva parejo una administración, junto al desarrollo de unos templos locales y un sacerdocio encargado de su culto y mantenimiento.

El tercer cambio, que nos confirma que el Estado ha de hacer frente a aspectos nuevos, consiste en una mayor especialización de los funcionarios. Surgen los líderes de

expedición, encargados de planificar y dirigir las misiones comerciales o diplomáticas al exterior; los intérpretes, necesarios para el buen funcionamiento de dichas misiones; los generales o cargos militares, aunque el ejército está lejos de ser importante y profesional, etc.

Las razones para este cambio, gradual y lento, fueron varias. El descenso en la crecida anual del Nilo, que afectó especialmente a los nomos más meridionales, requirió de una mayor planificación de los trabajos agrícolas bajo la dirección del nomarca. Esta modificación climática afectó también a Nubia, donde aparece el llamado «Grupo C» que llena el vacío poblacional de la región e impide que Egipto pueda acceder libremente a sus recursos, lo que obliga a mandar expediciones, como la de Harduf (cf. *infra* «El comercio y la economía»); esto, unido a que parte de esa población se aproximaría a las fronteras de Egipto, explica la importancia que los nomos del sur de Egipto van adquiriendo para la administración central, tanto por motivos de seguridad como comerciales.

Pero no estamos ante un cambio climático regional; en Siria-Palestina y Mesopotamia también se detecta una mayor desecación que afectó a sus estructuras sociales y económicas. Comienzan a producirse movimientos de población que anticipan el posterior desplazamiento de los amorreos, identificados por algunos con los patriarcas bíblicos, que obligó a Egipto a prestar una mayor atención a sus fronteras en el Delta, bien oriental u occidental, donde las poblaciones libias también se verían afectadas por estos cambios, lo que explica la política de creación de nuevos asentamientos, tanto en el Delta occidental como central, política que Badawy pensó que gozó de beneficios fiscales por parte de la administración central.

Es decir, la administración y los funcionarios han de adaptarse a unos cambios producidos por la aparición de unas necesidades nuevas que, en opinión de Kanawati, se reflejan en una serie de reformas administrativas.

La primera tuvo lugar con Djedkare, que estableció a un visir en una posición central del Alto Egipto, así como tres centros para controlar las regiones más productivas, posiblemente con el fin de garantizar la alimentación y sustento de la población, siendo significativo que sea con este mismo rey, Djedkare, con quien aumente la importancia de Osiris, dios no solamente asociado a la resurrección sino también a la prosperidad.

Finalmente, una manifestación cultural que ejemplifica esta dinámica es la evolución de una de las herramientas necesarias para el buen funcionamiento de toda administración: la escritura. Hasta la IV-V dinastías, es la escritura jeroglífica la dominante, lo que, como puede deducir el lector, ralentizaría mucho el trabajo de los escribas y de la administración debido a su estructura. Por ello el desarrollo y auge de una nueva escritura, la hierática, nos informan de un cambio, de la necesidad de agilizar el funcionamiento de la administración con una herramienta más ágil y rápida, que surge y evoluciona a partir de la jeroglífica, aunque ambas tendrán funciones radicalmente diferentes en la sociedad egipcia.

La escritura

Escritura y civilización son dos manifestaciones culturales que han ido unidas en la historiografía para establecer la línea de separación entre lo que se considera «prehistoria» e «historia», y se establece que esta última comienza

en el momento en el que existen documentos escritos. Tanto en Egipto como en Mesopotamia los primeros indicios de escritura aparecen en la llamada «prehistoria». En el caso de Egipto, la decoración que presenta la cerámica de Nagada II (3300 a.C.) es considerada por algunos como los primeros intentos de expresar unos mensajes que, posteriormente, pasarán a la escritura jeroglífica. En estas primeras formas de emitir un mensaje, que constituye uno de los fines de la escritura, vemos un anticipo de lo que será característico en el Egipto faraónico: la utilización de la escritura para intentar asegurar a la persona su estancia en el más allá y su sustento, ya que desde un comienzo se pensaba que lo escrito era algo eterno.

La escritura, tanto en Egipto como en Mesopotamia, tuvo originariamente un carácter utilitario, basado en la necesidad de conocer los recursos de que se disponía.

La escritura no fue la invención de un rey, de un ser humano, sino de una divinidad, y simbolizaba la exclusividad, al estar dotada de un hermetismo, de un misterio que en el caso de los jeroglíficos egipcios pervive en nuestros días. Este carácter divino de la escritura está presente en la Biblia, ya que las primeras tablas de la ley que Yahvé entrega a Moisés están escritas «por el dedo de Dios» (Éx 31,18), y es contrario al mundo griego, que consideraba la escritura algo humano.

En la civilización egipcia existieron tres tipos de escritura: la jeroglífica, el hierático y la demótica, las dos primeras ya durante el Reino Antiguo, mientras que el demótico adquirió importancia a partir de la XXVI dinastía.

El carácter pictográfico de algunas escrituras próximo orientales, como la jeroglífica egipcia o el primitivo hitita, junto al hecho de que ninguna de ellas haya tenido una

continuidad, o influencia, en lenguas «modernas», han favorecido la concepción de que sus sociedades eran iletradas, y utilizaban la escritura única y exclusivamente para fines concretos relacionados con la propaganda real, el acceso al más allá o necesidades administrativas, considerándose que con anterioridad a la invención y difusión del alfabeto el propio carácter de las escrituras impedía el acceso a ellas.

Es cierto que en el Próximo Oriente el acceso a la escritura estuvo muy limitado y que, por sorprendente que pueda parecer, muchos escribas egipcios no llegaron a conocer la escritura jeroglífica, así como que los estados utilizaban la escritura con fines políticos, ideológicos o religiosos, pero ello no debe resultarnos tan extraño y lejano si tenemos en cuenta el porcentaje de personas que, hasta hace relativamente pocas décadas, podían considerarse capaces de leer o escribir o el empleo que toda sociedad, antigua o no, da a los textos que emite.

La escritura de estas culturas, como la realeza o la religión, es algo vivo y cambiante, con diferencias no temporales y espaciales. La escritura jeroglífica pervive prácticamente hasta el siglo VIII d.C., y evoluciona a lo largo de los siglos según las necesidades que van surgiendo, existiendo muchas diferencias entre la del Reino Antiguo y la del período helenístico.

Un tipo de «escritura» que va a ser característico de las civilizaciones próximo orientales es el lenguaje de los símbolos, de las imágenes, fundamental en unas sociedades en las que se calcula que solamente el 1% de los habitantes era capaz de leer o escribir y donde era necesario transmitir al conjunto de la población las acciones de gobierno y dotar así al rey de una legitimidad. Por esta razón la escritura «iconográfica» adquirió tanta impor-

tancia, más que los textos escritos, que necesitaban de un intérprete.

Desde la IV dinastía, y especialmente a partir de la V, se desarrolla un tipo de escritura más ágil que toma sus orígenes en la jeroglífica pero que va alejándose de ella; es la escritura hierática, nombre dado por Clemente de Alejandría a un tipo de escritura que en su época se utilizaba básicamente en textos sacerdotales. La razón para el desarrollo de esta escritura debe buscarse en la creciente complejidad del Estado faraónico y las limitaciones que para el buen funcionamiento de la administración implicaba una escritura tan lenta como la jeroglífica. La escritura hierática es de trazos ágiles y rápidos, que permiten el normal funcionamiento de la administración. El desarrollo del hierático implica un mayor número de escribas, que no todos necesitaran conocer el jeroglífico y unas mayores necesidades de la administración.

El desarrollo del hierático relegó la utilización de la escritura jeroglífica a templos, tumbas y todos aquellos monumentos conmemorativos de algún acto de gobierno del Faraón, lo que explica que sea principalmente el que nos ha llegado, al realizarse sobre materiales «eternos», y que de los textos jeroglíficos conservados se desprenda una imagen oficial, muchas veces alejada de la realidad cotidiana.

La importancia del escriba para el funcionamiento de la administración ya ha sido valorada, y su consideración social se desprende de esculturas como el famoso escriba sentado (lám. VIII).

En íntima relación con el trabajo de los escribas están los materiales utilizados. Así, sorprende que en Egipto no se recurriera más a las tablillas de arcilla, material abundante,

barato y fácil de preparar, lo que explica la abundancia de papiros, aunque también las ostraca son muy utilizadas.

Medu netcher, «palabra de dios», era la expresión que empleaban los egipcios para referirse a sus signos jeroglíficos, cada uno de los cuales era concebido como una obra de arte. Al igual que la escultura o el relieve, la escritura jeroglífica no tiene por objeto ser contemplada, sino que se realiza en un espacio sagrado, funerario o conmemorativo, que le confiere unas connotaciones mágicas y simbólicas.

Desde los comienzos del Estado egipcio los signos jeroglíficos intentan dar vida a unos conceptos e ideas que son imprescindibles para el mantenimiento del orden establecido en la creación por los dioses, al mismo tiempo que la escritura está en relación con el deseo de garantizarse el paso al más allá. Dentro de ese naturalismo adquiere gran importancia el color, de modo que cada signo se convierte en una pequeña obra de arte, y en muchas ocasiones los textos esculpidos en los relieves no están realizados por escribas sino por artistas.

La sociedad, la economía y el comercio

La riqueza de Egipto proviene de sus excepcionales condiciones naturales, que durante el período neolítico le permitieron obtener unos excedentes agrícolas que posibilitaron su desarrollo como Estado y civilización, por lo que las pirámides, el arte asociado a la realeza, las creencias funerarias o la religiosidad de los egipcios no deben hacernos olvidar que la práctica totalidad de la población estaría adscrita a las labores agrícolas, sin obviar la importancia de actividades como la caza y la pesca.

La agricultura y la ganadería

Las condiciones agrícolas de Egipto, en comparación con los pueblos que lo rodeaban o aquellos otros que, como el griego, fueron entrando en contacto con él, influyeron en el ánimo de los campesinos egipcios, que, viendo el mundo circundante, se sintieron privilegiados. Pero al mismo tiempo el campesino estaría temeroso por la amenaza constante que representaban el desierto, los animales que vivían en el río o cerca de la llanura aluvial y que podían destruir sus cosechas o los peligros inherentes a toda actividad agrícola. Por tanto, los campesinos egipcios no se diferenciaban mucho de los de otras sociedades en sus miedos y temores, y, como en toda sociedad, el trabajo del campo era una labor muy dura, algo que en el ámbito bíblico queda ejemplificado en el castigo divino: «comerás de él con fatiga mientras vivas» (Gén 3,17), por lo que no debemos olvidar el carácter simbólico de las escenas agrícolas presentes en las tumbas y el peligro de utilizarlas como fuente histórica.

En íntima relación con la agricultura y su rentabilidad está la densidad demográfica. Se calcula que la población egipcia no llegaba al millón y medio de personas, densidad que no sería un obstáculo a la hora de garantizar, aunque fuera mínimamente, su alimentación. Como ha demostrado Keller, amplias regiones de Egipto, como el Fayum o el Egipto Medio, permanecieron sin explotar en el Reino Antiguo, siéndolo parcialmente en el Reino Medio y especialmente en época helenística; eran tierras que en caso de necesidad habrían sido explotadas, como lo fue la llanura aluvial mesopotámica.

Esa escasa densidad demográfica y la fertilidad de los campos ayudan a entender lo primitivo de los útiles agrícolas, mayoritariamente de madera y que no serán de metal hasta la llegada de los griegos. No debemos olvidar que a mayor profundidad del surco, mayor rentabilidad de la cosecha, lo que nos informa de que los egipcios, aun con sus períodos de escasez y peligros, no debieron de emprender un desarrollo tecnológico para aumentar la fertilidad de sus campos, lo que también puede ponerse en relación con la ausencia de un Estado obsesionado por la realización de obras hidráulicas.

Como ya hemos analizado, las principales escenas que hacen referencia a esfuerzos hidráulicos pertenecen a los comienzos de la cultura egipcia, como la decoración de la cerámica de Nagada I, cuyos motivos geométricos pueden simbolizar los canales y la tierra irrigada, o la cabeza de maza de Escorpión. Que este tipo de escenas aparezca en un momento histórico en que una cultura está poniendo las bases de su Estado y organización social y económica es lógico y no nos debe sorprender. Durante el período faraónico también se realizaron obras hidráulicas, pero éstas pueden explicarse por coyunturas como el descenso en el nivel de las crecidas del Nilo, lo que justifica las obras que dicen realizar los nomarcas en sus tumbas, o por el propio hecho de que este río, como cualquier otro, ha ido modificando su curso con el tiempo, como han demostrado las recientes investigaciones en la región menfita.

Respecto a la ganadería, es el Delta la región ganadera por excelencia, aunque no se puede determinar con exactitud si existió la práctica de la trashumancia entre el Alto y el Bajo Egipto, como sucedió en el Reino Medio. La importancia de la ganadería queda reflejada en el hecho de

que muchos dioses tienen como animal sagrado forma de vaca, carnero, etc., de que el ganado figura en el nombre de cuatro nomos del Delta y de que son frecuentes las escenas en las mastabas de aquél cruzando los pantanos del Delta.

Algunos asentamientos, significativamente con datos de ocupación a partir de la V dinastía, pudieron ser creados y establecidos únicamente para proporcionar el ganado necesario para su sacrificio en los templos o en los dominios funerarios adscritos al culto de los faraones y también para fijar a parte de las poblaciones que comienzan a acercarse a Egipto debido al cambio climático, siendo significativo que en muchas escenas ganaderas aparezcan hombres con barba o rasgos que parecen denotar un origen no egipcio.

Estos asentamientos se establecen en el Delta, sobre todo occidental, y eran centros con culto ganadero que sin embargo apenas han proporcionado restos de animales, posiblemente porque sólo se consumían los que morían de forma natural. Este último es un aspecto muy importante en las sociedades antiguas, ya que uno de los principales problemas era el de la conservación de la carne; por ello el ganado era especialmente apreciado por los productos derivados, como la leche, las pieles o la misma sangre, sin olvidar su colaboración en la agricultura.

De la documentación disponible no parece desprenderse que existiera un conflicto entre agricultura y ganadería; al revés, existió una colaboración entre ambas. Las escenas nos muestran cómo se procedía a marcar el ganado, así como que el cuidado de aves tenía cierta importancia, pudiendo existir granjas en las que se procedía a su engorde para el posterior sacrificio (fig. 25).

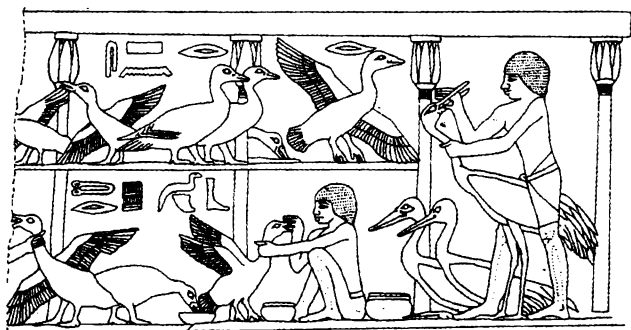


FIGURA 25. Escena de engorde

Uno de los problemas era la conservación de los alimentos, de lo cual se desprende la importancia de las salinas en el mundo antiguo, procediendo los egipcios al secado y ahumado de los productos.

Por tanto, la fertilidad de sus campos propiciaba que, dentro de sus dificultades, los egipcios se consideraran bendecidos por la divinidad que estableció el orden en Egipto, cuyas excepcionales condiciones agrícolas contrastaban con lo externo, siendo significativo que a lo largo de toda la civilización egipcia no encontremos ni una referencia a la existencia de algún manual agrícola, presente en todas las culturas de la Antigüedad, desde el mundo mesopotámico hasta el romano.

El comercio y la economía

En circunstancias normales Egipto era autosuficiente, pero al igual que la llanura aluvial mesopotámica, donde se desarrolló la cultura sumeria, carecía de productos

exóticos, entendiendo éstos como aquellos que eran demandados por la nobleza y la realeza, tanto para su disfrute personal como para la plasmación de una posición social, sin olvidar las ofrendas y objetos que debían ser dedicados en los templos y en las tumbas como parte del ajuar funerario; productos que serían obtenidos mediante las llamadas «expediciones reales», de las que hablaremos más adelante.

Respecto a las demandas del exterior, tradicionalmente se aduce que Egipto carecía de madera, pero recientes análisis han probado que disponía de la madera suficiente para cubrir varias de sus necesidades, sin olvidar que las primeras representaciones de templos nos muestran que la caña constituía su principal elemento. Respecto a la demanda de madera para la elaboración de los sarcófagos, tampoco debe olvidarse que la mayoría de ellos, a partir de la III dinastía, son realizados en piedra, y aunque en las tumbas no reales la madera era utilizada, no parece lógico pensar que el Faraón emprendiera expediciones comerciales para satisfacer las necesidades de sus funcionarios. Por otra parte, hemos de tener en cuenta que en un clima como el egipcio las termitas constituían un gran peligro, y que la madera podía sufrir desperfectos debido a la humedad de las tumbas.

Por ello el interés de Egipto por la madera se explica por la necesidad de emplearla para la construcción de barcos, que, paradójicamente, no se utilizaban en el comercio mediterráneo, sino para ser enterrados junto a las pirámides, como barcas solares con las que poder acompañar al sol en su viaje diario. Los textos egipcios nos hablan de los barcos *kbn*, el mismo término con el que se designa a la ciudad de Biblos, e indican que eran barcos palestinos los encargados de comerciar entre el Delta y la costa. Lo mismo sucederá

mayoritariamente durante la civilización egipcia, que nos muestra a comerciantes cananeos en sus barcos llegando a Egipto con sus productos. La importancia de Biblos en el comercio egipcio queda patente en el hecho de que pudo actuar como intermediaria con la cultura de Ebla en el norte de Siria, donde se han encontrado objetos egipcios con nombres de faraones de la VI dinastía, como en su mención en el mito de Osiris.

Otra cuestión radicalmente diferente es que los árboles, y su madera fueran productos muy codiciados, no sólo por motivos económicos, sino también por aspectos relativos a la vida diaria, ya que en un país y en un clima como el egipcio los árboles eran apreciados, y el permiso para derribarlos algo excepcional, siendo ésta una de las prerrogativas del visir. Por otra parte, la diosa Hathor era designada como «señora del sicomoro».

De gran importancia para el comercio era el llamado «Camino de Horus», que unía el Delta oriental con Palestina. Durante el Reino Nuevo será la ruta utilizada por las expediciones militares, pero en el Reino Antiguo constituía la vía comercial para las caravanas de asnos que transportaban a Egipto aquellos productos demandados, en especial aceite y vino. Ya durante la I dinastía se crearon una serie de pequeños establecimientos para que estas caravanas pudieran pernoctar y aprovisionarse. Es posiblemente la necesidad de proteger estos pequeños centros, así como el tránsito de caravanas comerciales por una ruta de más de 400 km de desierto, lo que subyace en algunas, o la mayoría, de las pretendidas victorias militares contra los «habitantes de la arena», pequeños grupos que sintiéndose atraídos por los productos de estas caravanas podían atacarlas. No debemos olvidar que éste ha sido el principal problema de las caravanas del de-

sierto hasta hace poco tiempo, peligro que será contemplado en los tratados diplomáticos del II milenio.

Es en Nubia donde existen más datos sobre el comercio. Dentro del establecimiento de una dinámica comercial, una de las premisas es aportar productos demandados, por desconocidos o escasos, en otras regiones. Con sus recursos, Egipto sólo podía ofrecer productos agrícolas, y ni siquiera vino o aceite, por lo que eran los productos exóticos que obtenía en África los que mayor demanda tenían fuera de sus fronteras. Por otra parte, los ritos que diariamente se realizaban en los templos requerían especias y aceites que perfumaran la habitación donde residía la divinidad e hicieran más agradable su estancia en la tierra, productos que también eran obtenidos en Nubia.

Como ya hemos comprobado, con la desaparición del Grupo A de Nubia el Estado egipcio tenía un acceso libre a la región, hasta que fue poblándose nuevamente con el Grupo C, posiblemente en la IV dinastía, como puede reflejar el establecimiento de la fortaleza de Buhen; a partir de la V dinastía Egipto tuvo que comenzar a negociar su acceso a la región, y aparecen por entonces las primeras menciones a una tierra mítica, Punt, que al igual que nuestro Tartessos estaba repleta de riquezas.

Es en la biografía de Harduf donde mejor podemos observar el funcionamiento y finalidad de estos contactos:

El Canciller del Rey del Bajo Egipto, Compañero Único, sacerdote lector, jefe de los intérpretes, que trae para su señor los productos de todos los países extranjeros, que trae para el ornamento real los tributos de todos los países extranjeros... La majestad de Merenre me envió junto con mi padre, el sacerdote lector Iry, a Yam, para abrir la ruta hasta esta tierra. Lo hice en

siete meses; traje de allí todo tipo de bellos y raros presentes. Fui alabado extremadamente a causa de ello.

Su majestad me envió por segunda vez, solo. Salí por la ruta de Elefantina y descendí por Irtjet, Makher, Terers e Irtjetj, en el espacio de ocho meses. Traje productos de este país en gran cantidad, cuyo igual jamás había sido traído hasta esta tierra anteriormente. Descendí hasta la proximidad de la mansión del príncipe de Setju e Irtjet y exploré esas tierras extranjeras. No pude constatar que hubiera hecho ningún Compañero o Jefe de intérpretes que hubieran ido a Yam anteriormente.

Me envió Su Majestad por tercera vez a Yam. Salí desde el nomo de Tinis por la ruta de los Oasis. Encontré que el príncipe de Yam había marchado hacia el país de Temehu para golpear a los Temehu, en la esquina occidental del cielo... [Envié a] un hombre para hacer que la majestad de Merenre, mi señor, supiera [que había ido al país de Temehu] tras el príncipe de Yam... Descendí con 300 burros cargados de incienso, ébano, aceite, hekenu, sat, pieles de pantera, colmillos de elefante y palos arrojados, así como todo tipo de presentes...

El resto de la biografía nos relata la historia de un pigmeo que Harduf consiguió; enterado el Faraón de ello, conminó a éste a cuidarlo día y noche por constituir el producto máspreciado que éste había obtenido.

De la lectura de esta biografía se deduce el tipo de productos que Egipto demandaba de Nubia, la forma en que éstos eran obtenidos, cada vez con mayores esfuerzos, y la importancia de los intérpretes, del mismo modo que la confirmación de que el comercio estuvo en manos del Faraón, pues aunque algunos nobles de la VI dinastía dicen haber organizado expediciones comerciales en su propio beneficio, no son más que la excepción que confirma la regla. La ausencia de riesgo y de una iniciativa privada está presente en la propia biografía de Harduf o en los

textos de otras expediciones reales, cuyo premio es el reconocimiento real, no la obtención de productos con los que obtener un beneficio.

Respecto a la economía, Egipto tendría lo que se ha llamado «una economía redistributiva»: el Estado es el encargado de recoger los distintos productos y proceder a su posterior distribución entre la población; incluso en los momentos en que Egipto carece de una administración central, como el Primer Período Intermedio, en las biografías de nobles como Ankhtyfy encontramos la idea de que ellos llenan el vacío redistributivo provocado por la carencia de un Estado.

El otro tipo de economía constatado en la Antigüedad, la reciprocidad, no lo encontramos en este período histórico al ser una economía entre iguales, entre gobernantes, y surge en Egipto durante el Reino Nuevo con motivo de las relaciones diplomáticas y comerciales que se mantuvieron con todo el Mediterráneo oriental.

En opinión de una de las principales escuelas históricas de la economía, la sustantivista, que tiene en K. Polanyi a su principal representante, la economía de las sociedades antiguas, y en ciertos aspectos hasta el siglo XIX, estuvo basada en las instituciones, que, tanto en el caso de Egipto como en el de Mesopotamia, se asimilan principalmente con los templos, de modo que es posible estudiar la economía e historia de estas civilizaciones a través de los cambios que van sufriendo dichas instituciones.

En la base de estas formulaciones está la consideración de que en el Próximo Oriente, así como en el mundo clásico, en opinión de los llamados «primitivistas» como M. Finley, el poder, la riqueza y el estatus social procedían de la tierra, y no existía un espíritu «capitalista» ni una

iniciativa privada. Al respecto, Kemp ha señalado que en algunas tumbas existen escenas de mercados en las que se está procediendo al intercambiando de productos; pero pueden no ser más que una manifestación de la economía redistributiva al intercambiar las personas sus «excedentes» en los mercados locales.

Respecto a la llamada «economía del templo», tanto en Mesopotamia los estudios de Forrest, siguiendo los de Diakonoff, como los de Goedicke respecto al Reino Antiguo, han demostrado que el papel económico de los templos no era importante, aunque con el paso del tiempo fue en aumento. Esta interpretación es lógica si recordamos algunos de los aspectos mencionados en las páginas precedentes.

En un primer momento cada región o poder local tendría su propio templo, que dispondría de unos recursos; con la unificación y progresiva centralización, los centros provinciales pierden importancia, y consiguientemente los templos permanecen para satisfacer las preocupaciones locales pero sin una incidencia en la nueva ordenación económica y administrativa del Estado. Los únicos templos que adquieren relevancia son los dedicados a los faraones en sus complejos funerarios, creándose para su mantenimiento las fundaciones piadosas en distintas partes del país. Sin embargo el mantenimiento de estas fundaciones perdura una o dos generaciones, como demuestra la progresiva ocupación del templo funerario de Micerino por personas que nada tenían que ver con su culto. Es a partir de la V dinastía, con la descentralización e importancia que van adquiriendo algunos centros como Elefantina, Akhmin o Abidos, cuando sus templos consiguen una mayor riqueza, así como un sacerdocio más numeroso.

En el desarrollo económico de estos templos influirían dos aspectos: por un lado, los propios nomarcas, que cada vez iban adquiriendo unas funciones tradicionalmente adscritas exclusivamente a la realeza, y que irían presentando sus logros a la divinidad local, lo mismo que hicieron los primeros faraones con los dioses que protegieron y legitimaron su poder, y, en segundo lugar, la llamada «democratización funeraria». Como consecuencia de ella los sacerdotes, y los talleres artesanales adscritos al templo, tendrían que satisfacer las necesidades de un sector de la sociedad que ya podía acceder libremente al más allá gracias a la «desacralización» de éste.

Ésta es una manifestación de la cultura egipcia que ha recibido poca atención, pero en toda sociedad el templo debe satisfacer unas preocupaciones de la población. Es cierto que no era un lugar de oración o culto, pero proporcionaba amuletos o pequeñas figuras de dioses manufacturados en sus talleres por artesanos dependientes de él, por los que obtendría unos beneficios económicos. Estos objetos eran realizados en adobe u otros materiales perecederos, ya que no fue hasta finales del Reino Nuevo, y especialmente en época helenística, cuando se generalizó la utilización del metal para la manufactura de figuras de dioses, amuletos u otros objetos fabricados en los templos.

El hecho de que siempre existió una demanda de estos objetos queda reflejado en que una sociedad que carecía de moneda y en la que todo tenía un valor establecido de acuerdo con productos como el grano, el ajuar funerario de las tumbas fue saqueado; los ladrones no buscaban el grano, el vino u otros productos difícilmente consumibles, sino los objetos de metal, que posiblemente eran revendidos posteriormente.

La sociedad

Poco sabemos de la estructura de la sociedad egipcia, aunque es la definición que hace referencia a su imagen piramidal que ha sido más utilizada. Por debajo del Faraón y de su familia existirían unos cortesanos, de mayor o menor rango, junto a un número no muy numeroso de funcionarios, mientras que el conjunto de la población, la base de la pirámide, estaría compuesta de campesinos, ganaderos y demás sectores productivos.

Nuestro propósito es ir más allá de esta forma, bastante fácil, de acercarse a la sociedad egipcia e intentar profundizar en toda una serie de preocupaciones, actitudes y ritos que encontramos en todas las sociedades.

Una de las pocas cosas que podemos afirmar es que en Egipto no encontramos una sociedad palacial, tal y como se manifiesta en otras culturas de la Antigüedad. No sólo porque desconozcamos los palacios en los que vivirían los faraones del Reino Antiguo, sino también porque esta estructura es característica en el Próximo Oriente de las ciudades-Estado, y Egipto es una civilización territorial. Es cierto que las principales actividades económicas y administrativas se desarrollarían en torno a la corte, lo que sería el palacio, y que de él dependería un sector de la sociedad para su mantenimiento y progreso; pero una de las principales características de las sociedades palaciales es que cuando éstas desaparecen, o tienen una crisis, se observa un decaimiento, una despoblación y una quiebra cultural y política, y sin embargo en Egipto perviven las provincias, los territorios sobre los que se construye y mantiene el Estado.

La mayoría de las sociedades palaciales se desarrollan en torno a una función que proporciona riqueza y seguridad, bien por estar en una situación fronteriza, bien por ser centros comerciales ubicados en nudos estratégicos para tal actividad, como es el caso de Ebla, Mari, Ugarit, Karquemish y muchos otros en Mesopotamia o de los palacios minoicos. Cuando la situación política altera el rumbo sobre el que se había asentado el desarrollo de dichos centros, desaparece la estructura urbana y con ella sus manifestaciones, lo que provoca el éxodo y la búsqueda de nuevas tierras y asentamientos en los que desarrollar aquello que conocían. Por el contrario, la corte y el palacio egipcios serían centros de gobierno nacionales que no dependían para su prosperidad de las coyunturas políticas internacionales, sino que progresaban o no junto al resto del país.

Por ello, en íntima relación con el tipo de sociedad está el carácter urbano o no de ésta. En el mundo mesopotámico la ciudad es el eje de todas las actividades, al igual que en Grecia lo es la *polis* o en Roma la *urbs*; pero en Egipto no podemos hablar de una gran ciudad. Sabemos del esplendor que tuvo Alejandría, pero en época faraónica sólo conocemos los restos religiosos de lo que fueron centros importantes, siendo significativo que en ocasiones se deba recurrir al urbanismo de las comunidades de trabajadores, en los que residirían entre 100 y 300 personas, para conocer algo de su planeamiento urbano y funcionamiento interno¹. Por ello al lector le puede sorprender el

1. Tell el-Amarna, construida por Ajenatón en la XVIII dinastía para gloria de su divinidad, Atón, es la única ciudad que puede ser conocida, y aun así recientemente se ha señalado, acertadamente en nuestra opinión, que no todos los datos que se tienen de ella pueden extrapolarse a otros centros, máxime cuando su período de ocupación es muy corto, y

planteamiento de un debate sobre si en una civilización capaz de erigir las pirámides y de construir unos templos eternos y grandiosos existieron ciudades o no.

El origen del debate parte de la afirmación de Wilson de que Egipto fue una civilización sin ciudades, y de que éstas no aparecieron hasta el período helenístico, algo que no ha podido ser todavía rebatido totalmente a pesar de los esfuerzos de Bietak o Silvermann. La arqueología, centrada durante décadas en los grandes descubrimientos, no nos proporciona una solución; pero las investigaciones de Bietak en Avaris, capital de Egipto durante el Segundo Período Intermedio, van proporcionando nuevos elementos de juicio para comenzar a intuir formas urbanas que, por otra parte, tienen más que ver con el mundo cananeo y sirio que con Egipto.

En opinión de Helck, en Egipto no hubo ciudades porque no existía una economía diversificada; además, la ausencia de problemas fronterizos impidió el desarrollo de ciudades estratégicas en las fronteras de Egipto. Elefantina podría acercarse a dicho modelo, pero las excavaciones sólo se han realizado en el santuario, a pesar de lo cual puede intuirse cierto sentido de una planificación del espacio y un ordenamiento de las construcciones. El Nilo y su capacidad de transporte impiden el desarrollo de centros comerciales, y el aislamiento geográfico, el de núcleos fronterizos.

La existencia de ciudades conlleva edificios públicos, almacenes, talleres, espacios públicos y templos, siendo estos

la imagen de calles anchas, manzanas amplias, jardines y zonas públicas puede responder a esa circunstancia, habiéndose detectado en algunas áreas que ya en los últimos años de vida se estaba procediendo a la parcelación de los espacios libres, de lo cual resulta un plano mucho más complejo y, posiblemente, más cercano a la realidad.

últimos el elemento central de la ordenación urbanística, pero nada conocemos de ello. En los últimos años se han realizado prospecciones arqueológicas en el Delta oriental y en la región de Tebas, en el Alto Egipto, que revelan un hábitat muy disperso, con pequeños núcleos diseminados a lo largo del curso del río, mostrando una retícula de asentamiento en cierta medida similar a la actual: unos pocos centros que actuarían como lugares estratégicos, y el conjunto de la población viviendo dispersa.

Paradójicamente, es en los albores de la civilización egipcia y a finales del Reino Antiguo cuando encontramos una mayor información sobre la existencia de centros urbanos. De las dinastías 0-I conservamos la Paleta Libia, que, como vimos al referirnos a la administración, puede reflejar los esfuerzos de un Estado emergente por establecer sus bases, promoviendo la creación de asentamientos en lugares considerados estratégicos. Por el contrario, con el avance de las dinastías los centros provinciales que habían tenido importancia (Abidos, Nagada o Hierakómpolis) disminuyen en tamaño, siendo la excepción Elefantina por razones comerciales y estratégicas evidentes. A partir de la V dinastía se observa una preocupación por el Delta oriental y por centros provinciales como Akhmin, esfuerzos que deben ponerse en relación con los cambios que van teniendo lugar en el entorno geográfico de Egipto y que le obligan a prestar una mayor atención a sus fronteras, pero en ningún caso puede hablarse de una política urbana.

Debemos reconocer que futuros hallazgos pueden modificar la visión actual, y tener en cuenta que la piedra como material constructivo se utilizó en las pirámides, y no en todas, siendo el adobe el material empleado tanto para las casas como para los palacios, debiendo esperar al

Reino Nuevo para observar cierta generalización en el curso de aquélla. En el caso de Mesopotamia, muchas de las antiguas regiones fertilizadas por el Tigris y el Éufrates son actualmente desérticas, lo que ha propiciado la preservación de los *tells*, montañas o colinas artificiales en las que se van superponiendo las construcciones en adobe; pero en Egipto el asentamiento antiguo es idéntico al actual, y la formación de estos *tells* es imposible por la actividad agrícola.

Cuando hablamos de sociedad en la Antigüedad, pensamos sólo en determinados sectores de la misma, en aquellas que nos han dejado algún tipo de documentación, siendo la llamada «sociedad tripartita» –que tanto ha caracterizado la investigación histórica hasta hace unos años–, gobernantes, guerreros y labriegos, la que más atención ha recibido. Es por tanto el entorno social el que más puede influir en el lector a la hora de comprender los problemas y situaciones a los que deben hacer frente las sociedades antiguas: enfermedades, viudas, huérfanos, accidentes de trabajo, ancianos, incapacidad de mantener a toda la unidad familiar, querellas... Éstas eran situaciones corrientes, no debiendo extrañar que sea en el Próximo Oriente donde nazca la idea del gobernante como «buen pastor», ya que sería el Estado, por su propia seguridad y necesidad, el principal encargado de dar solución a dichos problemas. En el mundo mesopotámico los códigos legales contienen numerosas leyes y medidas tendentes a la protección de estas personas y necesidades, mientras que en Egipto son las normas de Maat las que han de ser respetadas para dar respuesta a lo que podríamos llamar «necesidades sociales», encontrándose en las biografías funerarias que el difunto dice haber respetado a los pobres, huérfanos, viudas, etc.

Pero fuera del Estado y del respeto o no a unas normas éticas y morales establecidas en la creación y personificadas en Maat, sería la familia el principal núcleo de protección, ayuda y colaboración dentro de la sociedad egipcia. No sabemos si una viuda pasaba a ser mujer de su tío, como en la antigua Grecia, pero seguramente sería en su propia familia donde encontraría refugio, mientras que los ancianos eran cuidados por el conjunto de la familia, que en Egipto no era nuclear sino extensa.

Cualquier persona que salga de los centros turísticos actuales y se adentre en los poblados o las calles de las ciudades observará que muchas casas parecen estar a medio construir, con las vigas preparadas para levantar una nueva planta en caso de necesidad y poder acoger a nuevos miembros de la familia, sean éstos huérfanos, viudos, ancianos o matrimonios, situación que no debió de ser muy diferente en el antiguo Egipto, lo que se vio favorecido además por la utilización de adobe como material constructivo, que permitía levantar un tabique o edificar una nueva habitación. Es por ello por lo que, aunque basándonos en ejemplos del Reino Medio en adelante, podemos deducir que las casas se tabicaban, ampliaban o volvían a su estado original según las coyunturas de cada momento.

Por tanto, la familia tenía unas obligaciones sociales y éticas, presentes hasta no hace muchos años en cualquier sociedad; pero el mantenimiento y respeto de unas normas iba más allá: era necesario que cualquier infracción tuviera un pronto castigo y que, en la medida de lo posible, éste fuera público y ejemplificante. Uno de los aspectos que más preocupa a la sociedad es el mantenimiento de unas normas, lo que explica que en algunas escenas funerarias encontremos a «policías», ayudados por monos en su labor y armados con palos (fig. 26).

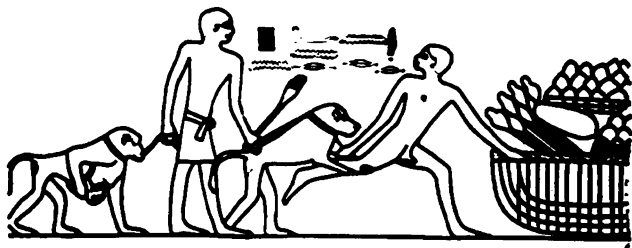


FIGURA 26. Policía capturando a un ladrón con la ayuda de babuinos

Por desgracia sabemos muy poco del funcionamiento de la justicia, debiéndonos contentar con lo que ejemplificaba Maat para la sociedad egipcia. Un reciente estudio de McDowell sobre la justicia en Deir el-Medina (Reino Nuevo) nos revela que, al igual que en las culturas mesopotámicas, el principal «crimen» era aquel cometido contra el Estado, y no se refería sólo a la conspiración real, sino también al simple robo de un objeto de metal, ya que para su obtención el Estado había tenido que organizar una expedición comercial, con los costes que ello implica. Fuera de estas acciones contra el Estado, es la tradición, el *maious maiorum* del mundo romano, lo que prevalece.

Todo lo que rodea al egipcio es cíclico: las estaciones agrícolas, la crecida del Nilo, el viaje del sol y su propia vida, pero ¿cómo sería ésta?

Tener descendencia, especialmente masculina, colmaba de alegría a la familia al poder disponer de una ayuda en el trabajo y tener a alguien a quien legar la profesión, sea ésta de carácter primario o secundario. Por ello la fecundidad de la mujer era muy importante, y de hecho las manifestaciones de religiosidad popular más relevantes

hacían referencia a ella. Pero el embarazo y el parto eran períodos peligrosos que había que proteger con amuletos y magia, sin olvidar el alto índice de mortalidad infantil que existiría.

La infancia sería una etapa de la vida llena de peligros, como lo refleja la extrema protección con que Isis envuelve a su hijo Horus librándole de las picaduras de serpientes y escorpiones y de las enfermedades propias de un clima y un hábitat como el egipcio. Las actividades y juegos de los niños serían diferentes según su posición social: la mayoría comenzaría a ayudar en las tareas domésticas o del campo y unos pocos recibirían una instrucción que les permitía suceder a sus padres en los cargos de la administración. La madurez conllevaba la realización de algún oficio, siendo muy excepcionales los casos de promoción social, y se alcanzaba así la ancianidad. Algunas escenas muestran cómo la realización de trabajos está siendo supervisada, desde la experiencia, por personas mayores.

Pero este tránsito de la vida estaría lleno de lo que se conoce como «ritos de paso», presentes también en nuestra sociedad: el paso de la infancia a la pubertad, el matrimonio, la paternidad, etc. Nuestra principal fuente de información sobre ellos en el Reino Antiguo procede de las escenas funerarias y, especialmente, de aquellas en las que se representa la circuncisión de los niños (fig. 27), que, alcanzada una edad, se cortan la coleta, dejan de ir desnudos y ya pueden actuar como adultos.

No conocemos ningún contrato matrimonial del Reino Antiguo, y sí de épocas ya tardías de la civilización faraónica, lo cual permite afirmar, con los peligros que conlleva extrapolar esta información, que no existía acto religioso alguno, y que el divorcio era reconocido, estipulándose en dicho contrato las razones que lo permitían.

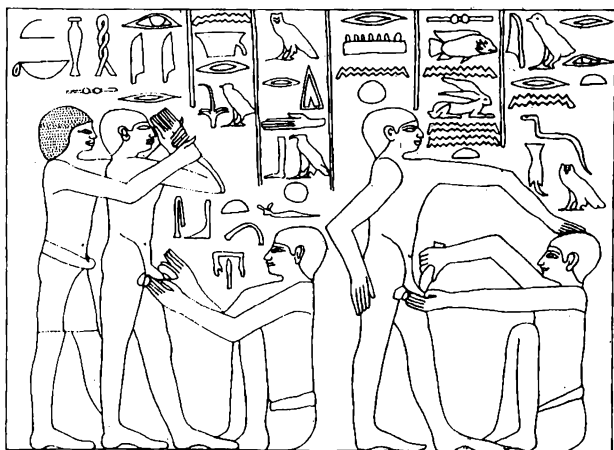


FIGURA 27. Escena de circuncisión

Una de las cosas que más sorprendieron a los griegos fue el conocimiento médico de los egipcios, propiciado en gran medida por sus prácticas de momificación y extracción de las vísceras. Del Reino Antiguo no conservamos papiro médico alguno, pero tenemos escenas de trabajadores con mutilaciones; además el análisis de los cuerpos de los trabajadores de las pirámides descubiertos reflejan patologías importantes en la columna vertebral.

Respecto a las distracciones de esta sociedad, serían las normales, destacando la música, que, aunque conocida a partir de las representaciones funerarias –reflejo por tanto del gusto de los nobles por la misma y lo que la conllevaba (banquetes)–, también sería disfrutada por el conjunto de la sociedad, sin olvidar el papel que tiene además en todas las sociedades en la realización de diferentes ac-

tividades, como marcar el ritmo de los remeros o la marcha de los ejércitos.

Una de las escenas que mejor puede ilustrarnos acerca de cómo sería la sociedad egipcia, su trabajo, obligaciones y preocupaciones, la tenemos en la tumba de Ptahhotep en Saqqara, de la VI dinastía (figs. 28-29), y que él está presidiendo. En la fig. 28 se representan las actividades relativas a la obtención de productos, y en la 29, su presentación, apareciendo en ambas la lucha entre la vida y la muerte. En la primera de ellas observamos en los dos registros inferiores escenas de caza en el desierto, el caos, ejemplificado porque la línea de tierra es ondulada, no recta. En el siguiente registro se está procediendo a la elaboración de distintos productos, mientras que a continuación se escenifican los juegos y actividades que desarrollaría un niño, representado con

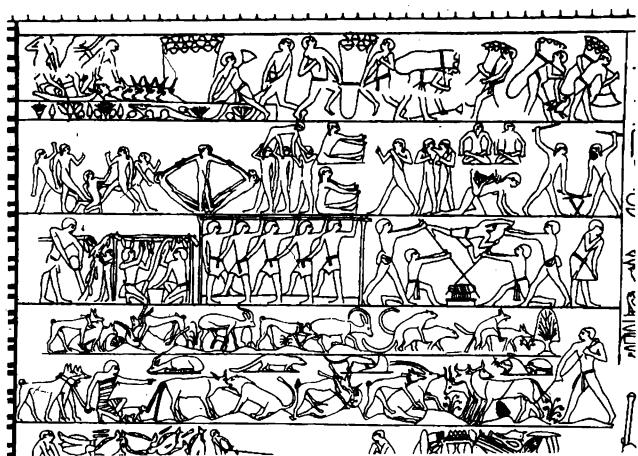


FIGURA 28. Decoración de la pared este de la tumba de Ptahhotep

sus coletas. El último registro nos muestra la pesca, la ganadería y la obtención de papiros. En la siguiente escena todos estos productos son presentados a Ptahhotep, como los animales cazados en el desierto dentro de una jaula y el ganado.

Como puede observarse, todas las actividades están plasmadas según las convenciones y visiones de los egipcios: la lucha entre la llanura aluvial y el desierto, la representación del orden mediante la línea de tierra y la presentación de los productos obtenidos y el caos, ejemplificado por la ondulación, y todo ello además dentro de un movimiento y una narración que se corresponden con la VI dinastía, cuando la rigidez de las normas artísticas y la descentralización posibilitan un mayor movimiento y libertad del artista, como vimos en el capítulo dedicado al arte.

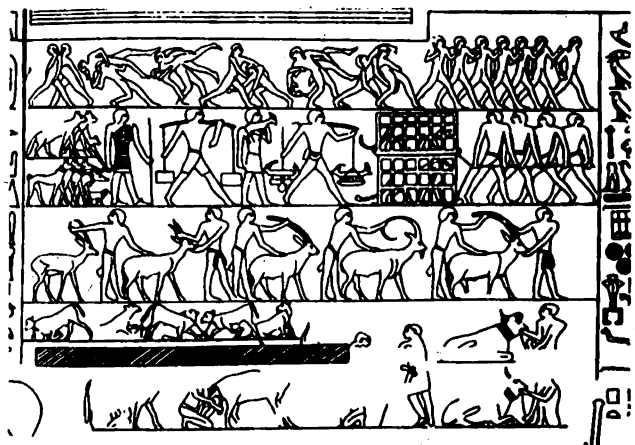


FIGURA 29. Decoración de la pared oeste de la tumba en Ptahhotep

El trabajo

Las pirámides, la explotación de las tierras fertilizadas por el Nilo o la labor desarrollada en canteras y minas son factores suficientes para dedicar un apartado a la organización del trabajo; además, no hay que olvidar que durante este período existió una mayor centralización política, administrativa y económica, y que la época de las pirámides suele identificarse con la utilización de esclavos para su construcción y la obtención de la piedra necesaria, así como por la obligatoriedad del conjunto de la sociedad de trabajar para el Estado. Esta imagen la encontramos incluso en la *Política* de Aristóteles (1313 b21), que señala que la utilización de la población era un medio para mantenerla ocupada de modo que no pudiera conspirar contra el Faraón.

Antes de analizar las condiciones en que trabajaban los egipcios, conviene resaltar la capacidad de organización del Estado para coordinar todos los aspectos relativos a la construcción de las pirámides. Muchas veces nos centramos únicamente en el monumento, como hizo Heródoto al señalar que alrededor de 100.000 personas participaron en su construcción, y olvidamos que esos trabajadores, en un número mucho menor que el señalado por el historiador griego, debían ser alojados, mantenidos, recibir cuidados médicos... debiendo además el Estado proporcionar todos los materiales que necesitaban y coordinar el trabajo de escultores, tallistas, arquitectos o pintores, junto a unos funcionarios y escribas que supervisaran los trabajos, anotaran las incidencias y dieran respuesta a sus necesidades.

En otras sociedades antiguas, y en la actual, son frecuentes las referencias a la importancia que tienen las obras públicas económica, social y administrativamente en el desarrollo del Estado. Lo mismo puede señalarse con respecto a las pirámides y la sociedad egipcia, aunque siempre desde una perspectiva muy diferente de la de nuestra sociedad, sin olvidar la importancia que el componente ideológico tiene en las civilizaciones antiguas y que el aporte de estas construcciones se plasma en un desarrollo técnico de diferentes actividades económicas.

Nuestra información es muy limitada y difícil de entender. Los documentos administrativos de las dos primeras dinastías tienen escenas y textos difíciles de comprender, pero las tumbas, cada vez más grandes y complejas, denotan ya algún tipo de organización del trabajo, una especialización artesanal y la existencia de un sector «productivo» encargado de proveer a reyes y nobles de un ajuar funerario cada vez más abundante.

Las escenas de las tumbas, especialmente a partir de la V dinastía, nos han legado un importante material para conocer las fases de obtención, manufacturación y almacenaje de numerosas actividades económicas, pero muy poco sobre su organización. En las minas y canteras que explotó Egipto sólo disponemos, en el mejor de los casos, de pequeñas marcas realizadas por los trabajadores que nos informan de su nombre o del faraón que había organizado la expedición. No conocemos ninguna comunidad de trabajadores –aunque, lógicamente, debieron de existir– al modo y manera de la de Deir el-Medinah en el Reino Nuevo. Es cierto que disponemos de archivos como el de Abusir, pero sólo nos informan sobre el funcionamiento de los complejos piramidales y el mantenimiento del culto funerario, realizado por sacerdotes y no por trabajadores.

Esta limitación de las fuentes propicia que, basándose en la creciente complejidad de las tumbas, Griswold o Redford hayan retomado una vieja hipótesis según la cual desde la I dinastía los faraones emprendieron acciones militares, no para aumentar el control territorial de Egipto o proteger sus fronteras, sino para la obtención de una mano de obra esclava con la que poder construir las o realizar cualquier obra de carácter público. Sin embargo, las tumbas del período tinita están realizadas en adobe, de lo que no se puede deducir la existencia de una población esclava muy numerosa, y, como ya hemos comprobado al analizar la agricultura y sociedad, la civilización egipcia estuvo lejos de ser una sociedad hidráulica, tanto en los términos defendidos originalmente por Wittfogel como en sus adaptaciones más modernas.

Las últimas excavaciones de Z. Hawass en la llanura de Guiza han revelado la existencia de una comunidad de trabajadores relacionada con la construcción de las pirámides; pero, significativamente, la información obtenida hasta el momento se refiere más a sus propias prácticas funerarias que a su trabajo diario, y ofrece algunos interrogantes y sorpresas, como es la utilización de la forma piramidal por parte de estos trabajadores para sus tumbas. También es significativa la importancia de Hathor, a juzgar por el nombre de algunas mujeres, la existencia de un muro de separación en la comunidad y su localización en el lado sur de la pirámide de Keops, lo que permite plantear a Hawass unas pautas comunes en la organización y funcionamiento de las comunidades de trabajadores a lo largo de la historia de Egipto, al encontrar estas características también en Deir el-Medinah.

Por otra parte, y al igual que sucede en el caso de Deir el-Medinah, no sería extraño que alrededor de la propia

comunidad de trabajadores existiera toda una serie de personas encargadas de proporcionarles diferentes productos, desde factorías de pan u hornos de cerámica hasta vestidos, sandalias, etc. La representación más antigua de una «panadería» procede de la tumba de Ti, de finales de la V dinastía, pero las excavaciones de Lehner en los alrededores de la gran pirámide han revelado la existencia de una anterior destinada a la alimentación de los trabajadores.

La III dinastía supuso el comienzo de numerosos cambios, y uno de ellos fue la organización del trabajo como consecuencia de la utilización de la piedra como material constructivo, lo que obligó al Estado a proceder a su extracción, transporte, talla y colocación.

La construcción de una pirámide implica la disponibilidad de diferentes tipos de piedra, desde la utilizada como relleno, que era obtenida en las mismas canteras sobre las que se erigía el monumento o en sus proximidades, hasta la que era empleada para el revestimiento exterior y la realización de estatuas y del sarcófago o aquella necesaria para los templos funerarios, de mayor calidad y obtenida principalmente en las canteras de Tura, cerca de Menfis, u otros lugares más lejanos.

El pedernal es muy abundante en Egipto, pero todas aquellas piedras de calidad debían obtenerse en los desiertos, generalmente lejos de la llanura aluvial, por lo que la administración debió recurrir a las llamadas «expediciones reales» para conseguirlas.

El número de personas que participaba en estas expediciones variaba mucho, y se tienen noticias de algunas compuestas solamente por 20 hombres y de otras de hasta 1.600. Formando parte de ellas iban soldados debido a la posible necesidad de protección ante agresiones de po-

blaciones nómadas o marginales. Y no hay que olvidar que el trabajo en minas y canteras era el más duro, como reflejó Diodoro, por lo que algunos miembros de estas expediciones eran personas dependientes del Estado por haber cometido algún delito, y debían ser vigiladas.

Desde los planteamientos de sir F. Petrie, se ha venido sosteniendo que era durante la época de la inundación cuando tenían lugar estas expediciones, junto a otras actividades estatales, aprovechando la inactividad agrícola y la posibilidad de utilizar a la población en trabajos públicos; pero esta hipótesis plantea algunos problemas, por lo menos en lo que se refiere al trabajo en minas y canteras.

La inundación coincide con el verano, época en la que el trabajo en el desierto, donde se localizan las minas y canteras, sería prácticamente imposible; además, la escasa documentación epigráfica en el Wadi Hammamat, en Hatnub o en el Sinaí refleja que el trabajo era realizado principalmente en invierno. Por todo ello parece lógico pensar que estas expediciones reales eran realizadas básicamente en invierno, lo que planteaba un problema, el del transporte, ya que en esa estación el Nilo estaba en sus niveles más bajos, lo que dificultaba el traslado de la piedra; por eso se esperaba hasta el verano para transportarla aprovechando la crecida del río.

Es este sistema el que nos permite comprender, por otra parte, la rapidez con la que algunos nobles, llamados «líderes de expedición», dicen haber transportado la piedra desde las canteras hasta su destino (fig. 30). En la biografía de Uni, éste dice haber tardado solamente diecisiete días en el transporte de bloques de piedra desde las canteras de Hatnub hasta la corte, procediendo además en ese tiempo a la construcción de barcos.

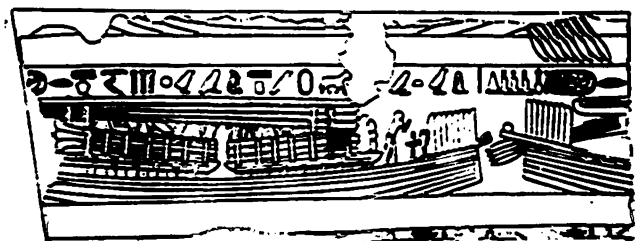


FIGURA 30. Transporte de bloques de granito en barcos

Algunas canteras, como las de Tura, podían ser trabajadas y explotadas durante todo el año, lo que implica la existencia de unos trabajadores permanentes que nada tenían que ver con el ciclo agrícola.

El Nilo sería utilizado como medio de transporte, pero también se emplearon bueyes y asnos para el traslado de la piedra desde las canteras hasta los barcos, ya que en ocasiones dichas canteras se encontraban hasta 100 km en el interior del desierto. La utilización del Nilo como medio de transporte es obvia, y no debemos olvidar que toda pirámide tenía su propio puerto, generalmente cerca del templo del valle¹, y que en sus cercanías se han encontrado evidencias suficientes para poder hablar del empleo de rampas para la elevación de los bloques de piedra, rampas que de por sí requerían un esfuerzo considerable, no sólo por tener que adaptarlas continuamente a las necesidades de cada fase en la que se encontraba la construcción, sino también porque, si bien algunas de

1. En el caso de Guiza, las pirámides no están actualmente cerca del Nilo, debido tanto a un desplazamiento del río hacia el este como por el propio crecimiento de El Cairo.

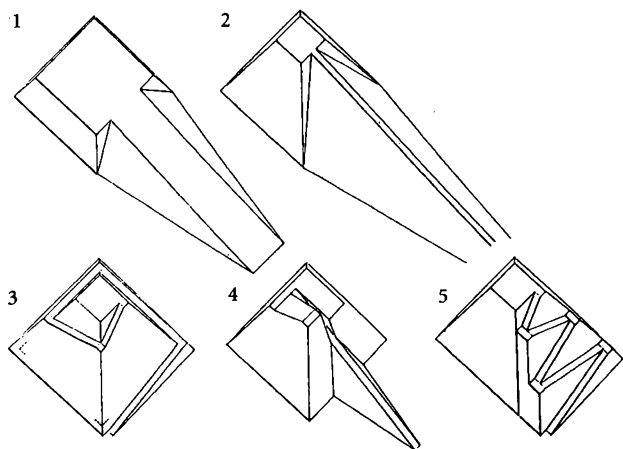


FIGURA 31. Representación de las distintas teorías acerca de la construcción de las pirámides: 1) y 2) utilización de rampas lineales; 3) utilización de rampas espirales; 4) utilización de rampas interiores; 5) utilización de rampas añadidas a una de las caras de la pirámide (según Arnold)

ellas se realizaban en adobe, otras eran de arenisca y pequeñas piedras (fig. 31).

El número de personas que trabajarían en una pirámide no es conocido, pero en cualquier caso no debemos dejarnos llevar por la imaginación ni creer que todas las pirámides fueron como la de Khufu (Keops). De cualquier manera el Estado desarrolló el conocido sistema de corveas, por el que podía reclutar a parte de la población durante la estación de la inundación. Nuestra información sobre ellas no procede de fuentes directas, sino de los llamados «Decretos de Exención», emitidos como hemos visto especialmente a partir de la V dinastía

y en los que el Faraón libera a todo el personal adscrito a sus fundaciones piadosas.

Las corveas eran realizadas durante los meses de la inundación, y la población podía ser utilizada en muy diferentes trabajos. Un aspecto interesante, y poco valorado, es que todas las personas que trabajaban para la administración, a tiempo parcial o total, recibían un salario en especie. Este sistema, especialmente conocido en el Reino Medio gracias a la información administrativa proporcionada por las llamadas «fortalezas» de la segunda catarata en Nubia, existió ya en el Reino Antiguo. Por lo general, estos salarios consistían en raciones alimenticias, desarrollando muchas sociedades antiguas un tipo cerámico concreto llamado *bread-moulds* y que en Egipto va adquiriendo con el paso del tiempo una creciente importancia, como han demostrado los estudios de Bourriau.

En íntima relación con el trabajo y el transporte de bloques de piedra o de otros productos, está la construcción de barcos, realizados principalmente en papiros, que además de servir de transporte y medio de comunicación tenían la finalidad, muy importante en una cultura rive-rina, de comunicar las dos orillas.

La literatura

La civilización faraónica desarrolló una literatura que influyó en la Biblia y que, al igual que en todas las culturas, presenta una preocupación por los problemas y dudas que toda sociedad tiene en su devenir histórico. A pesar de ello, las historias universales de la literatura comienzan con el mundo griego, en la «época oscura», conside-

rándose las obras de Homero como los primeros textos literarios.

La carencia de una línea de investigación centrada en la literatura egipcia tiene sus orígenes en la Europa del siglo XIX, cuando los países y las emergentes escuelas históricas buscaban en su pasado sus raíces, bien para dotar a su sociedad de una identidad nacional, bien para justificar unos planteamientos imperialistas, aspectos para los que la literatura egipcia, y oriental en general, no podía ofrecer nada, pero sí el mundo grecorromano. La ausencia en los países árabes de un nacionalismo que entroncara con el pasado más remoto impidió una valoración del mismo, y en el caso de Egipto lo faraónico era visto, y en gran medida lo sigue siendo, como algo ajeno, desconocido y que nada tenía que aportar a la emergente República Árabe de Egipto.

Para estudiar la literatura egipcia nos enfrentamos a varios problemas; el más importante es la escasez de textos, al utilizar los egipcios para su literatura un material perecedero, el papiro, y aunque es cierto que el desierto ha contribuido a su conservación, la mayoría de las veces no estaría normalmente en contacto directo con la arena, sino en dependencias administrativas, bien del palacio, bien del templo, por lo que difícilmente habrían podido llegar hasta nosotros.

La interpretación de la literatura egipcia ha ido paralela a su historicidad, y cada texto refleja una situación política: en las *Admoniciones de Ipuwer*, la crisis de Egipto tras el colapso del Reino Antiguo; en la Historia de Sinuhe, las luchas por el poder a comienzos de la XII dinastía..., sin realizarse muchas veces una crítica interna de ellas, labor que gracias a los esfuerzos de Loprieno, Parkinson o Baines comienza a ser realizada, al buscarse las

razones por las que dicho texto fue redactado, su intencionalidad y función en una sociedad en la que apenas el 1% de la población sabía leer y en la que, como en toda sociedad antigua, la edición de textos sería algo muy limitado que debía contar con el beneplácito de la elite.

Un problema con el que se enfrenta esta línea de investigación es la estructura de la escritura jeroglífica, que al carecer de vocales dificulta la apreciación de una métrica, de un sentido narrativo que proporcione una mayor sensibilidad a lo relatado en los textos; pese a ello Parkinson o Collier piensan que en todas las composiciones literarias egipcias existe una métrica, un ritmo que procede tanto de una transmisión oral como de la necesidad de los egipcios de realizar todo de acuerdo con un orden, aspecto este último que queda manifiesto en los textos del Reino Antiguo, al proceder la mayoría del ámbito funerario, como los Textos de las Pirámides y las biografías funerarias. Habrá que esperar al Reino Medio, considerado el clasicismo egipcio en todas sus manifestaciones, para que la literatura adquiriera un importante desarrollo, aunque algunas de sus características pueden rastrearse en los textos del Reino Antiguo.

Por ello debemos plantearnos la intencionalidad de los textos. Como ya hemos visto, la tumba se concebía como una casa, y todo estaba destinado a propiciar el acceso al más allá o hacer lo más agradable la estancia del Ka; por tanto el mundo idílico que reflejan los textos es lógico, pues la persona no iba a reflejar su vida de una forma desfavorable para sus propios intereses; los preceptos de Maat habían sido respetados y conservados, y sus acciones habían mantenido las normas morales que regían el orden establecido en la creación. Un mundo ideal en el que los latigazos a los campesinos o a los trabajadores no

se producían, en el que los malos tratos a las mujeres no existían y en el que el huérfano, la viuda o el tullido eran respetados y cuidados, tanto individual como comunalmente.

Otra línea de investigación que comienza a ser valorada es la de la llamada «historia oral». En toda sociedad existe otra literatura, de carácter oral. Los textos homéricos o el propio relato bíblico tienen un proceso de transmisión oral hasta su definitiva fijación, y es el mismo que seguramente existe en historias egipcias; por ello es muy importante determinar los procesos de transmisión, las razones para la fijación por escrito en un momento histórico, y no en otro, de dicha historia, etc.

La aparición de un texto, funerario o no, implica una intencionalidad y es fácil deducir que el Faraón no permitiría la redacción de aquellos que fueran en contra de su persona, de la institución que él encarnaba o de sus intereses; por tanto, cuando se critica al Faraón o la mala situación del país debido a la ausencia de realeza, lo que se está planteando es la justificación de la monarquía bajo la que dicho texto fue compuesto, siendo esta institución la que va a restablecer el orden.

Al igual que en Sumer, en Egipto el tránsito entre escritura y literatura es muy tardío, y hasta la V dinastía no se dan los primeros textos literarios. ¿Por qué surge la literatura y lo hace de un modo tan tardío?

La explicación estética debe obviarse si recordamos que sólo el 1% de la población egipcia era capaz de leer y entender la escritura jeroglífica. La literatura egipcia nace en el ámbito funerario, por lo que debemos tener presente la misma premisa que con el arte: nadie podía acceder al interior de las tumbas para leer dichos textos, realizados únicamente para que sirvieran a la persona allí ente-

rrada. Por este motivo, las razones para explicar y entender la aparición de una literatura en el Reino Antiguo debemos buscarlas en la función de ésta y en los cambios que se producen en la sociedad egipcia, que hasta la V dinastía parece no haber sentido la necesidad de expresar por escrito sus preocupaciones y esperanzas.

Los primeros textos funerarios son los famosos Textos de las Pirámides, origen de los Textos de los Sarcófagos del Reino Medio y del famoso Libro de los Muertos del Reino Nuevo. En sí mismos estos escritos no son una narración, sino la reunión de textos aislados, en muchas ocasiones sin conexión entre ellos y de origen diverso, remontándose algunos al período predinástico, como posiblemente sucede con el himno caníbal, en el que el Faraón se alimenta de los dioses:

Unas ha vuelto a aparecer en gloria en el cielo
ha sido coronado como Señor del Horizonte
ha quebrado vértebras y espinazos
se ha apoderado de los corazones de los dioses
Se ha comido la corona roja, ha engullido la verde
Unas se alimenta de los pulmones de los Sabios
y queda saciado viviendo de sus corazones y su magia
A Unas le repugna lamer los *shebesu* que están en la roja
Se regocija porque sus magias están en su vientre
Las dignidades de Unas no le serán arrebatadas
Ha engullido el conocimiento de todo Dios

En su conjunto estos textos deben considerarse como la reunión de oraciones que se recitaban durante el proceso de enterramiento, durante el culto funerario o para servir de guía en el acceso al más allá.

Una característica valorada en toda composición literaria es su fidelidad con el paso del tiempo, lo que no ocurre

en los Textos de las Pirámides, no existiendo dos idénticos, eliminando frases algunos y añadiendo otras otros. En líneas generales, dentro de estos Textos de las Pirámides, que aparecen por primera vez en la pirámide Unas, pueden diferenciarse cuatro tipos de escritos:

- 1) Textos dramáticos. Aquellos que se lamentan por la muerte e intentan ayudar a la restitución de las facultades físicas y mentales de la persona, como sucedía durante la ceremonia de la Apertura de la Boca.
- 2) Letanías. La persona se dirige a diferentes divinidades, bien para presentarse, bien para solicitar su ayuda.
- 3) Textos «laudatorios». Tanto hacia los dioses como respecto a las intenciones de la persona enterrada.
- 4) Textos mágicos. Tendentes a obtener la protección ante los peligros con los que el difunto podía encontrarse en su viaje y estancia en el más allá.

Por tanto, la intencionalidad de estos textos era garantizar la existencia eterna del Faraón tras su muerte, lo que constituye un cambio cualitativo en la concepción religiosa y política del Reino Antiguo y explica el momento histórico en el que aparecen: el rey necesita una guía, pues ya no es un dios que no requiere ayuda alguna para poder acompañar a la barca solar en su viaje diario o convertirse en una de las estrellas circumpolares que iluminan la noche.

El contenido solar de estos textos ha hecho pensar que fue la ciudad de Heliópolis, o al menos el clero de Re, su responsable, pero también encontramos las primeras menciones a Osiris, lo que para algunos refleja los primeros conflictos entre una concepción solar y astral del más allá, eminentemente restrictiva y elitista, y los comienzos de la concepción osiríaca, más accesible y «democratizadora».

Fuera del ámbito real, pero también en las tumbas, encontramos a partir de la V dinastía textos que, en la mayoría de las ocasiones, adoptan un carácter biográfico, narrándonos la vida de la persona, sus títulos, cargos y acciones, todo ello según los preceptos de Maat. Son textos laudatorios en los que también está presente la intención de poder acceder al más allá debido a la rectitud de las acciones terrenales del difunto.

Las razones para la aparición de estos textos privados debemos buscarlas, nuevamente, en los cambios que se producen a partir de la V dinastía. Hasta dicho momento histórico era solamente el rey el que tenía garantizado su acceso al más allá, pero ahora los nobles no necesitaban enterrarse cerca de aquél para tener posibilidades de acompañarle en su viaje eterno. Ello no implica que la autoridad del rey desaparezca, y de hecho los nobles siguen presentándose como fieles servidores de su soberano; pero también comienzan a presentarse directamente ante la divinidad.

Estas biografías nos proporcionan información sobre campañas militares, expediciones comerciales, construcciones que mandaron realizar para gloria de su soberano y dioses, etc., pero en muchas de ellas no existe una finalidad literaria, y no debemos olvidar tampoco el decoro con el que son realizadas y el lugar donde están. Se reflejan unas normas de comportamiento social, pero también comienza un proceso en el que subyace la idea de que para el mantenimiento del orden ya no es solamente necesario el rey, sino también el conjunto de la sociedad. Esta tendencia culminará con la adopción por parte de los nobles de acciones tradicionalmente reservadas al rey: el nomarca se presentará como garante del orden en su región, protegiendo a «su» población de posibles ata-

ques o peligros y propiciando la estabilidad económica mediante el buen funcionamiento de su administración local, como queda reflejado en la biografía de Hety I, nomarca de Asiut durante el Primer Período Intermedio.

Aquello de lo que se ufana cualquier hombre es una falsedad. En cambio todo lo que yo hice está a la vista [de las gentes de Asiut]... Reacondicioné un curso de agua de diez codos, para el que excavé en tierras de labor, y establecí una compuerta... una cosa de uso prolongado, en una única construcción, sin arruinar [ningún] hogar... He dado vida a la ciudad; hice que el trabajador comiera cebada del norte y se repartió agua en mitad de la jornada, para permitir que el débil se recobrara... Hice un canal para esta ciudad, mientras que el Alto Egipto pasaba apuros y el agua no se veía... He creado tierras [de cultivo] en las marismas. Hice que las aguas de la inundación cubrieran las viejas colinas. Hice que las tierras de cultivo [quedaran irrigadas], en tanto que todos los vecinos padecían sed... Declaré exención de todos los impuestos relativos a la tierra que yo había encontrado establecidos por mis padres. He llenado los pastos con vacas moteadas.

Soy uno fuerte con el arco, poderoso con su [propio] brazo, grande en el temor de sus vecinos. Formé un ejército... Tenía una hermosa flota... [Fui hombre de] confianza del soberano...

El género biográfico aparece primero en el ámbito privado, siendo adoptado después por el Faraón, especialmente durante el Reino Medio, cuando se pondrán las bases de la *Königsnovellen*, la biografía real en la que se exaltan los logros personales y de gobierno que hasta entonces nadie había sido capaz de alcanzar.

El tono biográfico de los textos va adquiriendo con el paso del tiempo un tono moralizante, de enseñanzas para futuras generaciones, poniéndose las bases de la llamada

«literatura sapiencial», presente también en Mesopotamia y en la Biblia, y que tiene muchas similitudes con el *Speculum Regum* de época helenística que también encontramos en el Medioevo. Estos textos nos informan también sobre los valores morales que imperaban en la sociedad y de los cambios que se estaban produciendo en su seno. Aspectos presentes en toda literatura, como es la descripción del otro, del extranjero, comienzan a aparecer, y denotan un mayor contacto con el exterior, aunque siempre se realice desde una óptica etnocentrista, minusvalorando lo exterior y sin entender lo que es diferente. El primer exponente de esta literatura sapiencial lo constituyen las *Máximas de Ptahotep*, visir del faraón Isesi (V dinastía):

No se hinche tu corazón a causa de tus conocimientos; no confíes porque seas varón prudente. Busca consejo, tanto el del ignorante como el del sabio... Las buenas palabras están más escondidas que la esmeralda, pero pueden encontrarse entre las siervas de la molienda.

... La justicia es grande y su propiedad duradera, no se ha turbado desde el tiempo de aquel que la hizo, el castigo espera a aquel que desobedece sus leyes.

Si eres uno de los que se sientan a la mesa del que es más grande que tú, toma lo que se te dé cuando se ponga delante de tu nariz... Baja la cara hasta que te dirija la palabra y háblale cuando lo haga. Ríe después que él ría...

Si recibes una petición, conserva la calma mientras escuchas el discurso del pedigüeño. No le rechaces antes de que vacíe su cuerpo o de que diga lo que le trajo. Los que piden prefieren que se atienda a sus palabras más que se satisfaga lo que motivó su visita.

Si deseas conservar la amistad de una casa a la que tienes acceso como señor, como hermano o como amigo, en cualquier lugar en que entres, evita acercarte a las mujeres.

Éstos son algunos ejemplos de los consejos que, a partir de la V dinastía y hasta el final de la civilización faraónica, encontramos, habiéndose señalado en repetidas ocasiones el paralelismo entre la forma de estructurar estos textos y su contenido con los proverbios bíblicos.

Por desgracia, no conocemos nada de la literatura fuera de las tumbas, pero sin lugar a dudas debió de existir, aunque posiblemente centrada en un primer momento en el mundo religioso, siendo elaborada en las llamadas «Casas de la Vida», verdaderos centros del saber y del conocimiento donde se redactarían y copiarían todo tipo de composiciones; pero por desgracia del Reino Antiguo apenas podemos constatar su existencia por las menciones a las mismas en los textos.

8. El ejército y la política exterior

Al referirnos a la concepción del mundo, así como al origen y función de la realeza faraónica, vimos cómo la violencia es un elemento considerado por algunos como intrínseco al Estado, tanto en la fase correspondiente a su formación como en su posterior desarrollo y mantenimiento. El componente militar de los faraones subyace en la visión popular de éstos debido a que ya los primeros documentos nos los muestran venciendo a unos enemigos, aunque serán los textos, los relieves y las escenas que se nos han conservado del Reino Nuevo los que más han influido en dicha concepción.

Como en tantos otros aspectos, nuestro conocimiento sobre el ejército en el Reino Antiguo es muy escaso. Conservamos escenas en las que el Faraón es representado en la típica actitud de derrotar a los enemigos de Egipto, pero en muchas ocasiones responden al programa iconográfico de los templos funerarios, que no reflejan una realidad histórica y sí el mundo ritual y simbólico. Un ejemplo son las escenas de Sahure y de Pepi II, que reaparecen con Taharqa (XXV dinastía), faraones todos ellos

que están derrotando al mismo jefe libio, delante de la misma mujer y de los mismos hijos, por lo que de tener un componente histórico, alguna de estas acciones es la primera.

Fuera de ese mundo ritual y cíclico de los templos, la mayoría de los textos que nos informan sobre el ejército o la guerra en este período procede de las tumbas de los nobles, como si los faraones se limitaran a ser representados venciendo mientras aquéllos dirigen a los ejércitos en sus victoriosas campañas militares, como refleja la biografía de Uni (VI dinastía).

Su majestad tuvo entonces que actuar contra los asiáticos, los «Habitantes de las Arenas». Su majestad constituyó un ejército de muchas decenas de miles de hombres... Su majestad me envió al frente de este ejército... Fui yo quien estableció para ellos el plan (de campaña).

Su majestad me envió a dirigir este ejército en cinco ocasiones a fin de someter la tierra de los «Habitantes de las Arenas», cada vez que ellos se rebelaron.

Y en el caso de disponer de textos reales, éstos rozan la propaganda, y proporcionan cifras cuanto menos dudosas respecto al número de prisioneros o el botín obtenido, como sucede con la campaña nubia de Snefru, quien, según la Piedra de Palermo, dice haber capturado 1.100 prisioneros y 13.000 cabezas de ganado (fig. 32).

Este último aspecto, junto a la tradicional visión de la sociedad egipcia como esclavista acorde con un Estado despótico, es la que ha fomentado la hipótesis de que las campañas en el exterior tenían como principal objetivo capturar el mayor número de prisioneros para después utilizarlos como mano de obra. Los defensores de esta interpretación incluso recurren al medio geográfico en

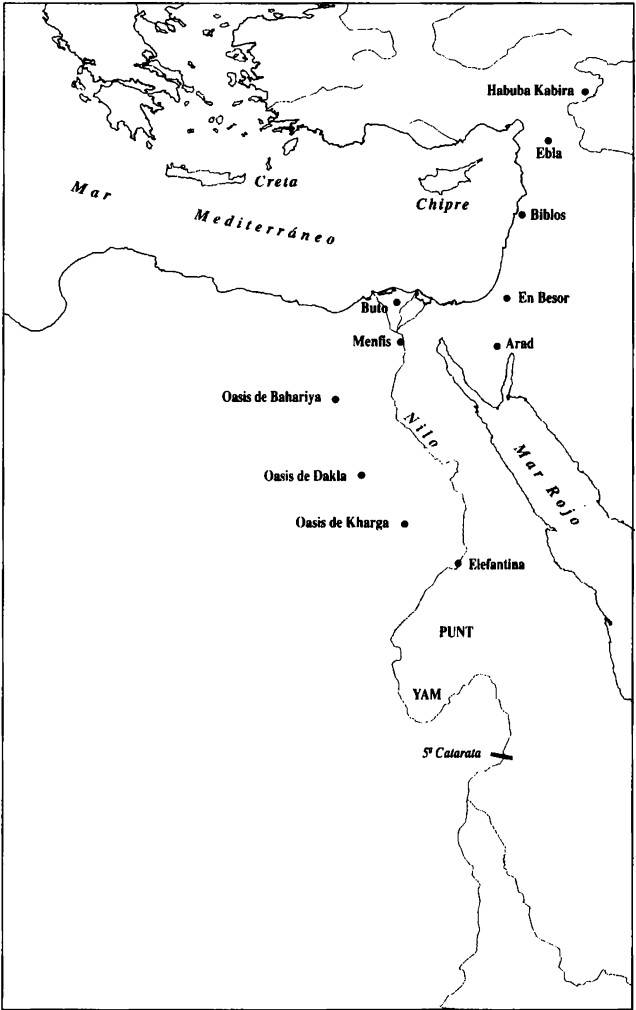


FIGURA 32. Egipto y el exterior en el Reino Antiguo

busca de apoyos, al considerar que estos asiáticos, que vivían en unas condiciones climáticas muy duras, preferirían trabajar como esclavos en Egipto. Esta interpretación conlleva un desprecio absoluto hacia todo aquello que no sea egipcio y responde a la visión etnocentrista de Egipto y, por extensión, de algunos egiptólogos, ya que las culturas que se desarrollan en Siria-Palestina a lo largo de la historia antigua nada tienen que envidiar de las condiciones de vida egipcias.

Su principal argumento es el tamaño cada vez mayor de las tumbas reales desde finales del período predinástico hasta la pirámide, y señalan que la construcción de estos monumentos funerarios no puede entenderse si no es con la utilización de una mano de obra permanente, extranjera y, por supuesto, esclava. Plantear esta interpretación desde la óptica de las pirámides tendría mayor sentido, pero hasta la adopción de la forma piramidal, y de la piedra como material constructivo, fue el adobe el material utilizado, por lo que técnica y humanamente la edificación de estas tumbas no requeriría una excesiva mano de obra. En lo que respecta a las pirámides, es significativo que la mayoría de los textos militares y escenas guerreras aparezcan a partir de la V dinastía, en un momento histórico en el que el tamaño y calidad de dichos monumentos ha iniciado un fuerte declive, y no antes, con la construcción de las pirámides de la III o IV dinastía, cuando sólo disponemos del texto de Snefru, cuyo contenido propagandístico es prácticamente aceptado por toda la comunidad egiptológica.

Estos planteamientos se basan también en la tradicional visión bélica del nómada o de los grupos humanos que no viven en la llanura aluvial, cuando por el contrario los contactos entre nómadas y sedentarios pueden ser

beneficiosos para ambos, al tener economías diferentes y servir además de elementos de transmisión cultural y comercial. Tampoco podemos olvidar, como se ha visto al analizar el trabajo y su organización, que apenas encontramos referencias a la existencia de una mano de obra extranjera, o de esclavos. Es más, como apuntamos al describir la economía, las recientes excavaciones en el Delta han mostrado la creación de centros ganaderos con población extranjera, es decir, que sería el propio Estado el que procediese al asentamiento de unas poblaciones que, por sus costumbres y tradición, están más habituadas a un tipo de actividad económica.

Retomando las fuentes escritas, los anales y textos reales conservados reflejan una pobre actividad militar. Durante las dos primeras dinastías los textos militares son muy escasos, encontrando en tiempos del faraón Den la primera mención de «derrotar a los asiáticos», expresión que permanecerá a lo largo de toda la civilización egipcia, no siempre haciendo mención a una realidad y sí a una propaganda o justificación.

Estas primeras acciones bélicas pueden ponerse en relación con la colonización egipcia de Palestina meridional y la necesidad de proteger las rutas comerciales, como demuestra el hallazgo del equipamiento militar de una patrulla egipcia compuesta por cinco personas, cifra que refleja lo limitado de las acciones militares.

Tras la crisis de las dos primeras dinastías, Egipto retoma su presencia en el exterior, especialmente en el Sinaí y debido a su deseo de no depender de intermediarios, y de ello encontramos numerosas inscripciones y escenas en la típica actitud faraónica de vencer a los enemigos.

En líneas generales las relaciones con el exterior fueron pacíficas, y no hay referencias a la existencia de guarni-

ciones, de gobernadores o de tributos impuestos a poblaciones o ciudades palestinas, y aquellas relativas a campañas militares fuera del Sinaí son muy escasas, conflictos causados por poblaciones marginales, no debiendo olvidar que la península del Sinaí está formada por más de 400 km de desierto.

Durante el Reino Antiguo, los términos egipcios empleados para describir a sus vecinos hacen referencia a su forma de vestir o, como hemos visto en la biografía de Uni, a la arena del desierto de donde procedían. Pero a finales del Reino Antiguo aparece un término nuevo, *amu*, con el que se definirá ya siempre al asiático como una entidad étnica y a veces política.

La aparición de un nombre genérico para los asiáticos puede reflejar un cambio en las relaciones de Egipto con sus vecinos que, además, se produce a partir de finales de la V dinastía; dichas relaciones exteriores, como tantos otros aspectos, pueden dividirse en dos fases:

- a) La III y IV dinastías, cuyos textos militares hacen referencia a poblaciones marginales, posiblemente nómadas, o grupos que siguen huyendo del proceso de desecación del Sahara y perturban las minas del Sinaí.
- b) Desde mediados de la V dinastía, y especialmente en la VI, esos enemigos dejan de ser esporádicos y poco peligrosos, englobándose bajo el término *amu*.

¿Cómo se explica este salto cualitativo? Junto a la aparición del término *amu* surgen también los primeros «Textos de Execración», mediante los cuales se procedía a destruir mágicamente al enemigo, y en las tumbas de algunos nobles comienza a representarse el asedio a ciudades fuertemente fortificadas. Estos cambios pueden interpretarse desde dos perspectivas: el interés del Estado

egipcio por dominar unos territorios o, por el contrario, por cambios en las estructuras políticas y sociales de Siria-Palestina.

La ausencia de guarniciones y tributos resta posibilidades a un interés político y territorial de Egipto, que sí demostró desde el punto de vista económico. Resulta significativo que mientras en los textos y escenas funerarios encontramos una mayor referencia a aspectos bélicos, sea éste también el momento histórico del Reino Antiguo en el que un mayor número de objetos egipcios, muchos de ellos con el nombre de faraones, aparecen en centros como Biblos o la propia Ebla, en el norte de Siria, objetos que deben relacionarse con el tráfico comercial y no con una política militar.

Volviendo a las razones para este cambio, la adopción de medidas militares por una cultura, sean éstas muchas o no, puede responder a diferentes motivos. Uno de ellos no es una modificación en los intereses territoriales al querer ensanchar su territorio, sino una serie de cambios que se producen en los territorios cercanos. Contemporáneamente a la V-VI dinastías, en Siria-Palestina se desarrolla el Bronce Antiguo III, un período de florecimiento cultural, de un desarrollo urbano y comercial que domina la estructura política de la ciudad-Estado, al mismo tiempo que se detecta la existencia de grupos marginales, no integrados en dichas estructuras urbanas o expulsados por ellas.

Estos cambios obligan a Egipto a modificar su actitud en la región, tanto por el temor que siempre causa el desarrollo de los vecinos como para proteger sus intereses comerciales en la zona. Hasta que dichas estructuras se estabilizan y los intereses de cada una quedan perfectamente fijados, pueden existir tensiones, sin negar la posi-

bilidad de que algunos conflictos se enquistaran en el tiempo, algo tan normal en la historia de la región. Por otra parte, en torno al 2.200 a.C. muchas de estas estructuras urbanas de Siria-Palestina se ven afectadas por la destrucción de Ebla, verdadero motor cultural y económico de la región. Es en este marco de evolución, desarrollo y crisis en el que hay que entender las menciones militares; muchas de ellas pueden ser propagandísticas, otras reflejar un conflicto, pero en ningún momento deben interpretarse como consecuencia de una actitud imperialista o militarista de Egipto.

En íntima relación con esto último está el hecho de que entre los títulos administrativos del Reino Antiguo los militares son muy escasos, experimentando cierto aumento en la VI dinastía por las circunstancias descritas. En ningún momento puede hablarse de un ejército profesional; la propia biografía de Uni nos informa del reclutamiento de mercenarios nubios y de la realización de levás en las provincias, pero siempre para campañas militares concretas, que, al igual que en la civilización sumeria, fueron realizadas en la época de la inundación, cuando el Estado podía prescindir de parte de su población campesina.

Por tanto, desde el mundo egipcio se ve una preocupación por la situación en la región, algo lógico, pero que no se refleja en un militarismo al carecer de un ejército profesional, a excepción de una guardia personal adscrita al Faraón y de unas tropas mercenarias no muy numerosas. Igualmente las escenas reflejan que el soldado egipcio estaba pobremente armado y protegido, debiendo esperar al Reino Nuevo para un desarrollo técnico en las armas, con la introducción del carro de combate, el caballo o el arco compuesto, así como en la protección corporal de los guerreros.

En tumbas de nobles como la de Inti encontramos representado el asedio de ciudades fortificadas, lo que es interpretado por algunos como que Egipto ya debió desarrollar una infraestructura militar especialmente adscrita a este tipo de acciones, como escalas y torres móviles, pero ello no nos debe hacer pensar que desplegara una política militarista, máxime cuando escaleras móviles con ruedas eran utilizadas en Egipto para la talla de monumentos, extrapolándose el modelo a las escenas militares. Lo realmente importante es ver cómo en la escena de Inti la ciudad está siendo defendida por mujeres (véase fig. 21), pudiendo interpretarse como una típica descripción del otro y sus costumbres, alejadas del orden, tal y como describieron los clásicos a los pueblos prerromanos que habitaban la península Ibérica.

En el Reino Antiguo encontramos las primeras menciones a los «Nueve Arcos», término con el que en el mundo egipcio se hace referencia a la globalidad de los enemigos de Egipto, sean éstos más o menos, siendo la razón por la que el Faraón suele ser representado sujetando por los pelos a nueve enemigos.

Sin abordar el simbolismo del número nueve, también presente en los mitos de creación, este concepto fue aplicado a pueblos y culturas que bordeaban la llanura aluvial. La mención de los Nueve Arcos en los textos reales no debe entenderse como reflejo de campañas militares o de amenazas externas, sino como una de las obligaciones que el Faraón debía realizar y respetar: mantener alejados a los potenciales enemigos de Egipto, aun cuando éstos no constituyeran un peligro y no existiera enfrentamiento militar. El mejor paralelo para entender el simbolismo de este término lo tenemos en el Reino Nuevo, cuando todo faraón, aunque no realizara actividad militar algu-

na, decía haber ensanchado las fronteras del país y haber llegado más lejos que su predecesor.

Desde el punto de vista militar o estratégico, merecen destacarse otros dos aspectos, en cierta medida unidos entre sí: la importancia que va adquiriendo la llamada «ruta de los oasis» y el creciente número de mercenarios nubios.

Los oasis, los grandes olvidados de la arqueología junto al mundo de Nubia, aunque cada vez mejor conocidos gracias a los trabajos del Instituto Francés de Arqueología Oriental, nos revelan un universo muy rico que en muchas ocasiones complementa la documentación del valle del Nilo.

Desde la V dinastía se observa un creciente interés de la administración egipcia en el control y explotación de dichos oasis, así como en poner los medios necesarios para propiciar la seguridad de las rutas comerciales entre ellos y Egipto. Las razones para éstos pueden quizá deducirse fácilmente, ya que, al igual que sucede con el Nilo y sus crecidas, el cambio en el medio geográfico y en el hábitat también afectaría a estas regiones y a las poblaciones que dependían de los oasis y áreas circundantes, los libios, por lo que éstos pudieron comenzar a ejercer una presión que requirió de la intervención del Faraón.

Respecto a los mercenarios nubios, las difíciles condiciones agrícolas de la Baja Nubia también se vieron afectadas por dicho cambio climático, propiciando que grupos de ellos pugnaran por asentarse en Egipto, por lo que la administración faraónica los utilizó como mercenarios y, especialmente, para el control de la ruta de los oasis, como han puesto de relieve los recientes descubrimientos en Hierakómpolis, una de las vías de comunicación de la llanura aluvial con esta población gracias al *wadi* que termina en dicho centro.

Como conclusión, el interés de Egipto por el exterior estuvo centrado en la obtención de productos que requería para su utilización interna: las piedras y metales de los desiertos, los productos nubios, la madera, aceite y vino de Siria-Palestina. Lógicamente, en más de quinientos años de historia es imposible negar la existencia de conflictos; algunos existirían, pero otros citados en los textos responden a la ideología. Cuando los textos militares y las referencias a asiáticos aumentan es un período en el que el marco exterior de Egipto está sufriendo modificaciones, por lo que no deben extrañarnos estas menciones, que aluden siempre a unas necesidades y no al resultado de una actitud imperialista, sea territorial o económica.

En las *Admoniciones de Ipuwer* encontramos referencias a la actuación de los asiáticos, que aprovechando la debilidad del Estado y la ausencia de una realeza se instalan en el Delta, del mismo modo que Amenemhat I (XI dinastía) dice garantizar la seguridad de la región ante la presión que éstos ejercen. Lo descrito por Ipuwer encaja perfectamente en el proceso de descomposición que se produce, paralelamente, en el mundo egipcio y sirio-palestino, período histórico en que algunos investigadores han ubicado los ciclos patriarcales; en estas circunstancias los movimientos de población serían normales, y en ningún momento deben interpretarse como el caso que aprovechan los «pobres» asiáticos que huyen del desierto para establecerse en la fértil llanura egipcia, interpretación etnocentrista y peyorativa hacia lo no egipcio que fue defendida a comienzos de nuestro siglo y que, como todo dogma histórico, permanece aún en algunos manuales. Estamos ante un momento que cada vez encuentra más similitudes con lo que posteriormente acontecerá con la llegada de los hiksos, poblaciones que emigran de

sus regiones por cambios políticos y económicos y que se instalan en Egipto aportando sus conocimientos, a veces reclamados por los propios poderes locales egipcios, por lo que están muy lejos de la imagen destructiva con que es descrito su gobierno sobre Egipto durante el Segundo Período Intermedio, tal y como están demostrando las excavaciones en el Delta y especialmente en Avaris.

Respecto a lo expresado por Amenemhat, fundador del Reino Medio, todo restaurador de una unidad tras un período de crisis y descomposición política presenta su gobierno como algo nuevo que va a garantizar la seguridad ante aquello que se teme o desconoce, lo externo.

Por tanto, la política militar del Reino Antiguo fue muy escasa, debiéndose interpretar muchas de las escenas militares como pertenecientes al ritual, a lo que se esperaba del Faraón. Por ello, tienen un mayor valor histórico las biografías de los nobles, que nos reflejan unas campañas limitadas que pudieron desarrollarse por coyunturas concretas, pero que de hecho ponen de manifiesto el comienzo de un conocimiento y una preocupación por el «otro», algo que no había existido en Egipto con anterioridad.

9. La crisis del Reino Antiguo

En el estudio de toda civilización, una de las dinámicas históricas que más curiosidad despierta es el final, el colapso de un Estado y de una sociedad que habían sido capaces de alcanzar un importante grado de desarrollo. En ocasiones, el final de estas civilizaciones o imperios es definitivo, al menos políticamente, ya que debido a la importancia alcanzada y su influencia cultural perduran sus manifestaciones, como el Derecho Romano y el latín, o el castellano en Latinoamérica; pero en otros casos la crisis puede ser temporal, resurgiendo nuevamente el Estado y la cultura sobre el mismo marco geográfico, como ocurrió con la civilización egipcia.

El Reino Antiguo dio origen al llamado «Primer Período Intermedio», etapa histórica que según los anales egipcios se caracterizó por una inestabilidad política, reflejada en el hecho de que en setenta días gobernaron setenta reyes, restableciéndose la «normalidad» a mediados de la XI dinastía con el Reino Medio, período histórico en el que el Estado faraónico volvió a alcanzar un grado de

desarrollo considerado por muchos como el clasicismo de la civilización egipcia. Pero lógicamente ese resurgimiento de las cenizas no originó un Estado similar al anterior; es cierto que en ese deseo de legitimarse con el pasado los faraones del Reino Medio se presentaban como continuadores de unas dinastías con las que Egipto había alcanzado un importante desarrollo, pero ese nuevo Estado, con el mismo sustrato étnico y las mismas bases económicas, debía establecerse sobre unas circunstancias, unas necesidades nuevas.

La desintegración política no es el único factor en el colapso de un Estado; se producen también problemas en la alimentación y protección de las personas, así como cambios en las tradiciones religiosas y un descenso en la calidad del arte.

Los porteros exclaman: ¡vayamos a saquear!... El lavandero rehúsa llevar su carga... El hombre mira a su hijo como a su enemigo... El hombre virtuoso deambula lamentándose a causa de lo que ha sucedido en el país... Los extranjeros se han convertido en egipcios por todas partes.

Mira, el rostro está palido, y el arquero preparado. Hay maldad por todas partes. No existe ya el hombre de ayer... El criado se apodera de lo que encuentra. Mira, el Nilo se desborda, pero nadie ara para él. Todos exclaman: ¡No sabemos qué ha sucedido en el país! Mira, las mujeres son estériles, ninguna concibe... Mira, los pobres se han convertido en poseedores de riquezas. Aquel que no podía hacerse un par de sandalias es un señor de bienes.

Mira, Elefantina, Tinis... del Alto Egipto, sin pagar impuestos a causa de la contienda. Falta el grano, el carbón de leña... Se echa en falta el trabajo de los artesanos.

Mira, los caminos están [bloqueados]; las rutas están vigiladas. La gente se sienta bajo los matorrales, hasta que el [viajero] nocturno llega, para apoderarse de su carga. Se le arrebató lo

que lleva, se le apalea a golpes de garrote y es malamente asesinado... Ojalá esto fuera el fin de la humanidad, sin más concepciones ni nacimientos. Entonces la gente dejaría de dar voces y no habría más tumultos. Mira, [la gente] se come la yerba, lavada con agua. Ni fruta ni yerba se encuentran... es arrebatado de la boca de los cerdos... Mira, el cereal ha desaparecido de todas partes. La gente es despojada de sus vestidos... Los esclavos se han convertido en señores de esclavos. Mira, [los escribas] son asesinados y sus escritos robados.

Mirad, aquellos que [antes] poseían camas ahora yacen sobre el suelo. El que yacía en la suciedad [ahora] prepara para sí un tapiz de piel. Mirad, las mujeres nobles vagan hambrientas; [en cambio] los siervos están saciados con lo que se ha hecho para ellos. Mirad, el ganado anda extraviado, sin nadie que lo reúna de nuevo. Cada uno lo busca para sí, marcándolo con su nombre. Mirad, el hombre es asesinado junto a su hermano, que huye y le abandona para protegerse a sí mismo. Mirad, el que no tenía una yunta ahora tiene una manada...

La descripción hecha por Ipuwer de la situación interna de Egipto ha sido tomada como ejemplo de las consecuencias que para un Estado como el faraónico suponía la ausencia de una monarquía y una administración centralizada que pusiera y mantuviera la política hidráulica sobre la que descansaba la prosperidad del país. Pero más allá de las connotaciones de «revolución social» que algunos autores han querido ver en este texto, éste también puede ser interpretado como una exageración, como un ejercicio literario en el que el autor lleva hasta el límite las consecuencias de una mala administración y de una situación económica preocupante, todo ello con vistas a reclamar la presencia nuevamente de una realeza que terminara con el caos y restableciera el orden.

Ésta es la interpretación que más seguidores tiene en la actualidad. Tras un período— es cierto que no demasiado largo— de inestabilidad y fragmentación políticas, la nueva monarquía que puso las bases del Reino Medio tras una guerra civil entre Tebas y Heracleópolis necesitaba presentarse como salvadora; ese ansiado faraón que pudiera restablecer las bases económicas y que expulsara a los asiáticos que se habían asentado en el Delta, un faraón que volviera a encarnar los principios de Maat y retomara lo que habían sido hasta entonces las obligaciones de la realeza: la seguridad económica y física de Egipto.

Esta interpretación no implica que la situación descrita por Ipuwer no se corresponda con la realidad, pero sí que se exagera para justificar y legitimar a una nueva monarquía que, además, surge de una ciudad que hasta entonces no había tenido gran importancia en la historia de Egipto, Tebas, y que a partir de ahora se iba a convertir en el principal centro religioso del país.

El declive del Reino Antiguo suele ubicarse en la VI dinastía, pero también se señala que a partir de la V dinastía pueden comenzar a observarse cambios que van poniendo las bases de la quiebra de una sociedad y de una administración que habían sido capaces de construir las pirámides. Sin embargo, hablar de crisis a partir de la V y, especialmente, desde la VI es difícil si tenemos en cuenta que esta última dura cerca de doscientos años.

Las razones que llevan al colapso de un Estado y una civilización son variadas, y priman en muchas ocasiones los factores externos, posiblemente por la tradicional reconstrucción del final del Imperio Romano y el papel, más o menos determinante, que en él tuvieron los llamados «pueblos bárbaros», pero también deben buscarse factores internos.

Factores internos

El establecimiento de numerosas fundaciones piadosas por parte de los faraones para el mantenimiento de su culto funerario junto a los privilegios otorgados por los llamados «Decretos de Exención» fueron minando el control del Estado sobre importantes partes de Egipto y sus recursos, al mismo tiempo que la creciente administración provincial fue debilitando la autoridad real en los nomos y los gobernadores actuando como verdaderos señores de sus territorios.

Éstas han sido, en líneas generales, las causas esgrimidas para el final del Reino Antiguo, aduciéndose como prueba el descenso en el tamaño y calidad de las pirámides, consecuencia de una crisis económica, y una paulatina pérdida de la monarquía del control que hasta entonces ejercía sobre todos y cada uno de los recursos de Egipto. Sin embargo, este modo de «cuantificar» los efectos de una crisis no son válidos, ya que ese pretendido descenso económico no se corresponde con el hecho de que, aun disminuyendo en tamaño y calidad, los complejos piramidales presentan una mayor decoración. Igualmente, en muchas ocasiones las fundaciones piadosas fueron creadas en zonas que estaban sin explotar, como el Fayum o el Delta, donde hemos visto que se realizó una política de colonización.

Por otra parte, la idea de que a medida que las pirámides descendían en tamaño las tumbas de los gobernadores y nomarcas iban siendo más ricas y grandes no es del todo válida, como ya puso de manifiesto Kanawati en 1980 y recientes excavaciones en el Alto Egipto.

En los últimos años dos han sido las razones aducidas para explicar el colapso del Reino Antiguo:

- 1) *Un descenso generalizado en el nivel de las crecidas del Nilo.* Los planteamientos de Bell mostraban un descenso de hasta el 40% en el nivel de las crecidas, que influyó en la fragilidad de la economía egipcia, en contra de la tradicional visión de Egipto, redujo notablemente la superficie susceptible de ser cultivada por medios naturales, es decir, carente de unas obras hidráulicas importantes, que no aparecen en Egipto hasta el siglo XIX, y causó los mismos efectos que en la época Fatimí, cuando una serie de crecidas muy escasas favoreció la aparición de hambre.

Hassan va más lejos y advierte que un descenso del 40-50% en el nivel de las crecidas limita a la mitad la cantidad de grano, señalando que si un hombre podía consumir doscientos kilos de cereal al año, durante el Primer Período Intermedio solamente podía consumir alrededor de cien, además de que no podía acudir en busca de alimento al exterior o a los almacenes estatales. Si en líneas generales el planteamiento de Hassan puede parecer válido, también es cierto que amplias regiones de Egipto permanecían sin explotar, lo que en caso de necesidad habría limitado los efectos si se hubiera procedido a políticas de colonización. Con ello no queremos limitar la incidencia de unas crecidas escasas, máxime cuando en nuestra sociedad, con los adelantos técnicos existentes, se producen ocasionalmente coyunturas similares; pero atribuir únicamente a un cambio climático las causas de la crisis del Reino Antiguo puede parecer determinista, especialmente cuando como hemos visto los útiles agrícolas

siguieron siendo de madera y no se realizó avance técnico alguno que facilitara la irrigación permanente de los campos.

Es cierto que algunas escenas, como las del corredor de la pirámide de Unas, nos presentan a hombres famélicos que podrían ser el reflejo de este descenso, pero también lo es que de podía estar representando a gentes procedentes del desierto.

- 2) *Conspiraciones y luchas internas por el poder.* La descentralización administrativa de Egipto a partir de la V dinastía es una realidad, al igual que la existencia de rivalidades internas entre la familia real (final de la IV dinastía). El que el deterioro de la situación económica pudo influir en la aparición de dichas tensiones, tanto entre la familia real como entre ésta y los gobernadores provinciales, más preocupados en ocasiones de garantizar el sustento a su población que de satisfacer las necesidades de la administración central.

Un aspecto que resulta muy interesante es el paso de una concepción solar a otra osiríaca, máxime cuando Osiris encarna la resurrección, la vegetación y la prosperidad de los campos; por tanto, la progresiva importancia del culto a Osiris, tanto en el ámbito funerario como en el cotidiano, puede estar revelando una modificación en las creencias provocado por las necesidades que iban apareciendo en el seno de la sociedad egipcia, máxime cuando un cambio climático de esta magnitud no se produce rápidamente.

Que la agricultura y la economía fueran deteriorándose debió de influir de forma muy importante en la visión de la realeza y en la valoración de los gobernadores provinciales, debiendo hacer estos últimos

frente a la realidad cotidiana. Mucho se ha escrito al respecto sobre personajes como Ankhifty o Heqaib, nomarcas que posteriormente gozaron de una gran reputación en Egipto y cuyo culto y memoria fueron mantenidos durante siglos. Pero junto a estos personajes, cuyas acciones contribuyeron a solucionar el hambre y la seguridad física de sus territorios, debieron de existir muchos otros gobernadores, cuya memoria y acciones no fueron recordadas.

Factores externos

Un cambio de esta magnitud no incide en una única región. En Mesopotamia y Siria-Palestina también se observa una desecación del clima que, en el caso de Mesopotamia, acelera el proceso por el que el centro político, administrativo y comercial va trasladándose al norte de Siria. Estas modificaciones conllevan la aparición de movimientos migratorios que, en el caso de Egipto, pudieron influir en la política exterior a partir de la V dinastía y, especialmente, en el cambio que se detecta en sus relaciones con Nubia. Tampoco podemos olvidar a todas aquellas poblaciones que, establecidas con anterioridad en regiones en las que podían practicar una agricultura de subsistencia o una actividad ganadera, se verían afectadas por este cambio y se trasladarían a Egipto como única salida a su pobreza.

Estas poblaciones emigran con todas sus pertenencias y ofrecen a la administración central o local aquello que tienen: sus brazos para ser utilizados como mercenarios o sus conocimientos técnicos en el caso de poblaciones que proceden de centros urbanos.

Por todo ello el colapso del Reino Antiguo, como el de otros grandes Estados o imperios, ha sido interpretado en los últimos años como una consecuencia de las necesidades de reorganización administrativa, política y económica que tuvo que realizar Egipto a partir de la V dinastía. La aparición de nuevas necesidades, como garantizar la seguridad de unas fronteras a las que podían afluir poblaciones que huían de su pobreza, propició que se formara un pequeño contingente militar con la incidencia que éste puede tener como poder fáctico en determinados momentos, no debiendo olvidarse que, según la tradición, Teti fue asesinado por su guardia personal.

La necesidad de acceder mediante intermediarios a los productos exóticos, tanto en Siria-Palestina como en Nubia, quebró otra de las bases sobre las que se fundamenta el poder de un Estado: el control de las materias primas que requiere para sus ritos, ceremonias o los mismos útiles de trabajo.

A todo esto hay que unir la descentralización administrativa, con unos funcionarios que debían hacer frente a nuevas necesidades y coyunturas en un Estado en el que las comunicaciones, aun a pesar del Nilo, no serían lo suficientemente fluidas, sin olvidar los deseos de todo gobernante de ir adquiriendo nuevas cuotas de poder. Al respecto resulta significativo que durante la XII dinastía la política de los faraones respecto a la administración provincial vaya encaminada en dos direcciones: primero a recuperar la potestad del Faraón de realizar él las levadas militares, y, en segundo lugar, a evitar la heredabilidad de los cargos y la consiguiente consideración de éstos como algo propio.

Es decir, la crisis del Reino Antiguo no se debió a un

único factor, sino a la confluencia de una serie de circunstancias que, es cierto, dieron paso a una importante inestabilidad política; pero también lo es que ésta no se produjo hasta finales de la VI dinastía, y que este período de desorden duró relativamente poco, demostrándonos igualmente el dinamismo de la propia civilización egipcia. La ideología desarrollada por los primeros faraones era válida, y así fue establecida, para un marco cultural, social y económico determinados, siendo lógico que cuando se produzcan cambios en él comiencen a aparecer fisuras.

Epílogo: La pervivencia del Reino Antiguo

Este período de la historia de Egipto no sólo ha despertado la curiosidad y el interés de la sociedad occidental; los mismos egipcios ya consideraron esta etapa desde muy diferentes puntos de vista, expresando los mismos argumentos e impresiones que las pirámides han provocado a lo largo de la historia: desde la admiración por unos monumentos, una prueba tangible de un gobierno estable y poderoso, hasta su consideración como un despilfarro y prueba de un gobierno despótico, siendo éste el recuerdo que quedó de Keops.

Las leyendas y mitos en torno a las pirámides o la esfinge son innumerables. Todos los años algún reportaje de televisión o una novela ambientada en el antiguo Egipto los rememoran junto a los misterios que parecen desprenderse de sus prácticas funerarias y sus extraños dioses. Un ejemplo puede ser el de la pérdida de la nariz por la esfinge, atribuida por muchos al ejército napoleónico y sus prácticas de tiro, aunque resulta mucho más verosímil lo relatado por el historiador árabe El-Makrizi en 1436 respecto a Saem el-Dahr, un sufí que vivió en el

siglo IX que la destrozó para demostrar a la población que solamente se trataba de un monumento de piedra y no de algo relacionado con la divinidad.

Un período que lega monumentos eternos, respondiendo a la intencionalidad con que fueron realizados, despierta sentimientos contradictorios. Uno de ellos es el de que esa sociedad debió de desarrollar importantes conocimientos técnicos y culturales, y por eso lo que de ella se conoce se utiliza como una vuelta al pasado, un último intento por recuperar la prosperidad que proclaman esos monumentos. Esto fue lo que aconteció con lo que se ha venido llamando «el último resurgimiento de la civilización faraónica», el período saíta (XXVI dinastía), cuando sus faraones recuperaron los Textos de las Pirámides, si bien introduciendo oraciones no presentes en los originales.

Ya antes los grandes faraones del Reino Nuevo, en especial los Tutmósidas, convirtieron a la esfinge, y lo que por entonces quedaba de los complejos piramidales, en centros de culto y adoración, posiblemente en un intento por recuperar y volver a concepciones solares, mucho más restringidas y que permitían a sus conocedores un contacto mucho más estrecho con la divinidad.

Del Reino Antiguo han perdurado algunos nombres aparte de los de sus faraones, en especial el de Imhotep, arquitecto, médico y escritor, que fue identificado por los griegos con Asclepio. Otros menos conocidos por la sociedad, como Heqaib, permanecieron en la memoria de los egipcios como símbolo del buen gobierno, del buen administrador, siendo revelador el título que Wildung da al libro dedicado a estos personajes: *Egyptian Saints*.

Pero por mucho que avance la investigación o que la egiptología se acerque a la sociedad, el mito es algo inhe-

rente al Reino Antiguo, algo que debe ser asumido y comprendido, máxime cuando ya entre los antiguos egipcios los personajes históricos fueron valorados de forma muy diferente, como la visión peyorativa hacia Keops, recogida por el propio Heródoto, o la historia del faraón, posiblemente Pepi II, que tiene una aventura amorosa con un general, mientras que otros como Snefru gozaron de una gran reputación.

Establecer límites cronológicos o culturales es muy difícil; baste recordar el debate sobre la fecha o período en que se produce el final de la Antigüedad, con la caída del Imperio Romano o con el auge y expansión del islam; ésa es la razón por la que Kemp interpreta los reinos Antiguo y Medio como una unidad, restableciendo el segundo los valores que habían sido rotos durante el Primer Período Intermedio, lo que implica que el verdadero período diferente en la historia de Egipto es el Reino Nuevo, cuando existe ya un ejército, un clero, unos templos, una literatura, un comercio, una sociedad... cuyas estructuras y funcionamiento reflejan un Estado muy complejo y dinámico, más cerca de los ideales homéricos que de los faraones divinos del Reino Antiguo.

Si el lector ha tenido la paciencia de llegar a estas últimas páginas puede que posea ahora una visión diferente de lo egipcio que no debe hacerle perder el encanto por las pirámides y el misterio, por qué no decirlo, que aún entraña su contemplación. Por mucho que nos esforcemos, y aunque nuestro conocimiento sobre algunos aspectos se vea aumentado en los próximos años gracias a la arqueología, a la utilización de métodos históricos comunes en otras disciplinas históricas o al hallazgo de nuevas tumbas y textos, nunca llegaremos a comprender en su totalidad a esta civilización, al igual que ellos tam-

poco comprenderían nuestras costumbres, nuestro ritmo de vida, nuestras angustias y alegrías, nuestra religión y ritos de paso. Ellos crearon una concepción del mundo acorde con lo que conocían, y nosotros juzgamos lo que nos rodea por lo que conocemos, y al igual que ellos nos sentimos inseguros ante lo que desconocemos. Nuestra forma de pensar, vivir y actuar está condicionada por nuestro clima y nuestros recursos, al igual que la suya. Nuestra sociedad va adaptándose a nuevas necesidades y coyunturas, desde las telecomunicaciones hasta la internacionalización de los mercados, y estamos acostumbrados a cambios rápidos y bruscos, pero esas mismas adaptaciones, con un ritmo mucho más lento, se producen en todas las sociedades antiguas. Todo Estado busca una ideología, una función, y el cambio de cualquier gobierno implica la asunción de que algo nuevo va a suceder, de que se va a dar respuesta a problemas concretos que han podido aparecer repentinamente, del mismo modo que los faraones buscaban legitimar sus reinados presentándose como salvadores de un orden, de una situación que podía haber cambiado.

Lógicamente no podemos pretender buscar unos paralelismos claros entre nuestra sociedad y la egipcia, pero sí sentir una admiración y un respeto hacia ella, y del mismo modo que los griegos, tan reacios a adoptar y reconocer lo externo, demostraron una receptividad hacia lo egipcio y lo oriental en general, también nosotros podemos buscar en las civilizaciones próximo orientales algo de nuestro pasado.

Bibliografía

La bibliografía existente en castellano es muy limitada y, en muchas ocasiones, anticuada, aunque en los últimos años se han publicado diferentes obras de gran interés. Una visión general de la civilización e historia del antiguo Egipto puede obtenerse en J. Padró, *Historia del Antiguo Egipto* (Alianza Editorial, 1997), y en P. Grimal, *Historia de Egipto* (Akal, 1997), siendo la obra de B. Kemp, *Egipto, anatomía de una civilización* (Crítica, 1994), un complemento ideal a las mismas.

Sobre la concepción que del mundo tuvieron los egipcios, la obra de H. Frankfort *Reyes y dioses* (Alianza Edit.) sigue siendo el mejor libro en castellano, así como la obra colectiva *El pensamiento prefilosofico* (F.C.E.).

El nacimiento del Estado ha sido objeto de diferentes estudios en los últimos años, como los de M. Hoffman, *Egypt before the Pharaohs* (Londres, 1991 –edición revisada y aumentada por B. Adams–), J. Cervelló, *Egipto y África. Origen de la civilización y la monarquía faraónicas en su contexto africano* (Ausa, 1997), y A. Pérez Largacha, *El nacimiento del Estado en Egipto* (Alcalá de Henares, 1993), pudiendo acudir el lector también al libro de B. Midant-Reynes, *L'Egypte avant Pharaons* (París, 1994), o al más reciente de R. Wilkinson, *The rise of Egyptian State* (Oxford, 1997).

La monarquía faraónica ha sido estudiada desde muchas y diferentes ópticas, siendo la más tradicional la de Frankfort ya mencionada y debiendo recurrirse actualmente a la obra colectiva *Kingship in Ancient Egypt* (Leiden, 1995), así como a los diferentes trabajos de J. Baines publicados en la revista *Archeo Nil*.

Respecto a la religión, dos libros recientes analizan desde una perspectiva nueva el papel de los templos: los editados por S. Quirke –*Temple in ancient Egypt* (Londres, 1997)– y por B. Shafer –*Temples of Ancient Egypt* (Londres, 1997)–. Sobre los dioses, el libro de Hornung *Conceptions of God in ancient Egypt* (Londres, 1985) sigue siendo la mejor introducción, del mismo modo que el de Spencer, *Death in Ancient Egypt* (Londres, 1982), es una excelente introducción a las concepciones funerarias.

Una buena introducción al arte egipcio es la de L. Manniche, *El arte egipcio* (Alianza Edit., 1997), pudiendo después acudir el lector al libro de G. Robins *Proportions and style in Egyptian art* (University of Texas, 1995), así como al excelente libro de Wilkinson *Cómo leer el arte egipcio* (Crítica, 1994).

La economía, la administración o la sociedad egipcias han sido objeto de estudios muy concretos y poco divulgativos, pudiendo acudirse a la obra colectiva *Historia del Antiguo Egipto*, publicada en inglés con el subtítulo «Una historia social», aunque no responde a las expectativas. El libro de N. Kanawati *Gobernamental reforms in Old Kingdom Egypt* (Londres, 1980) supuso un antes y un después en la investigación.

La pervivencia de los egipcios y su mito ha sido analizada por el autor y J. Gómez Espelosín en *Egiptomanía. El mito de Egipto de los griegos a nuestros días* (Alianza Edit., 1997).

Otros libros de gran interés, aunque no directamente relacionados con la temática aquí analizada, son el de J. Assman, *Egipto a la luz de una teoría pluralista de la cultura* (Akal, 1995), y el de G. Robins, *Las mujeres en el Antiguo Egipto* (Akal, 1993), así como el de J. Serrano, *Textos para la historia antigua de Egipto* (Cátedra, 1993), de donde han sido tomados la mayoría de los textos utilizados en este libro.

Cronología

Período predinástico

Cultura badariense	5500-3800
Nagada I	3800-3500
Nagada II	3500-3200
Nagada III (dinastía 0)	3200-3050/000

Período tinita

I DINASTÍA (Reinados de Menes = Narmer, Aha, Djer, Wadj, Den, Adjib, Semerkhet, Qa'a.)	3000-2770
II DINASTÍA (Reinados de Hetepsekhemwy, Raneb, Ninetjer, Peribesen, Khasekhemui.)	2770-2650

Reino Antiguo

III DINASTÍA	2650-2575
Nebka	2650-2630
Djoser	2630-2611

Sekhemkhet	2611-2603
Khaba	2603-2600
Huni	2600-2575
IV DINASTÍA	2575-2465
Snefru	2575-2550
Khufu (Keops)	2550-2528
Djedefre	2528-2520
Kefren	2520-2494
Menkaure (Micerinos)	2494-2472
Shepseskaf	2472-2465
V DINASTÍA	2465-2323
Userkaf	2465-2458
Sahure	2458-2446
Neferirkare	2446-2426
Shepseskare	2426-2419
Raneferet	2419-2416
Niusere	2416-2388
Djedkare-Isesi	2388-2356
Unas	2356-2323
VI DINASTÍA	2323-2150
Teti	2323-2291
Pepi I	2291-2255
Merenre	2255-2246
Pepi II	2246-2152

Primer Período Intermedio

VII-X dinastías	2150-2040
-----------------	-----------

Índice

Introducción	7
1. La geografía	16
2. La unificación de Egipto y el comienzo de las dinastías...	36
3. La concepción del mundo	49
4. La realeza	67
Origen y función de la realeza	71
La relación del rey con los dioses	77
La realeza en el Reino Antiguo	86
5. La religión	104
Dioses y templos	108
Templos oficiales y provinciales	113
Dioses	120
Costumbres funerarias	123
Ajuar funerario y ritos	131
Tumbas y pirámides	135
6. El arte	151
Arte y simbolismo	159
Escenas y narración	165
El artista	170

7. Administración, sociedad y economía	176
La administración y los funcionarios	178
a) Período predinástico y tinita	182
b) Tercera y cuarta dinastías	185
c) Quinta y sexta dinastías	190
La escritura	193
La sociedad, la economía y el comercio	197
La agricultura y la ganadería	198
El comercio y la economía	201
La sociedad	209
El trabajo	220
La literatura	227
8. El ejército y la política exterior	237
9. La crisis del Reino Antiguo	249
Factores internos	253
Factores externos	256
Epílogo: La pervivencia del Reino Antiguo	259
Bibliografía	263
Cronología	265

P

ese al paso de los siglos, la atracción que sobre nosotros ejercen Egipto y la que comúnmente aparece como su más paradigmática expresión –las pirámides– no sólo cesa, sino que más bien se acrecienta. Sin embargo, como explica ANTONIO PÉREZ LARGACHA, estos imponentes monumentos funerarios son únicamente una expresión más de la civilización faraónica, y ni mucho menos la más dilatada en el tiempo, ya que abarcó sólo el llamado Reino Antiguo. Escrito con el propósito de aclarar este y otros estereotipos que una insuficiente información ha engendrado en nuestra mente, EGIPTO EN LA ÉPOCA DE LAS PIRÁMIDES constituye una panorámica sencilla pero rigurosa acerca de un periodo de la historia de Egipto que sigue fascinando y sorprendiendo.

ISBN 84-206-3985-0



9 788420 639857

El libro de bolsillo

Humanidades
Historia